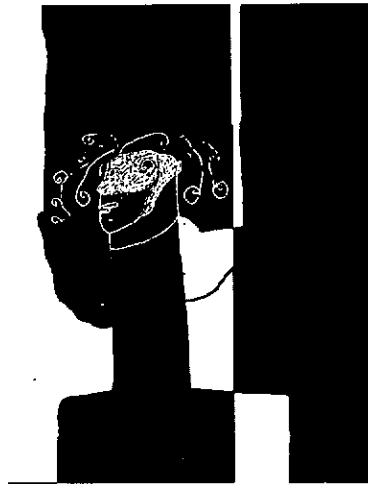


33 170CA2)
I 29
Ej. 3

MFN = 13585

Maracas en la opera

Novela Ganadora



Ramón Illán Bacca

1219 (CCM)

- © Ramón Illán Bacca
- © Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la Investigación y la Cultura.

Primera Edición: Mayo de 1996

Diseño de Carátula: Saúl Álvarez Lara

Impresión: Edicolor

Illán Bacca, Ramón

Maracas en la ópera / Ramón Illán Bacca. – 1 ed. –
Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura, 1995.

174 p.

Novela ganadora del Tercer Concurso Literario
Cámara de Comercio de Medellín, 1996

ISBN 958-9221-16-5

1. NOVELA COLOMBIANA I. Título

CAPITULO I

ORESTE

(1)

Los caballos azules se acercan y él, con sus manos extendidas, trata en vano de alejarlos; los corceles prosiguen de frente, lo derriban y comienzan a galopar sobre su cuerpo destrozado. Con sus cascos y su cola de oro, el jefe de la manada le golpea la frente repetidas veces.

En su cama de estilo barroco-pastuso, Oreste grita feroz, suda, tiembla y escucha, cada vez más cercano, el ruido de la máquina maldita que desde hace varios días se ha convertido en su enemigo noctámbulo: catástrofe inminente que se anuncia diez cuadras antes de llegar; estallido del Vesubio al pasar frente a la ventana; estrépito ominoso que se prolonga durante diez cuadras más.

Decide esta vez satisfacer su curiosidad y se asoma para identificar el ente repugnante que desata sus instintos asesinos: con su casco de piloto a lo Lindbergh, no es más que el viejo vigilante nocturno sobre una asmática y añosa motocicleta, sin silenciador, que a esa hora se dirige hacia su turno en una de las fábricas de la Cuarenta.

La ciudad empieza a despertarse: Llega ya a la esquina a recoger obreros el camión cuya bocina toca el tema de "El puente sobre el río Kwai". Después de unas ruidosas

gárgaras, el tenor del edificio de enfrente, infructuosamente intenta de nuevo el agudo de "Granada". Mientras el pito persistente del bus escolar llena toda la cuadra, una madre grita a su legión de chiquillos bulliciosos las últimas recomendaciones.

¡Ah, ciudad prócera e inmortal, cuya única tradición perdurable es la bullaranga! Todo lo anterior es soportable, menos que Fortunación Retamozo, esa vieja puta heredada junto con su casa, resuelva también madrugar y se siente al piano (ese viejo Steinway de semicola, de tantos buenos momentos testigo olvidado y mudo). No, no quiere oír esos añosos valeses, bambucos y porros, ni esa forma sofisticada del bolero, su irreconocible Chopin.

Todo marcha mal ese día y nada mejor que un buen baño de agua tibia en la bañera de patas floreadas, ubicada en ese cuarto de azulejos con lotos acuáticos en el piso y nenúfares en las paredes, y un vitral pequeño a través del cual entra una claridad matizada. Un lugar perfecto. "¿De dónde sacó tan buen gusto la abuela Bratislava?", se pregunta por milésima vez. Pensar que sería la última vez que podrá darse ese lujo, ya que al día siguiente la casa no será suya!; aleja el mal pensamiento y decide gozar intensamente del instante mientras el jabón, fragante y espumoso, corre sobre su cuerpo consentido y cincuentón. Primero bajito, en forma discreta, pero después a todo pulmón, tararea una de las canciones de los Cosacos del Don.

"Ah, si no fuera por los rusos, los bajos no tendríamos repertorio." Un motivo para aumentar la tristeza es la maldita geografía, porque si hubiera nacido en Austria o Italia sería uno de los más cotizados cantantes de ópera, que bajos

no hay muchos. "Eres mejor que Chaliapin", le dijo su profesora de canto al entregarle el diploma en Bellas Artes. ¿Pero qué es ser un bajo en Barranquilla? Fuera de cantar "Babalú" en un programa de aficionados en las Emisoras Unidas, no hay otra oportunidad para el lucimiento.

Pero él hizo lo que estaba a su alcance. ¿No había actuado en Bogotá en esa ópera-engendro, un rescate de una obra inédita de Augusto Azzali —que todos los años arrojaba una nueva obra oculta en los desvanes de la Biblioteca Nacional— en su primera y única presentación? ¿No había sido él un brujo perverso, con un disfraz de inspiración muisca que incluía una especie de tocado con una mazorca en la cabeza cantando un recitativo de inspiración telúrica? Reconoce que la parte donde la princesa india coloca en una canastilla al hijo producto de su desliz con el capitán español, mientras él desde lo alto de una colina le lanza maldiciones, no es un mal dueto; tal vez lo único que se salva de ese bodrio. Así lo reconocieron sus compañeros del elenco, pero el crítico musical que se firmaba como "El Fantasma de la Opera" sólo tuvo elogios para el barítono afeminado que hacía el papel del enamorado chibcha de la cacica.

La aventura musical concluyó con un pequeño contrato en el "Balalaika" donde trataba de enternecer a las parejas de enamorados con una versión lacrimosa de "Ochichornia", para hacerlos generosos con las propinas. Y se hubiera quedado, en la capital, en una bohemia con fondo de guabinas, si no hubiera sido porque en una ocasión uno de los clientes, Agamenón Rosado, le gritara: "Oye Oreste, tu partitura está en Villa Bratislava, ¿qué diablos haces aquí?". Al día siguiente regresó a Barranquilla. Hasta ahí había llegado su carrera operática. Las otras propuestas

para actuar—que las había habido— le llegaron cuando, enterrada toda ambición artística, estaba entregado al disfrute de la casa heredada de la abuela. Nunca más volvió a cantar en público.

¿Y cómo había sido ese disfrute?, se pregunta mientras, desde lo alto del corredor, mira la escalera presuntuosa de anchos escalones que desembocan en lo que había sido alguna vez el “Salón Amadeo”. Pero, ahora falta ese gigantesco Eros de ébano que presidía el lugar. Tampoco está la Venus de Milo traída de Italia en el corredor de las “demi-mundanas”, ni los gigantescos cuadros al óleo —de un pintor que había sido discípulo de Andrés de Santamaría— que representaban “El juicio de París” y “Susana ante los jueces” ¿Y qué de las gigantesca araña del “Amadeo”? ¿Y los vitrales de la puerta, traídos de Viena, con motivos de Mucha, ahora reemplazados por unos denigrantes cartones, adónde habían terminado?

Se podría titular: “El hundimiento de Villa Bratislava”. Todo se reducía a un nombre: Piedad del Carmen González, un nombre trivial como lo era ella, pero que él, amante del gran espectáculo, había convertido en heroína de ópera.

El nefasto encuentro se dio en aquella fecha del estreno de “Rigoletto” en la ciudad. El, en su condición de socio de los “Amigos del Arte”, organizó el evento y, por eso, satisfecho y enfundado en su smoking negro que le quedaba estrecho, contempló esa noche cómo un numeroso público acudía, no por estar interesado en la ópera, sino porque las boletas para la campaña contra el beri-beri colocadas por las “damas grises”, habían sido demasiado caras.

De los comentarios de la prensa los días siguientes, había

de llegar a la conclusión de que no había sido el único desconcertado con ese montaje revolucionario de la obra. El director de escena, un alemán de apellido Decker, había trastocado todas las tradiciones. ¿Qué diablos hacían unos agentes de la Gestapo en una fiesta del siglo diecisiete?; y en esa orgía, ¿por qué aparecían unos arlequines y polichinelas tipo carnaval de Venecia siglo dieciocho? Después de un instante comenzó a entender que el propósito era señalar la índole corrupta del poder en todas las épocas. Una especie de pensamiento filosófico subrayado con la música de Verdi. En la orgía, una de las muchachas del coro quedaba con los senos al aire. Suspiros ahogados de los asistentes y completo empañamiento de los lentes de la presidenta de las Damas Grises, una señora de pelo azul y perlas negras. Uno de los comentarios de "El Nacional" al día siguiente firmado por "Casimiro Perplejo" terminaba diciendo que era "una ópera punk", concepto que no entendió. Pero el escozor para los tradicionalistas creció cuando el Duque cantó un "Ella me fu rapita..." y apareció una monja vicentina de gran corneta ofreciéndole una chica muy joven para que se consolara. En el entreacto y en el foyer los comentarios, generalmente condenatorios, se interrumpieron cuando la frase "nada de eso mija, orgía es orgía" dicha en un tono altísimo por una joven mulata de un vestido color blanco con bolas negras (a lo Rita Hayworth en "Gilda", pensó), lo que hizo que la mirara con atención. Desde ese instante estuvo perdido. Ya en el resto del espectáculo lo único que quería era la muerte rápida de la heroína y que se acabaran todos esos gorgoritos.

No subió después al escenario, como era su deber, a felicitar a los artistas, ni se reunió, como era tradicional, con el notablato a comentar el evento en el Bar del Hotel del

Prado. Nada de eso; esa noche él, Oreste Segundo Antonelli-Colonna Palacio, descendiente de Scirra Colonna, el conde que abofeteó a Bonifacio VIII, corrió indignamente, como sólo lo hace la pasión insatisfecha, detrás de la mulata de las bolas negras. Después de algunas peripecias, como la clásica zafada que ella le hizo a su acompañante, un joven atlético experto en tak-won-do, los dos terminaron en la heladería Americana; él, tomando un chervé de limón, y ella una cerveza. Ahora, mientras baja la escalera, recuerda que a ella se le podía acusar de todo, menos de no haber sido franca, pues en esa ocasión le aclaró de entrada: “— Algunas muchachas nacen orgánicamente buenas, yo no”.

Quedó totalmente flechado. Cualquiera diría que parecía una secuencia de “El Angel Azul”. Pero no, él no era ningún profesor Unrat. Él le había sacado partido a su porte distinguido, color aceituna y ojos verdes. Sus recuerdos estaban poblados de sirvienticas apetitosas y en celo de la casa de las tías; mamasantonas de la calle de las Piedras; empleaditas del “Ley” que se dieron sus revolcones con él en el Hotel Esperia; esposas aburridas a quienes consoló en el barrio Santa Fe de la capital; indígenas wayúus que había comprado en Marayamana en su corto paso por la burocracia como empleado del censo; una profesora inglesa que le decía que él era el “latin lover” ideal; otra profesora de francés que resultó ser marquesa o algo así, pues cuando pelearon le sacó a relucir sus blasones que decían “Post Pluvia Phoebus”. Una legión de caras olvidadas que no daban ni para cantar un bolero, pequeños encuentros que se prolongaron durante décadas y que no le dieron tiempo para formalizar matrimonio con alguna chica ni demasiado alta ni demasiado fea ni demasiado pobre. ¡Y ahora esto!

“La vida no da lo que se quiere en el momento apropiado,

a veces sí, pero paulatinamente”, ha sentenciado Agamenón Rosado.

Sus pensamientos se interrumpen cuando se topa de frente con Fortunación Retamozo, quien lo saluda con un gélido buenos días. La sigue con la mirada mientras la ve caminar con su ondular de caderas dispuesta a llamar la atención de las personas serias y que, a sus setenta años, es del todo superfluo. Ella es una de las damnificadas. Después de cincuenta años de vivir en esa casa, mañana no tendrá adonde ir. Decide tomar una aspirina ante el dolor de cabeza que se insinúa.

Desde el principio Piedad del Carmen demostró un encanto indudable. Así fue la primera noche en que hicieron el amor mientras oían a todo volumen “Samba pa ti” de Santana, ese disco con cubierta ilustrada de un cuadro de Moreau que representaba una maravillosa negra ofrendada a Abraxas por un nervudo gigante. Fue la única de sus amantes que le celebró el “Play it again, Sam”, al pianista del Caribanna antes de que éste arrancara con el tema de “Casablanca”. Y por supuesto, los ligó el amor al cine. Incursionaron en las salas de viejos cines en busca de películas viejas, que al final terminaban en unas encendidas discusiones. Le parecía mala la doble actuación de Dolores del Río en “La Otra”, pues reproducía sus tics tanto como empleadilla que como la millonaria señora que recorría esas largas escaleras, arquitectura del nuevo riquismo de la postguerra.

Odiaba la escena de la bofetada de Glen Ford a Rita Hayworth en “Gilda”, se burlaba de las carreras de Marcelo Mastroniani buscando un apartamento desocupado para llevar a la cama a Anita Eckberg en la “Dolce Vita” y, por

supuesto, le parecía fatal esa versión mejicana de la “Fierrecilla Domada” en la que María Félix termina como soldadera siguiendo a pie el caballo de Pedro Armendariz.

Por lo general, todas esas discusiones eran el preludeo de unas cópulas feroces en los lugares más insólitos de la mansión, (en el viejo diván del belvedere, en la bañera de estilo moro de una de las recámaras de las demi-mundanas y de pié, detrás del portón que daba al traspatio). En esos instantes sabía que estaba disfrutando de los catorce momentos de felicidad que, ni uno más, según el califa Abderramán, nos da la vida.

¿Cómo iba a reparar, ciego como estaba de la pasión, de la capacidad de consumo que se había desatado en la muchacha? Los modelos exclusivos de Donace Shop y Toby Setton se acumulaban en su ropero. ¿Cuánto había costado ese disfraz de princesa Tayrona de la comparsa “disfrázate como quieras” en el pasado carnaval? Y él, que nunca había comprado carro, terminó con un Mazda flamante que le obligó a vender las casas del centro heredadas de la abuela, porque ella lo convenció con “Tú no puedes permitir que a tu bomboncito la estén pellizcando en los buses, ¿verdad?”

Y así empezaron a salir las esculturas y muebles comprados por la abuela en los veinte, maravillas del art decó, para felicidad del dueño de “Ars Antiqua”, que cada vez que se lo encontraba le hacía unas reverencias sospechosas de ésas que siempre delatan al malo de la película.

Pero él estaba ciego. De nada valían las recriminaciones que Fortunación Retamozo le hacía con insistencia. “Son sólo corotos”, dijo la vez que se llevaron las ninfas, obra de Tobón Mejía, quien antes de partir para Europa se las había

vendido baratísimas a la abuela, un ojo de lince para los negocios. Pero qué importaba que se despoblara de bibelots la casa, si muchas veces el amanecer los encontraba sentados en la alfombra tomando coñac, oyendo viejos boleros y hojeando gruesos libros de arte, en los que ella demostraba una extraña devoción por Remedios Varo y Frida Khalo, de quien le hizo comprar todas las biografías. Era indudable que también estaba sintonizada con la hora del mundo.

Ahora, mientras da vueltas en el espacioso salón, y a lo lejos se oye en la radio una deshuesada versión de "Allá en el Rancho Grande", cantada por Julio Iglesias (él superpone en el recuerdo la versión de Tito Guizart oída en el gramófono de la abuela), se pregunta en qué momento se desplomó el paraíso.

Se le hace presente aquella noche en que ella estalló mientras él, inocente de todo, oía unas arias Wagnerianas. — "Con tantas cayenas y matarratones. Con tigres, plátanos y las misses del Amazonas en la televisión y tu empeñado en oír a Kirten Flagstad", le dijo—.

Él creyó que era una chanza y le contestó que pondría a la amante del plátano, Josephine Baker. La puerta se cerró con fuerza. Esa noche no vino a dormir.

La reconciliación, que costó un viaje a Cartagena y una semana en un hotel carísimo, no fue definitiva. (En realidad se alojaron en un caserón adaptado que había sido antes la casa de recreo de un marchand neoyorquino amigo de Greta Garbo, Yoko Ono y la Condesa de Rothschild, célebres visitantes incógnitos de la ciudad. Del dueño, decía la cronista del Daily News,: "Art dealer and inty-intimate of

the beau monde” y añadía, “all terribly, terribly private, you understand”). En realidad la reconciliación era un armisticio. Ella exigió matricularse en el ballet de danzas folclóricas con clases todas las noches de la semana, “así podrás oír todas las sopranos que quieras”, le dijo con voz de abadesa y en tono de burla. Él cedió, pero empezó a preocuparse cuando ella empezó a llegar cada vez más tarde y la excusa de la presentación en el Teatro Municipal fue haciéndose menos convincente. Se desató una tormenta cuando en una ocasión alcanzó a distinguirla con un muchacho, a todas luces un bailarín por lo armonioso de su figura, con quien tenía toda clase de familiaridades mientras se tomaban unas cervezas en “El Mediterráneo”. La prisa por llegar al banco antes que lo cerraran le impidió bajarse del bus ahí mismo y formarle un escándalo. Pero lo hizo cuando regresó, y sólo después de oírla lloriquear durante un largo rato, se calmó. Fue la última vez que hicieron el amor.

(Siempre le había preocupado saber cuántas monedas de oro, con su peso y sonido metálico, podían caber en forma literal y concreta, en el sexo de una mujer. De haberlo sabido, le hubiera dado su justo pago, ni una moneda más).

Sin embargo, una noche exasperado porque su demora era mayor que de costumbre, salió a buscarla al teatro. El portero lo miró extrañado mientras le contestaba: — ¿Cuáles ensayos?, ¡si ya hace más de un mes que se terminaron!

Creyó enloquecer. Se devolvió a la casa y recogió el pequeño revólver que guardaba en la mesa de noche. Mientras daba vueltas en el taxi tratando de dar con la dirección del bailarín, la radio transmitía un viejo bolero de Beto Granados:

“Voy gritando por la calle que no me quieres,
que no me quieres...”

Le pidió de mala manera al chofer que cambiara la emisora; éste rezongó, pero lo hizo. Encontró las puertas del edificio abiertas y subió los tres pisos corriendo por la escalera. En el primero era un tigre, en el segundo un león y en el tercero un tiranosaurus rex. Golpeó la puerta del apartamento indicado y, cuál no sería su sorpresa cuando vio que salía un jovencito andrógino vestido tan sólo con un calzoncito de lunares diminutos. Gritó preguntando por Piedad del Carmen, la coya, la mesalina, la puta ésa. El Ganimedes criollo contestó con un calmado: “¿Pero de quién está usted hablando?”

Dudó si seguir hacia adentro y emprenderla a pescozones contra el efebo o golpear las puertas de los apartamentos vecinos. Como un eco lejano oyó cuando la voz aflautada del joven le decía: “la mujer que usted busca se fue con el director, su amante, a Curazao”. Desde el fondo de los aposentos apareció un hombre alto, encuerpado, con gafitas redondas a lo John Lennon y un machete en la mano. No intentó, ni por un instante, entablar una conversación, sino que al fin entendió que significaba poner pies en polvorosa. En la esquina tomó conciencia de que él estaba mejor armado.

Y así, en “El Rico Vacilón”, mientras borracho rompía vaso tras vaso —que con una timbrada de la registradora cargaban metódicamente en su cuenta— vio llegar un amanecer cargado de nubarrones, amenazas de lluvia, de esas lluvias trágicas con arroyos turbulentos que se llevan por delante carros y donde se ahogan los imprudentes.

Dando traspiés, de pronto se quedó quieto observando a un viejo que, con un spray, escribía un graffiti: “Después de carnaval, paro nacional”. Le pidió prestado el aparato y

escribió en la paredilla recién pintada un “Te odio Piedad” con letras monumentales, letrero que daría origen a un drástico decreto de la alcaldía contra los que dañaban la cara de la ciudad. También a un largo y confuso artículo de Agamenón Rosado en “La Prensa”, en el que después de intentar hacer una semblanza psicoanalítica de su autor, vaticinaba el suicidio de ese ser atormentado, con seguridad un adolescente. (Más tarde, y cuando Oreste le confesó a Agamenón la autoría del letrero, casi le da un soponcio).

Al cabo de tres meses de largas y profundas borracheras, acompañado de Fortunación —que tocaba en el piano todo su repertorio de boleros llorones— se presentó el ominoso Marcial de Mier a advertirle que la sociedad constructora “De Mier y Torcaz” se había hecho cargo de la hipoteca y terminaba diciéndole: “Si no me pagas a tiempo, derribo a ‘Villa Bratislava’ y construyo un conjunto habitacional”.

El derrumbe. Las sesiones clínicas con Agamenón Rosado lo estaban ayudando cuando ¡catástrofe! se murió el psicoanalista. Los papeles en desorden que le había legado, aumentaron su confusión.

Y había llegado el plazo. Y ahora no podía, como el poema japonés, “mirar caer la lluvia, bajar las cortinas y encerrarse mientras pasara la primavera”.

Se detiene frente al retrato inmenso de su abuelo Amadeo, que con su uniforme de oficial italiano y con un fondo de barcos en la bahía de Cartagena, le dirige una sonrisa irónica.

CAPITULO II

DOS MUNDOS Y UN ENCUENTRO

No hay testimonio de ninguno de los integrantes de la Escuadra Oceánica Italiana sobre sus impresiones al llegar frente a Cartagena de Indias bajo el mando del Contralmirante Candiani.

Eran cuatro naves de guerra con 125 cañones y mil quinientos hombres con órdenes claras de obtener el pago de la indemnización a Ernesto Cerruti, un súbdito italiano o, en caso contrario, bombardear la ciudad.

El pueblo de Cartagena pensó que se trataba de una visita de cortesía que se sumaba a las festividades patrias que empezarían al día siguiente. Por eso, además de la multitud de curiosos, estaba la banda departamental dirigida por Augusto Azzali, un músico y compositor italiano que, como siempre, con su impecable frac, pechera almidonada y botones de diamante, dirigía un programa con las más movidas oberturas del repertorio operático. En ese instante interpretaban un "Tannhäuser" un tanto esmirriado.

En el público se destacaban por sus generosos abdómenes los notables del lugar vestidos de lino blanco y sombreros "Panamá" acompañados de las chicas casaderas de los más bruñidos blasones de la élite local. Bajo las sombrillas de color violeta, portadas por sus chaperonas vestidas de

estricto luto, ellas ostentaban sus blancuras de lirio, símbolo de diferencia con el resto de la población que lucía su gama de colores que iba desde el negro zulú de los estibadores, hasta el cobrizo palúdico de los músicos de la banda.

Cerca del mercado, en las gradas al borde del agua, estaban “las chicas que hacían maldades con el cuerpo” (como las describió el joven poeta Luis C. López en “El Telegrama”, lo que le costó su fulminante destitución); y que en esta ocasión ensayaban sus más bellas y pícaras sonrisas.

Una banda de guerra que iba en el crucero “Carlos Alberto”, la nave insignia, contestó con “La marcha triunfal de Aída” y después con una obertura de “Guillermo Tell” bastante briosa.

Azzali, acicateado, se lanzó con una “Cabalgata de las Walkirias” que la orquesta tocó afónicamente y por último, tocaron una pujante contradanza, “La Vencedora”, que el público aplaudió con entusiasmo. El mano a mano musical se terminó cuando los cruceros atracaron en la bahía y los pitos reglamentarios se dejaron oír.

...

Poco entusiasmado con la visita, se encontraba el gobernador Gerlein, que esperaba ansioso instrucciones de la capital por un telégrafo extrañamente mudo; el gobernador tocando con impaciencia la campanilla ordenó a su asistente, un joven de cara fatigada por las lecturas nocturnas, que le localizara de inmediato al cónsul de Italia, el viejo Juan Bautista Mainero, el hombre más rico de la ciudad. En menos de una hora, ya tenía el informe en detalle sobre las gestiones infructuosas para localizar al cónsul. La

minuciosidad del escrito llegaba hasta el dato de los arreglos en el Teatro Mainero para la función de esa noche en honor de los visitantes, que mostraba la novedad de haber reemplazado las lámparas de aceite de corozo por unas eléctricas.

— “¡Ese bribón de Cerrutti!” exclamaba el funcionario mientras apretaba los puños impotente. No se le escapaba que esa visita de los italianos no era de cortesía. Desde hacía unas horas sabía de su llegada por un mensaje confidencial. Había transmitido de inmediato la información a Bogotá y hasta ese momento el Presidente Caro no había dicho nada. Le tocaba a él sortear solo la situación.

Hacía más de diez años que el problema se ventilaba por todas las cancillerías europeas y tribunales internacionales. Italia exigía el pago de sesenta mil libras esterlinas a su súbdito Ernesto Cerruti como indemnización por la expropiación hecha a sus bienes por el gobierno de “la Regeneración”. En balde todos los gobiernos conservadores habían alegado que Cerruti había perdido su condición de extranjero neutral al haberse involucrado en las pugnas internas tomando partido por los radicales. En vano declararon sus testigos que el señor Cerruti, un excocinero de un barco italiano, se había internado en el país desde hacía dos décadas con negocios de un capital no muy claro, burlando la ley con la venta de armas para los Estados Federales y monopolizando la sal en el Estado del Cauca. Para esto había gozado de la protección del expresidente general Tomás Cipriano de Mosquera, abuelo de su esposa. ¿No había intervenido en la expulsión del arzobispo de Popayán, encabezando un grupo armado con un brazalete rojo? ¿No usaba un ostentoso anillo con los signos de la masonería?

Por lo anterior, al triunfar los conservadores, en represalia, invadieron su finca de Salento y destruyeron las cristalerías importadas, los pianos, se tomaron los vinos extranjeros y dañaron la pileta de natación. Más aún, decretaron la expropiación de esa riqueza mal habida y aprisionaron al italiano garibaldino.

El Reino de Italia no había atendido tales razones. Exigió ver a su súbdito, y un crucero, el "Flavio Gioia", entró a Buenaventura en actitud amenazadora. Llevado Cerruti para que dialogara, los italianos levantaron anclas y se llevaron al bribón. El incidente tensionó las relaciones entre los dos países.

"Un agiotista, un hombre que tenía por lema: 'Cento per cento moderata ganancia'", pensaba indignado el gobernador.

Pero no había posibilidades de ninguna ayuda externa. El año pasado los mismos norteamericanos, el Presidente Cleveland para ser más exactos, había fallado un laudo arbitral a favor del italiano y en contra del país. Había que pagar. Ni siquiera el buen desempeño del Servicio de Información (en realidad un oscuro funcionario del consulado que llevaba él solo todo ese pomposo nombre) que había mandado un cable, desde Caracas a Jamaica, y de allí por una goleta a Cartagena un día antes con la información sobre la flota, había servido de mucho. ¿Qué defensa podría haber preparado? Largas cavilaciones acompañaban al gobernador mientras se oía a lo lejos el guerroo de las retretas.

...

Mientras tanto, en el crucero "Carlos Alberto", el almirante Candiani hablaba con un hombre cuarentón, de pelo castaño y estatura regular sin uniforme y con un elegante vestido de calle.

– "¿Cuántas veces ha estado usted en este país, Amadeo?", le preguntó el almirante.

– "Con ésta, cuatro veces", contestó el de civil y añadió: "en mi primera visita yo era oficial en el "Flavio Gioia" e intervine en el rescate de Cerruti.

– "Ah, ésa fue una buena jugada", dijo el almirante y añadió: "Fue perfecto, como dedo de fraile en culo de monja". Ambos rieron largamente.

– Y ahora, ¿cómo están nuestros datos?, preguntó el almirante bajando la voz y con tono conspirativo.

– "Falta uno muy importante", respondió enigmático Amadeo.

Pero si de enigma se hablaba, algo de eso era lo que se planteaba el Arzobispo de Cartagena, Pedro Abraham Brioschi, italiano también y cuyas características eran su soberbia, avaricia y castidad. Los motivos de preocupación eran muchos, como muchas eran las casas que tenía hipotecadas y que lo hacían, junto con Mainero, el otro casahabiente más importante de la ciudad.

"El liberalismo masónico mundial ataca", fue la primera frase con que pensó llamaría a sus fieles a la resistencia. Las campanas, a su vez, doblarían todo el tiempo que el invasor estuviera allí. Pero había varias cosas que lo atajaban para

liderar el movimiento. La bandera antiliberal no era tan segura ¿No se había demostrado en la guerra que había muchos más radicales en lo que se consideraba un fortín de Nuñez y los conservadores? Además, hasta el momento, no había pasado nada; lo indicado era esperar. Si empezaban a cañonear muchos de sus inmuebles serían destruidos. No, no era conveniente provocar a sus paisanos. Llamó a su mensajero, un negrito vivaracho, y le entregó una carta para Mainero. (“Paganos siempre paganos” pensó mientras lo veía corretear como un Hermes negro por la calle). Al cabo de un rato la respuesta fue la imposibilidad de encontrar al cónsul; no estaba ni en su casa, ni en sus oficinas, ni en sus negocios. ¿Se habría ido a sus minas en Antioquia, o de pronto a la misma capital?

Todos buscaban al cónsul, pero éste, inocente de lo que ocurría, estaba en el camino a Turbaco, en la casa de palma que le había regalado a su querida, Sortilegio Carabalí. Allí, mientras la mulata — “de muy buen ver”, como la calificaban los amigos de Mainero—, le preparaba jarras de limonada helada a las que era tan adicto, él sentado en una mecedora, solfeaba la partitura de “Escándalo en la Pensión Inglesa” que tenía entre las manos. “Esta ópera es demasiado truculenta; no va a gustar” —pensaba— mientras trataba de imaginarse ese escenario doble ideado por Azzali. Peor era el tema, ¿cómo caería al público ese romance entre un adolescente, un barítono, y una mujer madura necesariamente mezzo-soprano dispalla?

Lo que sí era maravilloso era esa aria que debía cantar la quiromántica, una primadonna absoluta. ¿Pero, sí daría Zaira Montalcino la medida de esa aria? La tarareó de nuevo. ¡Sin duda era tan buena como lo mejor de Verdi! Sin embargo, ¿qué era esa coda en la que se pedía un

acompañamiento rítmico cadencioso y sensual? Pensándolo bien, ¿maracas en una ópera? ¡Un vero scandalo!

Fue en ese instante cuando llegó Sortilegio, agitada, a decirle que la armada italiana había fondeado en la bahía. “¡Mamma mia!” —gritó el cónsul—, a quien no se le escapaba el objeto de esta visita.

...

Le tout Cartagena estaba allí. El gobernador Gerlein, el arzobispo Brioschi, el cónsul Mainero, el almirante Candiani rodeado de su oficialidad, incluso Amadeo Antonelli Colonna —oculto en la penumbra de un palco— todos, aún con sus cartas sin destapar, se encontraban en la representación de la ópera de Azzali en honor de los visitantes.

Las butacas desbordaban de almohadones, cojines, almadraquejas, mallas y traspuntines que cada uno de los asistentes había llevado en vista de la dureza de las butacas. Las señoras lucían en los peinados agrafes de diamantes, y las damitas algunos adornos menos ostentosos. Pero se estaba allí para verse mutuamente y así, el cruce de miradas entre las jóvenes casaderas y los jóvenes oficiales italianos era de un fuego graneado. El cónsul Mainero tenía razón. La ópera no sólo no gustaba, sino que cada acto desconcertaba cada vez más. ¿Cómo era eso que después de tomarse por equivocación un elixir de amor, ese joven, hijo de los toreros del primer piso, se enamorara locamente de la señora cuarentona del piso de arriba?

Muchas toses empezaron a expresar el disgusto en la escena de la viuda echándose la suerte con la adivina. Fue

peor cuando el joven alterado porque no había logrado avances con la matrona y por sospechas de que ella se entendía con el vecino, disparaba contra la viuda y por error hería a la adivina. Se oyó un gran do agudo de la prima donna que hizo temblar los vidrios. “¡Esto es demasiado!” –gritó indignado el arzobispo– y con el mentón en alto buscó la entrada principal para salir. Desconcertados al principio, pero después solidarizándose con su pastor, empezaron también a salir los notables de Cartagena con sus esposas e hijas (estas últimas indignadas porque no les interesaba la ópera, sino su coqueteo). Sólo quedaron los jefes del radicalismo a quienes les parecía preciosa la ocasión para demostrar su desafecto a Brioschi, unos jóvenes “modernistas” que empezaron a aplaudir estruendosamente, las autoridades civiles, militares y el cuerpo consular que no podían dar mal ejemplo, algún jefe de familia que había hecho su viaje por Europa y le parecía “provinciana” la actitud del arzobispo y la oficialidad italiana que aplaudió cortésmente al compatriota Azzali. Éste, sudoroso y humillado, dio un rápido saludo al público remanente y detrás del telón se enfrascó a grito herido con el resto de la compañía en una discusión por las responsabilidades en la paternidad de la obra.

La ciudad tuvo después una noche amorosa en la que los apuestos oficiales italianos rondaron frente a los viejos caserones en cuyos balcones se asomaban las muchachas casaderas. Hubo esquelas y de pronto algún fugaz beso. (Desde el fondo de las casas se oían los gritos de las madres y de las ayas llamándolas a dormir, pero se podía palpar la complicidad). Tan gran momento en la vida germinativa de la ciudad no era como para despreciarlo durmiendo.

Pero la magia amorosa no había llegado al conde Amadeo

Antonelli-Colonna, cuyos pensamientos eran de otro tenor. Todavía le daba vueltas en la memoria el momento en que la voz de la soprano empezó el tema melódico dado en un contrapunto con el suave oboe, sobre el trémolo sollozante de los violines y el tañido del arpa. Y de pronto varió el ritmo de la melodía, y una frase resuelta de los arcos condujo a un felicísimo final. ¡Genial!, ¿cómo era posible que no se supiera nada de Azzali en su país? Trató de silbar la melodía, pero llegado a un punto se le escapaba. Sin embargo no entendía por qué la sentía algo familiar.

En ésas estaba cuando al mirar de frente se topó de pronto con una mulata apetitosa, que con la audacia de sus catorce años, se había internado en el recinto amurallado de la ciudad pese al peligro de ser arrestada por ejercicio ilegal de la prostitución. Pero la suerte a veces tiene los ojos abiertos, y así ella tenía enfrente a un hombre de ensueño, parecido a los príncipes de los cuentos de Callejas a los que era tan aficionada.

Un psst cómplice esfumó el sonido del oboe pero al tratar Amadeo de decir algo la muchacha le pidió silencio, lo agarró con familiaridad por el brazo y lo condujo por unas callejuelas solitarias hasta una tronera abierta en las murallas. Salieron y llegaron a un barrio en los extramuros. Ella entró con paso seguro en una casa de palma que tenía el aviso de "La Perdida". Amadeo, después de titubear un segundo, entró primero a un oscuro zaguán de tierra apisonada, y luego a una sala amplia muy iluminada que daba a un patio donde, en medio de árboles frondosos, se encontraba una inmensa pajarera, un lugar fresco y amable en que desaparecía el calor agobiante de la ciudad amurallada. Algunas parejas bailaban y la joven mulata se le colgó al cuello en una clara invitación a un baile cuyo ritmo no entendía del todo el italiano. En la tarima de la

orquesta tocaba el piano un señor de cierta edad y aspecto europeo, con mucho virtuosismo. A su lado estaban unos músicos con unos instrumentos folclóricos que Amadeo le oyó nombrar a la muchacha y repitió regocijado: guacharaca, caña de millo, guasá.

Al rato se sentaron en una mesa con un mantel de colores chillones y mientras tomaban el ron local, una negra azulosa con un largo vestido de algodón, acompañada tan sólo de los tambores, empezó a cantar. Amadeo sintió de nuevo ese algo indescriptible que le producían las mujeres de piel morena y negra. Se sentía embriagado, excitado, lujurioso. La cantante con su sonsonete rítmico:

pindón, pindón, pindón
pindón, cocorolló, pindón cocorolló

aumentaba su sensualidad. La mulatica, después de hacerse rogar, le reveló su nombre: Bratislava. “¿Cómo? —interrogó sorprendido— ¿Igual a la ciudad del Imperio Austro-húngaro?” “No sé de que me hablas” —fue la respuesta de la joven— nada interesada en la geografía, sino en enseñarle los pasos de una cadenciosa melodía que él con torpeza primero, pero después con soltura, siguió. Algunos parroquianos los rodearon batiendo palmas en forma acompasada, que pronto pasaron a los aplausos nutridos cuando descubrieron que era italiano. “Viva Italia, Garibaldi y el partido liberal”, gritaba una voz desde un rincón. Amadeo se acercó al pianista, un hombre que parecía salido del mundo de las tablas, con sus ademanes teatrales y una cara diseñada para representar al duque de Mantua en “Rigoletto”. Sin sorpresa supo que también era italiano. Resultó ser una celebridad. Había compuesto la música del himno de la ciudad, devenido después en himno nacional (a pesar de que los liberales se negaron a aceptarlo), pero

no lograba que se lo pagaran. Tenía meses de estar en la ciudad haciéndole antesala a la viuda del expresidente Nuñez a ver si con influencia conmovía, al fin, a la Tesorería. "Igual que en Italia", le comentó Amadeo.

Las parejas empezaron a desfilar hacia las habitaciones del fondo, pero los dos italianos, entusiasmados por esa reciente amistad, se turnaban en el piano. Amadeo tocó una aria nueva de Arrigo, y Oreste Sindici, según dijo llamarse el pianista, tocó algunos vales criollos y contradanzas del país que a ninguno de los dos impresionó demasiado. Pero Bratislava tenía deseos más carnales y con mimos y caricias logró que un Amadeo, que también estaba dispuesto, se fuera a la alcoba.

Unos segundos antes de irse, y mientras trataba de zafarse del abrazo de anaconda de la joven mulata, Amadeo le silbó el tema del aria de Azzali a Sindici, que mientras la reproducía en el piano, gritaba "bellissima, bellissima".

Esa noche hicieron el amor tan maravillosamente que Bratislava le confesó que "por un momento me provocó levantarme y ponerme a aplaudir".

La pareja se rindió al amanecer, y sólo pudo despertarse cuando la mañana estuvo bien entrada con su fragancia de resedas, polifonías en la pajarera y los graznidos discordantes de los alcaravanes. Quedaron en encontrarse en el mismo sitio todas las noches.

...

En los días siguientes hubo pasos de sainete. La banda de la armada italiana dedicó dos retretas a la ciudad, una en la Plaza de los Mártires y otra frente al Teatro Mainero.

Aunque la gente común disfrutó y hasta les puso el cordial apodo de las 'guacamayas romanas' por el colorido de los uniformes, quienes estaban viviendo un intenso momento eran las chicas de la "crème". Hubo historias de amor con final operático —ya se sabe que los amores con trágicos finales son los que producen obras de arte— a los nueve meses de haberse ido la escuadra Oceánica. Alguna de estas chicas, madre soltera, terminó en un lupanar de Panamá, otra murió de un aborto practicado por una bruja-comadrona de Getsemaní y el cuerpo fue hallado en un caño; el escándalo sobrevivió hasta nuestros días. Otras familias, que no iban a desamparar a su hija, sedotta e abbandonata, se desplazaron a una Barranquilla, pujante y fenicia, que frente al aluvión de nuevos pobladores, no hacía demasiadas preguntas, o al menos eso creyeron con candor.

Inspirada en esas historias apareció la novela por entregas "Cuando el amor se va...", un éxito por el número de lectores y que aumentó como espuma la circulación de "El Zancudo".

Pero lo anterior ya es el futuro. Por lo pronto, en el Palacio de la Gobernación, el almirante Candiani acompañado por tres altos oficiales, se presentó al despacho del gobernador Gerlein. En esta ocasión no hubo brindis de amistad, sino un ultimátum que el funcionario, blanco y demudado, leyó y en donde se le conminaba al pago de la deuda a Cerruti o el bombardeo de la ciudad a la que los cañones estaban apuntando.

Al terminar la lectura, el gobernador golpeó con fuerza el escritorio y ordenó a sus guardias el arresto de los italianos.

— No sea torpe, ¿qué va a ganar con eso?, le dijo un

almirante sorprendido por esta reacción imprevista.

— Mientras los tenga como rehenes no se atreverán a bombardear, contestó un gobernador exaltado pero decidido.

— Si no regresamos dentro de diez minutos hay orden de disparar. ¿Nos asesinará usted? Las cosas se podrían complicar demasiado. Todavía hay salidas.

Aunque la voz del almirante sonaba serena y segura, el gobernador percibió un matiz de respeto y ordenó soltar a los oficiales e invitarlos a dialogar. No era para menos, les había hablado en su lenguaje, el de la fuerza. Entonces les propuso el acuerdo de un plazo, mientras llegaba respuesta de la capital. El almirante, menos rígido en su actitud, accedió. Al salir de su despacho, el gobernador Gerlein pudo comprobar la mejoría de su francés, pues sólo en ese momento tuvo conciencia que ése había sido el idioma empleado.

...

Amadeo tuvo conciencia de lo que ocurría al sentir la marejada de la gente que bajaba hacia la playa dando mueras a los italianos. “Ni se te ocurra abrir la ventana”, le dijo Bratislava. Las oleadas de la gente siguieron toda la mañana en actitud cada vez más agresiva; algunos llevaban escopetas de fisto y tomaron posiciones frente al mar. La estatua de Bolívar fue arropada con la bandera nacional y las chicas de la sociedad —trocado su amor en odio— tocaban en sus pianos himnos patrióticos: Las conservadoras tocaban el himno de Núñez y las liberales “la Marsellesa”. Sin embargo, hacia el mediodía los mueras a los italianos se habían convertido en gritos de “Abajo el presidente Caro”. Bratislava salió a la puerta y conversó

con uno de los más fervorosos manifestantes antigobornistas, un joven bizco.

“Ese muchacho López me ha dicho que hay conversaciones entre el arzobispo y el almirante. Todos los italianos de la ciudad, comerciantes y profesores de música se han refugiado en la catedral para evitar ser maltratados”, le comentó a un Amadeo pensativo.

De pronto se oyó el estruendo de un cañón y un griterío ensordecedor se escuchó en todas partes. Al rato, una multitud pasó en estampida. “Si bombardean acaban con estas ruinas disfrazadas de ciudad”, pensó un Amadeo intranquilo. Después, hubo un silencio como si los enemigos se estuvieran estudiando. Un cuerpo del ejército con chaquetas que alguna vez fueron blancas, calzones a la suava, descalzos y con sombreros garibaldinos, pasaron corriendo dándose consignas de aliento. Al notar una sonrisa despectiva en los labios de Amadeo, Bratislava exclamó: “¿No fue a ustedes los italianos a quienes los africanos les dieron una muenda hace poco?” Había pisado un punto sensible. Pálido, el hombre reviró con furia e hizo un ademán de querer golpearla, pero Bratislava desde ese momento marcó fronteras, porque encarándolo le dijo:

– Ni se te ocurra, tú no sabes con quién te metes...

La cara de asombro del italiano estuvo como para fotografiarla, pero se recuperó con rapidez y demostrando un perfecto dominio de sí mismo, la atrajo con cariño hacia sí y después de besarla, le susurró con dulzura: “Nada podrá separarnos, ¿cómo se te ocurre que puedo estar en guerra contigo?”

Esa tarde, al llevar una carta dirigida al cónsul de Italia,

Bratislava abrigaba dudas sobre sus lealtades ¿Estaría ayudando al enemigo? Hizo a un lado todos esos escrúpulos; su patria era el hombre que amaba.

Volvió al anoecer a "La Perdida" con muchas noticias. El cañonazo de advertencia que incendió la parte trasera del Teatro Mainero había quemado todas las partituras de la ópera de Azzali fijadas a sus átriles. El compositor, desesperado, había salido de la catedral gritando, pero lo único que consiguió fue que un grupo de manifestantes por poco lo matara a golpes. Se salvó de milagro gracias a la protección de los contertulios de "El bodegón", que encabezados por el joven poeta López, lo refugiaron en el bar, pero el hombre quedó con lesiones irreversibles que le hicieron perder por completo, la memoria.

Circulaban, eso sí, toda clase de rumores. Se decía que Candiani había dado diez días de plazo para el pago, que su gobierno no estaba de acuerdo y le ordenaba acortar el plazo; que en realidad los barcos traían armas para los liberales; que había una bomba especial, con autógrafo de Cerruti, para la casa de Núñez en el Cabrero; que el presidente Caro iba a abandonar el cargo antes de tiempo para dejarle esa papa caliente a su sucesor Marroquín; que el cónsul Mainero se había comprometido a pagar la deuda; que el cónsul de Estados Unidos le había pasado una carta de protesta al de Italia con una severa advertencia en caso de intentar algún desembarco en el Istmo de Panamá; que el arzobispo Brioschi había hecho leer en los púlpitos una pastoral con amenaza de excomuniación a los italianos si bombardeaban. Sin embargo, se rumoraba acerca de sus conversaciones con el almirante y en las que le había ofrecido dinero si no disparaba hacia el Nordeste donde estaban, bajo hipoteca, la mayoría de sus casas; que habían

llegado naves italianas a Puerto Colombia y Buenaventura; que Italia intentaba extender aquí su imperio después de la paliza que les había dado Menelik en Etiopía; que ya habían pensado coronar como rey vasallo a Teófilo Toquica, un jefe liberal de Boyacá, que decía ser descendiente del último zaque; que el protectorado se llamaría "Terra dantesca"; que... Amadeo le tapó la boca con la mano, mientras le decía en un español bastante bueno: "Callate, cotorrita..."

Lo claro era la necesidad de dejar la ciudad. El escondite era inseguro y a Bratislava le pareció haber oído cuchichear esa mañana a un par de transeúntes mientras dirigían miradas a la ventana. No había que contar con la ayuda de nadie, pues se vivía un antiitalianismo visceral y, aunque los liberales querían aprovechar políticamente el asunto, también daban un sólido rechazo al ataque extranjero. De momento, los curas y los conservadores habían popularizado una canción que la muchachada entonaba ruidosamente en las calles:

Celebero que se a morto Garibaldi
Garibaldi pum Garibaldi pum
Garibaldi era una fiera que no respetaba a la gente
era un perro prepotente que hasta mordía al patrón...

La cancioncilla era tan pegajosa que ni siquiera la amenaza de fuste que los liberales prometieron a sus hijos si la cantaban, pudo disminuir el entusiasmo alrededor de ella.

Por lo pronto, y ante la aprensión de Amadeo, una muchacha negra preguntó ese mediodía por Bratislava. Resultó ser una mensajera de Sortilegio Carabalí que les recomendaba recogerían rápido sus cosas y se fueran a la

finca cerca a Turbaco. Amadeo hizo unos encargos a Bratislava y ésta sin saber para qué servían, vio cómo el algodón, la goma y el tinte se transformaban en cejas, perillas y patillas que transformaron a su caballero italiano en un grave y severo comerciante. Ya en la finca de Mainero —que había optado por la política de que su mano derecha no supiera lo que hacía la izquierda—, Sortilegio les dio unas instrucciones memorizadas, también ayudó con algunos toques al disfraz de Amadeo “para que parezcas un judío curazaleño, así no despertarás sospechas”, y les indicó la dirección de una parienta en Calamar.

A pesar del agradecimiento, esto no obstó para que Amadeo, en un descuido de Sortilegio, hurtara la partitura completa de la ópera de Azzali que estaba en la mesa de noche de Mainero. “Este tesoro pertenece a la humanidad y mejor está en mis manos”, se justificó a sí mismo. En el tren no contempló el paisaje frondoso y tropical, sino que se sumergió en la partitura. Cada vez que la repasaba le parecía más bella el aria de la quiromántica; el resto de la obra podía ser echada a la basura. Su disfraz convincente fue puesto en peligro cuando, entusiasmado en tararear la bendita aria, soltó el do de pecho —que correspondía al final— con su cultivada voz de barítono y que motivó que un oficial del ejército, al mando de un pelotón que viajaba en el mismo tren, exclamara: “por aquí hay un italiano de mierda”.

El secreto de cómo resolvieron el problema pertenece a Bratislava y su poder de convicción. Ya en Calamar podía suceder cualquier cosa, menos el pasar inadvertidos. Eran una pareja singular: él, un hombre maduro, atractivo, de ademanes graves, y ella, una morocha sabrosa, con unas nalgas preciosas y un caminado que hacía volver la cabeza

a todos los transeúntes y, aunque el pueblo vivía su momento de esplendor y mucho movimiento comercial, las caras nuevas seguían siendo noticia. Y así fue como a los dos días de estar en el “Royal Hotel” recibieron una invitación a tomar el té en casa de las hermanas Alba y Assumpta Amar y Borbón. Nada se les podía negar a las dueñas de casi todo el pueblo; de ellas se decía que lavaban y bruñían morrocotas de oro que a diario ponían a secar en un patio encementado. También se hablaba de los atributos que exigían en el hombre que tomarían por marido y que nadie, desde el Cabo de la Vela hasta el Golfo de Urabá, reunía. Próximas a los cuarenta cuando, según el decir del pueblo, no sólo las había dejado el tren, sino que ya no alcanzaban a ver ni el farolito del último vagón, la aparición de un espécimen como Amadeo era el milagro que les concedía San Martín de Loba, el último de los santos a quien le habían pedido en una novena lo que más deseaban: un hombre.

Después de la visita —en la que Bratislava no hizo sino meter la pata y revelar que jamás había rozado el tratado de urbanidad de Carreño, mientras Amadeo sacaba a relucir sus exquisitos modales—, le ofrecieron al italiano el puesto de contabilista en “El Sol brilla para Todos”, el más grande de sus almacenes en la calle paralela al río.

Por la ola de resentimiento nacional contra los italianos, también en Calamar se había prohibido la ejecución en las pianolas de las cantinas de rollos con temas de ópera italiana. Wagner se volvió popular y el “Götterdämmerung”, el tema más silbado. Amadeo supo que su identidad había sido descubierta cuando Assumpta lo invitó a tomar café con pepitas de cardamomo en el gigantesco balcón que daba hacia la plaza principal. Después de una serie de

generalidades sobre la marcha de los negocios, envueltas en cierto coqueteo al que ayudaba el crepúsculo gris y malva sobre el río, y cuando más abundaban los roces de las manos por precipitarse a ofrecerle las cucharaditas de azúcar, ella le pidió abruptamente que le diera clases de canto porque, como añadió con expresión cómplice: “usted deber ser de los integrantes de la compañía de Azzali, ¿o me equivoco?”. De nada valieron sus negativas y el fluido inglés que utilizó para hablar, pretextando sus estudios en Oxford y negocios en Nueva York porque Assumpta también sabía idiomas y conocía de acentos, y a sus historias para crearse un pasado de comerciante judío, ella replicó con un: “no me diga mentiras porque yo sí soy comerciante y, además, somos judías por parte de madre. De nuestro padre sólo heredamos el apellido y la prepotencia que, además, cultivamos”. Arrinconado, no tuvo otra alternativa que comprometerse a darle clases por las noches después del trabajo.

Pese a la opinión de Bratislava de escapar inmediatamente, Amadeo aconsejó prudencia y no dar, por ningún motivo, pretextos para que los persiguieran. Desde la primera clase estuvo claro que el interés de Assumpta en el canto era menos que relativo. La forma de recargársele mientras tocaba a cuatro manos una adaptación del sexteto de Lucía de Lammermoor no era tan sólo una insinuación, era mucho más. Definitivamente todo se había complicado porque Assumpta se había enamorado como sólo saben hacerlo las solteras sopranos y vírgenes, una especie en extinción.

Y así fue como a la tercera clase los dedos se tropezaron en el piano, y el vals del minuto se quedó en cincuenta segundos, y las partituras de Chopin y Liszt volaron sin que nadie se preocupara por recogerlas. Se quedaron mirando

nadie se preocupara por recogerlas. Se quedaron mirando como un par de fieras que se estudian para terminar con un beso como los que salían en la etiqueta del jabón "Tabú", con gran arqueada sobre la tapa del piano de cola. Allí — después de descartar el sofá traído de Viena, por incómodo y moralizante— Assumpta redondeó el conocimiento. Salvo el acorde sordo de una cuerda reventada, ninguna otra cosa perturbó la paz de la casa. Ni siquiera hubo la presencia de Glimanesa, dama de compañía y chaperona insomne, que en esta ocasión y en forma asaz sospechosa, no se acercó a ofrecer los acostumbrados refrescos a pesar del denso silencio.

Todo se complicó cuando Amadeo, un amante de la comodidad y el refinamiento, empezó a quedarse más de lo conveniente en la casa de las Amar y Borbón donde encontró un jardín interior. Era el edén recuperado. Nada de eso hacía feliz a Bratislava, que decidió intervenir. Y fue así que cuando Assumpta y Alba salieron a hacer compras —siempre antes de las tres de la tarde como lo hacían las señoras de bien en París— ocurrió el escándalo que conmovió en sus cimientos a Calamar. (No hay que hacer demasiado esfuerzo de composición de lugar para imaginarse: las sombrillas de color malva —el color preferido de la emperatriz Eugenia—, los grandes sombreros, un ave fénix el de Alba y una cornucopia el de Assumpta, ambos con velillos oscuros, los vestidos de mapolán debajo de los cuales las carnes estaban constreñidas por el corset luchando por estallar, y los guantes de encaje, otro reto al clima).

Dentro del universo de Assumpta, —en el que todo se daba con circunloquios, el mundo de la insinuación, el reinado del matiz—, la aparición de una figura ágil, morena, con el

cabello largo y rizado, y con un vestido fresco de algodón blanco e inmensas flores rojas que con el rostro encendido le cerrara el paso y le gritara: “Moniconga robamacho”, fue demasiado, mucho más de lo que podía soportar. Por eso, ante los chillidos histéricos de su hermana Alba y la inmovilidad de Juanchito Pérez, uno de los tres policías que componían la fuerza pública del lugar, dio una especie de vuelta y cayó cuan larga era, —no demasiado para ser veraces— fulminada por un infarto. La joven mulata salió corriendo mientras refunfuñaba sobre la desgracia de que a esa vieja le hubiera dado un tucu-tucu. Años después, cuando ya Calamar quedó reducido a ser un pueblón somnoliento, las viejas medían el tiempo a partir del día de “El tránsito de Assumpta”.

Por lo pronto, las fuerzas vivas del lugar se reagruparon y el alcalde armó una comisión de vecinos indignados, y les dio la consigna de entregar vivos o muertos a esa pareja criminal. No hubo mucha necesidad de azuzar a estos defensores del orden que salieron dando gritos de muerte a los traidores y vivas al gobierno.

Bratislava, que tenía experiencia de lo duro que solía ser el gobierno de “la Regeneración” con los que no les gustaba, logró organizar la huida en un carro de mula entre sacos de maíz. El cómplice, un viejo radical admirador de Mosquera y de la expropiación de los bienes de la iglesia, buen lector de Voltaire y enemigo acérrimo de Pio Nono, sintió que su deber era ayudar al garibaldino —así calificó a Amadeo, que no lo contradijo—, por lo que él mismo los pasó en su vehículo por el retén a la salida del pueblo, donde los guardias no les molestaron, ocupados como estaban en discutir sobre si Assumpta Amar y Borbón tenía su virginidad intacta.

CAPITULO III

ORESTE

(2)

Cazaba mariposas en el jardín de Villa Bratislava. Tenía un vestido anacrónico como de pintura inglesa del siglo dieciocho. De pronto hubo un cambio de atmósfera y se sintió que habían matado a Gaitán. Una multitud vestida, en parte como populacho de película sobre la revolución francesa y en parte como combatientes de la revolución mejicana, se precipitaron contra las rejas de la villa —una joya del Art Nouveau— y trataron de entrar. Entonces Ping, Pang y Pong de Turandot, pero en la versión azul acerada de Zefirelli, salieron con largos cuchillos extraídos de las mangas. Al aproximarse sus rostros, eran los de la abuela, Usnavy y Fortunación. Con precisión diabólica empezaron a cercenar las manos de los que atravesaban las hendiduras de las rejas. Estas caían en montículos que, en un momento, taparon la casa...

Ahí se despertaba. Las imágenes sólo desaparecían un segundo después. De nada valieron las sesiones con Agamenón que pronunció la frase infortunada de: "No te puedes quejar, te estás rozando con la historia". Un chiste flojo que casi le hizo abandonar el tratamiento.

Lo indiscutible era que por el nueve de abril, él había heredado a "Villa Bratislava".

Nada de eso era previsible, cuando al medio día y

rompiendo el ritual estricto de no faltar a la mesa en las horas del almuerzo, su tía Minerva y él llegaron de primeros al auditorio de las Emisoras Unidas a la programación de ese viernes. Tenían un buen puesto y el programa era gratis. Pero cuando estaban acariciando esa pequeña felicidad, irrumpió una multitud al grito de “mueran los godos”. El miedo los dejó petrificados; por eso es que él pudo presenciar claramente cuando los dos hombres, armados de machetes y con brazaletes rojos, zarandeaban a un hombre elegante de gran bigote negro que alegaba un: “Pero ché, si yo soy Leo Marini...”

Alguien dentro de la multitud pidió que lo demostrara y entonces, en medio de las toses y el escozor en los ojos que producía el incendio de la iglesia vecina de San Nicolás, él escuchó la versión —única e irrepetible, la mejor de todas— del bolero “Humo en los ojos”, una joya del arte efímero. Pero no era el momento del goce, sino de la huida. Y así, buscando un hueco dentro de la multitud, pugnaron por escaparse; pero, vano intento, la masa convulsionada los integró de nuevo y fueron arrastrados, entre mueras al Presidente, al frente de la gobernación.

Muchas veces, a lo largo de su vida, Oreste ha analizado la fotografía donde flamea la bandera soviética en un balcón del Palacio de gobierno, tomado por lo que después los periódicos gubernamentales designaron como la “chusma”. Ese momento indicó su entrada a “la guerra contra el imperio del mal”, pues la bandera era la prueba contundente de un vasto plan subversivo. El mismo Secretario de Estado la agitaba —allí estaba otra foto de la época— frente a los delegados de la Panamericana que aprobaron una condena a las doctrinas foráneas. El obispo dijo en el sermón dominical que no había mayor refutación al comunismo

que una madre, y su profesor de religión sentenció: "Toda esa gente muerta con los paquetes robados bajo el brazo, todos muertos en pecado mortal". Pero la imagen que se le quedó indeleble fue que, en medio del estrépito y furor del saqueo a la gobernación, con vidrios rotos y escritorios lanzados a la calle, un hombre de chacó rojo se asomó de pronto a la ventana y pidió algo que la multitud repitió: "un papel sellado". No entendió, porque al querer preguntarle a la tía Minerva, sólo vio sus tacones lejanos buscando escondite y sólo fugazmente tuvo las visiones de un hombre robándose un carro de un almacén, mientras hacía estallar en miles de fragmentos los vidrios de la vitrina; la de varios muchachos lanzando cocteles molotov contra "La Prensa" y la de dos hombres peleándose a machete limpio una litografía vieja que representaba a unos príncipes japoneses visitando al Escorial en construcción.

Esa misma noche, mientras Minerva y Lira Divina rezaban las letanías de todos los santos por el triunfo de las fuerzas del bien sobre el imperio del mal, oyó por el enorme Telefunken que por la falta de papel sellado la Junta Revolucionaria no se había podido posesionar. También, y esto era un debate inacabable, se discutía si el gobernador, al dar órdenes desde su casa y no desde el despacho, estaba ejerciendo o no el poder.

Con el paso del tiempo olvidó todo ese fragor de la batalla. No tenía alma de cruzado; ésa no era su guerra.

...

El mundo de sus tías era una combinación de moral victoriana, respeto por las jerarquías sociales y falsa distinción. Tenían demasiados prejuicios pero no la suficiente plata como para sostenerlos. Odiaban a Gaitán

que “no se había limitado a conservar su puesto”, admiraban a Turbay “a quien no le darían el voto, pero sí se casarían con él”, e idolatraban al presidente Ospina, cuyo retrato adornaba una de las consolas de la sala. En la vieja casa solariega, testimonio de tiempos mejores, se hacían omnipresentes las fotografías de París, Bruselas y Berlín, los escenarios de siempre. Como curiosidad estaba una foto en la que Hitler asistía a la representación de “Los Maestros Cantores”, instantánea tomada por el tío Nicolás, tesoro que destacaban ante las visitas. Las conversaciones de sobremesa giraban, más de lo deseable, sobre viejas glorias familiares que comprendían un antepasado francés en la guerra de independencia, un obispo contendor de Mosquera —y por eso exiliado— y un primo héroe de la batalla de Carazúa. Cuando lo veía caminar encorvado sobre su bastón, rumbo a su notaría vitalicia, le parecía inconcebible que él solo hubiera arrebatado una ametralladora “Garner Pattent” a la fuerzas de los liberales coaligados con los venezolanos enviados por Cipriano Castro. Pero en lo que sí fracasaron sus tías rotundamente, fue en la pretensión de meterlo en ese universo. Así, cuando Lira Divina empezó a darle el tratamiento de “Monseñor”, no le hizo nada feliz saber que por su abuelo paterno pertenecía a la nobleza negra romana, que era cardenal por derecho propio y que si estuviera en Roma, desfilaría al lado de la silla gestatoria agitando un flabellum. ¡Decirle eso cuando estaba en pleno furor de la Ilustración, cuando acababa de leerse “La religiosa” de Diderot y estaba enfrascado en “Las ruinas de Palmira” de Voney! Libros de la biblioteca del tío Nicolás, el liberal de la familia y cómplice de sus lecturas.

Pero curioso sí estaba por aquello del cardenalato, que ya se sentía otro Fabricio del Dongo y así un día,

peluqueándose donde Paco, el cubano, encontró en “Carteles” un artículo con una ilustración en la que se veía a Scirra Colonna dándole un bofetón al Papa Bonifacio VIII, ante la presencia del conde Nogaret. El gesto de dolor del viejo pontífice era destacado en el dibujo.

El escrito, muy sabroso, contaba cómo el viejo Scirra era un tipo cojonudo. Como también lo era su aliado Felipe, “El Hermoso”, el hombre más bello de su tiempo quien odiaba a los maricas y por eso hizo quemar a los Templarios, unos guerreros que hacían orgías con los derviches de Hassán Sabbah, el “viejo de la montaña”. Y el Papa tampoco era ningún manco, pues se la pasaba comiendo chicharrones el viernes santo y por último, se inventó el jubileo para que los ricos compraran el cielo. Cuando lo aprisionaron los Colonna y los franceses, el Papa, loco de la furia, se tiró contra la pared y se mató. La historia estaba buenísima pero él no se iba a pasar media vida leyendo la vida de otros.

Sin embargo, el modernismo y la libertad se colaron por la ventana musical. Dinero no había y las tías mismas eran de las que decían que la falta de plata volvía plebe a la gente, así que los ingresos empezaron a llegar por donde menos pensaban; por un trío, con su madre como tercera integrante que, de cantar en los matrimonios “La Serenata” de Schubert y “La Plegaria de una Virgen”, pasó a constituirse en el conjunto “Currucucú” —nombre rápidamente cambiado por el de “Arrullos”— de gran aceptación entre los oyentes de la radio. La grabación de “Amorcito, Corazón” había sido un “hit”, al que no era del todo extraño el silbido que daba la tía Lira Divina.

Para él también el mundo de cantantes y músicos,

lentamente, pero en forma segura, se volvió su entorno. Olvidó la fecha en que empezaron las tertulias sabatinas y se hicieron infaltables Abigail de Pradilla y Piedad de Gómez, dos señoras de sociedad que le daban el toque distinguido, aunque la tía Minerva no cesaba de lamentarse de sus modales libres, que justificaba por sus largas estadias en Europa.

Los otros hijos eran monsieur Retat y Conchita Saldías, — tenor y soprano—, que socialmente no pasaban de ser tan sólo “gente considerada”. La voz de Conchita no era tan buena como la de su tocaya, la célebre Conchita Supervía, pero le ganaba en otros atributos como sus firmes y redondos senos que le rozaban con fuerza cada vez que ella, al saludarlo, lo atraía hacia sí para darle un rotundo beso en la boca ante el silencio escandalizado de las tías. Como la Saldías decía saber alemán, era experta en el repertorio wagneriano. Había un aria donde se lucía en el rubato que todos creían era de “Tannhäuser”; pero una tarde, solos en la sala le preguntó con voz de abadesa: “¿Quieres que te traduzca la letra?”, y enseguida, con voz ronca, dijo:

En el monte de Venus
olvidó honor y deber
que raro que a nosotros
no nos pasen esas cosas.

El se rió muchísimo esa vez, como se reía siempre que oía esa aria, ante la sorpresa de todos los que la escuchaban, menos de la cantante que sonreía en forma enigmática. Como misteriosa fue su sonrisa esa ocasión cuando la vio en el rellano de la escalera cantando, para alguien, el aria de la locura de la Lucía de Lammermoor. En el recuerdo siempre superponía la imagen de Ingrid Bergman en “La

Luz que Agoniza”, un mismo escenario y un mismo fondo musical, con la diferencia de que la actriz no terminaba con el ademán procaz de la Saldías, el cual era una invitación a la cópula para alguien fuera de su visión. Pero ciertas perversioncillas no eran tan lejanas para Conchita, que en esas salidas al balcón de su casa en un vaporoso “negligé” y con luz tamizada en la sala, esperaba —siempre con fondo del aria de la locura— a que llegara (como lo reveló muchos años después Agamenón Rosado en lo que había empezado como una evocación nostálgica y que había terminado en un cotilleo de la madonna) alguno de los chicos más apuestos del barrio, encuentros en los que, para proteger su virtud, sólo consentía en ser sodomizada.

• • •

En ese abril, la historia siguió tejiendo sus argucias y, fue así como él oyó por primera vez la expresión “Casa Nognata”, términos utilizados por el diario para referirse al incendio de la mansión de gran arquitectura situada en un altozano del barrio “Las Delicias”. No encontró la definición en el diccionario y al preguntársela a la tía Minerva, la respuesta fue un pescozón y una enjuagada de la boca con jabón azul de pelotica, mientras le decían: “jamás de los jamases se te ocurra pronunciar de nuevo esa palabra”. Pero no hubiera alcanzado el conocimiento si una conversación casual entre Tito Romero, —voceador de periódicos y el Romeo de la cuadra—, y Sara García, la doméstica, no le hubiera esclarecido todas las etimologías. Ella sostenía que a la casa de la Negra Eufemia, donde había trabajado dos meses como “ama de llaves”, sí le correspondía la palabra que usaba el periódico, porque ¿debía ser un calificativo importante, o no?, pero esa Villa Bratislava donde ni música se oía ¡que nognata ni que

cuernos iba a ser! El galán oponía las distinciones escolásticas de que la casa de la Negra Eufemia era tan sólo una Academia y las otras como el "Place Pigalle" y "La Gardenia Azul" eran tan sólo unos meros "Coreográficos", pero lo que se dice Nognata, ¡ah, palabra distinguida!, ésa tan sólo le cabía a la Bratislava, que ésa sí era gente de postín y no las mantequeras y de mediopelo que ella conocía...

Cuando la discusión semántica iba a convertirse en una guerra de verdad, fue descubierto y alejado con grandes gritos de "lo voy a acusar, Niño Oreste, de escuchar conversaciones ajenas". Se iba a quedar ignorante porque ni Pérez y Pérez, ni Concha Espina, ni la Condesa de Segur, ni ninguno de esos escritores que leían las tías, tenían escenarios nognatos.

La ayuda llegó en forma inesperada, por el cuaderno olvidado de Conchita Saldías y en el que copiado a mano estaba un cuento del profesor de literatura en la Normal de Señoritas, el viejo Vinyes. ¡Je!, y ahí estaba lo que él buscaba, aunque ¿sería posible que esas putas recitaran a sus clientes los clásicos del siglo de oro español? Más interesante era la historia del hijo de la dueña de la casa que, sin saber qué hacía su madre, estudió medicina en el exterior —tal vez Buenos Aires—, pero que al volver y saber la gran verdad, enloqueció. Encerrado en una pieza del segundo piso aullaba ante la indiferencia de la clientela que, acostumbrada a sus gritos, seguía la fiesta. Tiró el cuaderno al tacho de la basura. "Eso te demuestra que el viejo Vinyes jamás estuvo donde la Negra Eufemia", le anotó décadas después Agamenón.

Pero ya la curiosidad se había vuelto obsesiva y, fue así

como después de las salidas de clases, se dedicó a rondar la casa mencionada. No vio nada extraño fuera de las entradas y salidas de un par de mujeres más maquilladas de lo que debería estar una señora decente.

Alguna vez logró divisar en la terraza a una dama de edad, con traje largo y sofisticada boquilla, sentada en una chaise longue. Una especie de "Dama de Shangai" envejecida, todavía una presencia intranquilizadora.

Una tarde de ese abril histórico, la figura, para él insólita, de Usnavy Pérez se acercó a la terraza donde las tías rezaban el rosario y él estudiaba la regla de tres. Con esa voz grave, que después se le haría tan familiar, le dijo a unas tías estupefactas, que venía de parte de Doña Bratislava. No supo qué hablaron a solas, pero de ahí resultó un apremiante "váyase a vestir que va a conocer a su abuela". No hubo otra explicación, ni siquiera cuando hecho un mar de confusiones, empezó a ascender la loma que conducía a "Villa Bratislava".

El otro lado de la historia se lo contó Fortunación Retamozo. Como en todo lo que se proponía la abuela, llegó a ser una experta en el tarot. Y como a todo le sabía sacar provecho, decidió poner una consultoría esotérica en el ala este de la Villa. No tenía problemas en su horario, porque la casa que tenía como cabeza de proa un restaurante coquetón e íntimo —sólo iban muchachas de buenas maneras que no tenían suficiente dinero para vestir a la moda, y caballeros que sí lo tenían y estaban dispuestos a gastarlo por un buen rato— se manejaba como un relojito de precisión.

Entre su clientela como adivina, empezó a llegar gente a

quien los periódicos designaban como “truncos de distinguidas y patricias familias” tal como Abigail de Pradilla y Piedad de Gómez, que nunca hubieran aceptado ante las tías Palacio que ellas hubieran pisado alguna vez “Villa Bratislava”. Pero la gran historia también las rozó y ese mediodía del nueve de abril llegaron afanadas y subieron corriendo —en la medida que esa palabra les quepa— las gradas de la villa. Aunque llegaron en taxi y no en sus carros particulares, la hora al descubierto e inoportuna indicaba que el problema no daba espera. Las gafas oscuras y las grandes pañoletas no daban todo el mimetismo requerido; por eso no faltó la vecina que las viera y empezara, en una red telefónica y escandalizada, a comentar la visita.

La abuela echó las cartas mientras sopesaba muy bien los datos. La hija de Abigail tenía amores con Jean Paul, un muchacho belga. Se decía que la madre de él había pagado una alta suma al capitán de un barco de la flota Blanca de la Yunai para sacarlo de su país antes de que estallara la guerra, inminente en ese momento, y evitar que prestara el servicio militar.

El muchacho, bien parecido, era lo que se llamaba un partido; además, como se decía en el Country, “adelantaba la raza”. No era pues de extrañar que hubiera tenido un éxito enorme con las jóvenes casaderas, entre las que se distinguía Genoveva Pradilla, la Beba, una chica que nunca faltaba en las fotografías que “El Nacional” sacaba en su sección “La gente que cuenta”. Esta vez lo que había que evitar eran las fotos. La Beba se había ido en su jaguar descapotado —una imagen como de propaganda de la revista “Life”— a Pradomar, con María Cayetana, Cayita, la hija de Piedad. Iban sólo acompañadas de Jean Paul y “Pingüino”, sus novios. El día estaba soleado y el mar azul,

como de película. Los dramas empiezan con buenos escenarios...

El informe judicial sobre la desaparición del extranjero Jean Paul Gilard indicaba que él, con su novia y una pareja amiga, estaban sospechosamente próximos al hotel de mala reputación "El Moro en la Costa". También era cierto que enfrente estaba situado el trampolín adonde nadó el joven y empezara a deslumbrar a sus amigos con sus saltos ornamentales. De pronto, en uno de ellos —el más espectacular—, no volvió a surgir más a la superficie. Se suponía un desnucamiento, aunque no se podía certificar, ya que el oleaje había arrastrado el cuerpo mar adentro y había sido imposible encontrarlo. El punto oscuro era que sobre el hecho no se había dado aviso a las autoridades sino un día después.

Beba, después de dudar durante unas horas claves, al fin le contó a su madre lo ocurrido y Abigail decidió que lo primero era consultar a las estrellas. Bratislava, a pesar de querer decir algo alentador y de echar una y otra vez los naipes, éstos siempre anunciaban catástrofes, un gran crimen, incendios, muchas muertes. ¿De quién, de ellas? ¿de alguien de la casa? No veía la respuesta. Al ver su afán, Abigail, de inteligencia muy viva, le dijo: ¿qué me ocultas?

Tan absortas estaban que desatendieron las repetidas y alarmadas llamadas a la puerta que daba Usnavy Pérez, la cual veía cómo el rojo de los incendios en el centro de la ciudad, se propagaba. La gente del barrio había corrido a refugiarse y, salvo los gritos confusos de la radio, no había a quién preguntarle qué pasaba. De improviso una chispa retozona cayó cerca a las cortinas que daban al corredor de las recámaras de las demimundanas —con una

decoración abigarrada de tapetes y mesitas— y fue cuestión de segundos el estallido del incendio. Sólo cuando las llamaradas se elevaron las mujeres se dieron cuenta del peligro, pero habían quedado atrapadas por las llamas. En medio de gritos de espanto, Usnavy logró abrir la puerta condenada que daba hacia un balcón sobre una calle ciega. Las mujeres se lanzaron al vacío y quedaron, Abigail especialmente, muy maltrechas. Los carros de los bomberos que llegaron a la medianoche a rescatar a las señoras; la llegada, en su asmático Lasalle, del doctor Jeremías Cerrero, un viejo admirador de Bratislava, médico y masón grado 33 muy conocido en la ciudad, y los gritos de ansiedad de Fortunación y Usnavy hubieran hecho, en otro momento, las delicias del vecindario, pero esa noche La Historia — con mayúsculas— era la que estaba en movimiento y no iba a ser desplazada por chismes de barrio, aunque fueran tan suculentos.

De todos modos, él, Oreste Antonelli-Colonna, al entrar por primera vez a Villa Bratislava tenía plena conciencia de la importancia del momento que estaba viviendo y, por eso, todavía cuarenta años después, podía recordar todos los detalles de la cara adusta de la tía Minerva, vestida de negro y con sombrero de velillo negro muy tupido para evitar miradas de reconocimiento; la subida desde la calle hasta la casa que en total sumaban 33 escalones; la primera visión cercana de Fortunación Retamozo que, con un deshablillé transparente que permitía ver sus grandiosos muslos, y con escarcha en los ojos, oía en ese instante la noticia de cómo la policía había arrestado a un médico — dirigente gaitanista y miembro de la frustrada junta de gobierno revolucionaria— en el momento en que estaba operando de una fístula en el coxis a un paciente. Se

aclaraba que un colega había terminado de operar.

Pero lo más imborrable fue la presencia de la abuela, con su bata de seda china adornada con un gran girasol en la espalda. Parecía una dragona y en realidad, lo era.

Estaba llena de ungüentos y permanecía rígida en el banco del tocador donde estaba sentada. Hizo un ademán invitándolo a acercarse, no supo si también a besarla. Pero él, asqueado un poco ante la carne viva de las manos, sólo atinó a exclamar —ante la expresión horrorizada de la tía Minerva—: “Abuela, se te ve la epidermis”.

La dragona le dirigió una mirada regocijada y después rió con una voz ronca, confidencial. Y allí, parado frente a ella con su camisa de seda blanca, pantalón negro de paño y zapatos de charol, —concepción invariable de la elegancia masculina en las tías—, comprendió que la abuela representaba un mundo de tolerancia y libertad y, sin decirlo, sabía que estaban del mismo lado.

CAPITULO IV

EL CONDE USABA ANTIFAZ

La pareja llegó con las primeras lluvias de abril a San Juan Bautista de la Ciénaga. Aunque despertaron la curiosidad habitual de los jugadores de póquer del hotel "La Musa Paradisiaca", el interés se vio rápidamente desplazado, pues la presencia de foráneos era lo que se daba allí todos los días desde que se habían intensificado los cultivos de banano.

Cuando la pareja decidió alojarse en la pensión de Ismene, ya se rumoraba que él era un judío sefardita representante de los bancos de Curazao. Su reputación se consolidó al hacer préstamos generosos a Cicerón González, un discípulo de Charcot en la Salpetriere y a Ulises de Bengoechea, un terrateniente, ex-dandy en París dueño de un anecdotario riquísimo en aventuras con las más reconocidas "demi-mondaines" de la Ciudad Luz.

Lo que no se pudo disipar fue la reserva con que fue recibida Bratislava, a lo que no ayudó su rápida e íntima amistad con Ismene, y así en algo que toda la "crème" del lugar sintió como un reto, se sentaba todas las tardes, en el porche de la pensión, a ver desfilar los transeúntes mientras lucía una diadema de cocuyos en la cabeza.

— ¿Quién se cree ella, Manuelita Sáenz? preguntó la

esposa del alcalde Chacón, que decidió colocarla en la lista de sus desafortunados.

Esto no le importó a la mulata que, noche tras noche, oía de boca de Ismene sus tormentosos amores con el general Gaitán Obeso, quince años atrás. La mejor forma de matar las horas del anochecer.

“Yo estaba en el balcón de mi casa en Barranquilla, cuando entró victorioso el general; era un hombre guapísimo y a pesar de que tan sólo usaba un sombrero negro alón y una escarapela roja, irradiaba tal majestad que todo el mundo enseguida sabía que él era el jefe”. —Y continuaba una Ismene soñadora—: “Él miró hacia donde yo estaba y subió saltando de dos en dos los escalones. Mi padre, un palestino que nunca supo hablar bien el español, le habló en términos enérgicos pidiéndole respeto a un hogar decente. En esa ocasión el general pidió disculpas, me besó la mano y alabó el lapislázu de mis ojos. Después el cerco que le debía haber puesto a Cartagena, me lo puso a mí, y yo le contesté lo mismo que Eugenia de Montijo a Napoleón Tercero: “el camino a mi alcoba pasa por la iglesia”, pero él no quería nada con los curas y me propuso matrimonio civil, ¿no estaba así casado el propio Nuñez? Al final accedí, pero el nacimiento de mi hijo coincidió con su derrota definitiva”.

En ese punto de la historia, repetida muchas veces con variaciones no esenciales, Ismene estallaba en un llanto incontrolable. “Pero no todo es tristeza” concluía esta representante de lo que se denominaría “belleza otoñal”, aún por aquellos que no han vivido en un país con estaciones. Esta frase coincidía, casi siempre, con la presencia de Nolo, el hijo adolescente, que de un brinco saltaba la tapia que lo separaba de la calle. Las confidencias terminaban con

una pequeña velada en la que Amadeo, con su voz de barítono, —Nolo al piano— cantaba el aria de Azzali adaptándola a su voz:

“Apresúrate, la hora en que se puede actuar es rara y fugitiva...”

Las sesiones tenían un punto final cuando la vieja aya de Ismene, una libanesa, preguntaba a los contertulios:

— ¿Preferez vous le café dans le jardin près de l'eau ou dans la terrasse près des étoiles?

...

Sin sorpresa, estalló nuevamente la guerra civil. Aunque los liberales triunfaron en Peralonso, en Ciénaga la situación estaba totalmente controlada por el alcalde Chacón, que prohibió a los liberales salir a la calle después del toque del “Angelus”. La medida afectaba directamente a Ismene, quien era mirada por los gubernamentales como un símbolo del pasado radicalismo y, a su vez, despreciada por los liberales que la miraban como una especie de yegua de Troya.

Todo se complicó la tarde en que la policía maltrató a Bratislava porque tenía cara de liberal. Ella reaccionó dándole un profundo arañazo en la cara al jefe del destacamento. Sólo pudo salir de la cárcel merced a las influencias de Cicerón González y Ulises de Bengoechea quienes tenían unas deudas de juego bastante altas con Amadeo. Para evitar incidentes, se resolvió que Bratislava saliera poco a la calle; su aceptación, después de un largo refunfuño, trajo como resultado su nueva afición por la lectura, con la cual devoró la bibliotecuita de Ismene, un fuerte del “Siglo de las Luces”. En ese entonces se ampliaron las veladas musicales y se sumieron en una prisión que no

alcanzaba a ser dorada. Una noche en que cantaba Ismene con su decorosa voz de mezzo soprano, Amadeo esperaba el final con que se remataba esa aria, melodía que no podía precisar a qué obra correspondía, pero que le era familiar porque empezó a canturrear la letra:

Me ama, soy bella y obtendré su secreto
antes que nada hay que desobedecer
es el pequeño deber
cuando la orden es amenazante y poco explicada.

La coda, para su sorpresa, fue un éxito e Ismene salió airosa del intento. Mientras aplaudía y veía al joven Nolo besar entusiasmado a su mamá, el italiano sobrepuso a ese modesto escenario de sillas de cuero, sofá rojo de peluche deshilachado y lámpara de quinqué esquinera, otro donde él, en un palco de la Scala de Milán, junto a otros "palchettisti", silbaban furiosamente a la diva Angela Turconi que había fracasado en el do exigido y lo había reemplazado por un falsete disimulado. Pero las luces y el escenario se disiparon en un poff desalentador y se encontró de nuevo en esa habitación mezquina, con una mulata a quien sintió del todo distante y en medio de una guerra que no era suya. La extrañeza se le acentuó con el paso de los días y la nostalgia se le desbordó en tal forma que perdió todo cuidado por ocultar su condición de italiano, lanzando expresiones en ese idioma y cantando las mejores arias para barítono de las óperas de Rossini, mientras se daba su baño matinal con totuma bajo una enorme ceiba en el patio. No pasó nada; a Ciénaga la ruptura de relaciones con Italia y la prohibición de oír música italiana no había llegado.

Una de esas noches en que meditabundo contemplaba la

vaga estrella de la osa mayor y sentía que no le inspiraba ningún deseo el cuerpo de Bratislava, que dormía a su lado, oyó el lamento que daba una Ismene llorando enloquecida en el patio. Al fin logró entender que el joven Nolo había huido de la casa para sumarse a las fuerzas liberales de "Misiu" Corcho.

La casa se ensombreció y Amadeo se encontró rodeado de un par de mujeres silenciosas, una rumiando su amargura y otra tratando de penetrar sus pensamientos mientras, en las tardes alargadas por el tedio, comían "plátano pícaro" en la terraza.

La rebelión seguía extendiéndose en todo el país y aunque, según la lógica europea que aplicaba Amadeo, los liberales debían haberse rendido después de la derrota de Palonegro, lo cierto era que regiones anteriormente controladas por el gobierno ahora estaban en poder de la subversión. En el mentidero político de la sala del hotel se hablaba del Golpe de Estado dado por el vicepresidente Marroquín al nonagenario presidente Sanclemente, quien había sido enjaulado y paseado por la plaza Bolívar con el letrero de "Animal curioso. Firma decretos".

Cicerón González, que afirmaba haber conocido a uno de los hijos del golpista en Europa, contaba una vieja historia familiar según la cual la madre de Marroquín había desaparecido cuando éste era un niño, posiblemente huyendo con algún peón atractivo, agregando que, según Charcot, la gente a la que le pasaba este tipo de cosas se volvía impredecible. El comentario causó mucho escozor y alguien de la reunión se lo contó al alcalde Chacón, que inmediatamente —y ante el pasmo de la ciudad— arrestó por una semana a Don Cicerón, un intocable.

Una noche en que Amadeo y Bratislava hacían ardorosamente el amor tratando de demorar algo que era inevitable, los liberales de Misiu Corcho atacaron a Ciénaga. La táctica era suicida pues se pretendía ganar la batalla arrebatando las armas al enemigo. En un comienzo lograron controlar el sector más "rojo" de la ciudad, pero los conservadores estaban bien atrincherados en la plaza y en los sectores aledaños al cuartel. Bratislava, al salir al patio para calmar el desasosiego que la devoraba, vio a Misiu Corcho, con una espada al cinto, exagerada para su pequeña estatura, conversando con Ismene. A su lado, como un gato con botas, estaba Nolo con macanas en el pecho y un fusil desproporcionado.

Ya de vuelta a su pieza oyó el zafarrancho de combate de las tropas de Corcho y el comienzo del tiroteo. Era fácil distinguir los débiles disparos liberales de las escopetas de fisto, de los secos y precisos de los Winchester conservadores. Hubo una pausa ominosa y después el solitario disparo de un fusil Mausser, que coincidió con el grito simultáneo de Ismene: "¡Han matado a mi hijo!". Amadeo tuvo que emplear toda su fuerza para evitar que se lanzara a la calle. El tiroteo cesó al mediodía, los liberales habían sido derrotados de nuevo. Al principio unos pocos y valientes curiosos, pero después toda la población se volcó sobre la plaza para ver las docenas de cadáveres dispersos allí y en las calles vecinas. El de Misiu Corcho estaba deformado por los bayonetazos y sólo fue reconocible por la escarapela. El cuerpo de Nolo desmadejado y con una expresión de incredulidad en el rostro había quedado al pié del templete de columnas corintias que se alzaba en el centro de la plaza. Ismene, después del primer grito, quedó muda de dolor. El sitio lleno de gritos y ayes, de repente fue turbado por una voz

que cantaba un aire triste y desconocido: era Ismene interpretando el aria de Azzali mientras cargaba a su hijo en una versión caribe de "La Pietá". Todos enmudecieron, incluso hasta los soldados que habían venido con orden de disparar a la multitud.

Nunca se supo si en realidad la orden fue dada o fue sólo un rumor, pero se dijo que el alcalde Chacón había prohibido enterrar los cadáveres de los liberales porque "ellos no tenían derecho a tierra consagrada, sino a ser pasto de los gallinazos".

El grito unánime de protesta no lo lograron acallar los disparos de los soldados al aire. Fue entonces cuando, ante el asombro general, se levantó Bratislava y se encaminó, con el cuerpo de Nolo en los brazos, hacia la alcaldía en cuyo balcón estaban el alcalde y el párroco Pérez enfrascados en una discusión. Y allí enfrente —la memoria colectiva se encargó de que el hecho se recordara, aunque no constara en los libros de historia— de pie, con altivez casi hierática, con mucha claridad sobre la importancia de sus palabras, gritó: "Alcalde vergajo, tu decreto no es superior a la ley de Dios"

Y después, en lo mejor y más colorido de su vocabulario, le recordó varias veces a su progenitora. Inmediatamente, y sin ser perturbada, se fue con el cuerpo de Nolo. Todas las demás personas, a una, recogieron los cadáveres de sus deudos. La guardia permaneció sin moverse.

Al cerrar la puerta de la pensión detrás de ellos y con el cuerpo de Nolo colocado en una mesa para la velación, y ya de nuevo en la alcoba, Amadeo no pudo refrenarse y soltó un irónico: — ¡Ahora sucede que te volviste Antígona!

No sé de quién carajo me hablas, le respondió Bratislava, pero te molesta todo lo que yo hago. Ya no me amas.

No se cruzaron más palabras. Al alba, ella sintió cuando él ensillaba el caballo y se alejaba. No había tenido ocasión de decirle que estaba embarazada.

...

Amadeo lo supo dieciocho meses más tarde, cuando después de pasar por la terraza en la que Ismene, inmóvil en su mecedora vienesa, lo miró sin reconocerlo, entró a la cocina y halló a Bratislava trasegando mientras los pequeños Oreste Domingo y Guido Protacio iban detrás de ella agarrados a su falda.

El saludo frío y convencional no correspondía a las internas preguntas que se formulaban: "¿Qué te trajo? ¿me amará aún?," sino que se dijeron un hostil "¿cuánto tiempo te quedarás?" y un resistente "depende de lo que ocurra".

Amadeo volvió a la rutina de los juegos de póquer con unos notables cada vez más empobrecidos. Ahora, no obstante, se hablaba de negocios porque estaba claro que la guerra se estaba terminando. No importaba que Uribe Uribe desde Riofrío estuviera amenazando la ciudad, y que el general Florentino Manjarrés hubiera dejado su puesto en la hidalga y somnolienta Santamarta para hacerle frente. Los liberales ya estaban derrotados.

Otra clase de asedio, no obstante, era el que había puesto Amadeo a Bratislava. En las noches rasgueaba y cantaba canciones de amor en italiano y francés, que ella sentía sin entender la letra:

“¿Che fai tu luna in ciel? Dimmi, che fai silenziosa luna”

Ella seguía irreductible. Una tarde en que él recitaba en voz alta unos versos:

Una notte
una notte piena di mormorii, di profumi
e musica d’ali

Ella no se pudo contener y cambió su rostro impenetrable por uno curioso que indagaba de quién era el poema.

— De mi amigo, el señor Silva. Esta traducción al italiano es mía.

Bratislava decidió no alentar su vanidad ni la conversación y continuó tomándose la sopa en silencio. Fue en ese preciso momento cuando se escucharon los primeros disparos de las tropas de Uribe Uribe, y al asomarse a la ventana, se dieron cuenta de que esa parte de la ciudad estaba tomada por los insurrectos.

Esta vez no hubo peros cuando Bratislava se colocó su largo vestido color rojo bermellón y se sumó a conciencia al partido de los perdedores, con gritos de “Viva Uribe Uribe y el partido liberal”, Amadeo no sólo la acompañó, sino que coreó sus gritos.

Los liberales estaban en el llano, de espaldas al mar. Los conservadores bien atrincherados y mejor armados en la plaza. Los intentos de los liberales por desalojarlos les hicieron perder la mitad de los hombres.

Después de siete horas de combate se presentó el barco artillado “Nelly Gazan” que empezó a bombardear por la

espalda a los liberales. Así quedaron atrapados entre dos fuegos. Aunque tenían un cañón Maxim de tiro rápido, los artilleros a su cuidado habían sido muertos. Fue entonces cuando, ante la desesperación del jefe liberal por el cañón inútil, se le presentó y cuadró Amadeo.

– ¿Sabe manejar el cañón?, preguntó Uribe Uribe.

– Soy oficial de artillería italiano. Mi padre luchó al lado de Garibaldi.

El general dio órdenes para que obedecieran sus instrucciones. Se disparó el único cañonazo que hizo saltar la torre de la iglesia junto a una ametralladora y los hombres que le servían. Casi simultáneamente el italiano sintió un agudísimo dolor en el ojo izquierdo que lo privó del conocimiento. Al recobrarlo se encontró en brazos de una Bratislava que lo miraba amorosamente.

– ¿Por qué has hecho esto? Esta guerra no era tuya, le recriminó con cariño.

– Porque quería recuperar tu amor, tu sólo amas a los valientes, le respondió Amadeo antes de desmayarse de nuevo.

Examinado por Cicerón González, éste encontró que había una herida interna y dudaba si era en el cerebro o en los ojos, no alcanzaba a precisarlo sin instrumentos, pero sí sabía que era necesaria una intervención rápida. ¿A dónde ir? A Bratislava no se le ocultaba la gravedad de la situación. Amadeo era extranjero, peor aún, italiano, y para rematar, oficial de uno de los barcos que habían amenazado a Cartagena. Si caía en manos de los conservadores, éstos lo fusilarían sin miramientos. El único destino posible era la Venezuela de Cipriano Castro.

A la mañana siguiente partió en cuatro cabalgaduras con sus haberes. Atrás quedaba Ciénaga y una Ismene sin poder valerse que tan sólo le dirigió una mirada de incompreensión cuando ella, abrazándola, le dijo adiós. Dos indios Chimilas les servían de guías y cargaban a los gemelos. Amadeo iba en una parihuela, inconsciente.

...

Cuando gracias a la carta de presentación otorgada por Ulises de Bengoechea fueron recibidos en Riohacha en la casa de Calleja Grande (la mayor concesionaria de la explotación de perlas de la región y con hermanos generales en ambos bandos), ésta no podía creerles que tan sólo habían empleado tres días en hacer el recorrido. Ni la misma Bratislava entendía cómo en los territorios cerca a Valledupar, dominados aún por los liberales, era conocida su actitud frente a Chacón y convertido en una figura legendaria y cómo en los territorios conservadores la carta de Bengoechea era un "ábrete sésamo". El médico que examinó a Amadeo, moviendo la cabeza dubitativamente, se sorprendía de que aún viviera. Riohacha, no obstante en manos de los gubernamentales, era peligrosa. Había que seguir. Calleja Grande les advirtió que dado el control en el mar, sólo les quedaba el desierto. Allí estaba el peligro de José Dolores, un cacique Wayúu que después de pelear por los liberales, había cambiado de bando y perseguía ferozmente, con la tenacidad del converso, a sus antiguos aliados.

No había opción. Al amanecer y acompañados por las bendiciones y malos presentimientos de Calleja Grande, partió la pareja con cuatro caballos. Amadeo, atontado y atado a la silla de montar, era sostenido a un lado por el

guía mestizo y por el otro por su mujer mulata. Los gemelos, inconsolables, se quedaron en Riohacha.

Hacia el mediodía pasaron cerca a unas ruinas que a Bratislava le recordaron algunos de los templos egipcios que había visto en la colección de la "Revue de Deux Mondes" que tenía Ismene.

— Eso fue la ópera de Manaure, le comentó la mulata.

Antes de que pudiera pedir explicaciones ya le estaba contando la historia de Jorge Alvarez-Isaacs, un judío curazoleño que se había enriquecido con el trueque de perlas por ron adulterado. Impuso, por un tiempo, su ley en todo el litoral con un ejército privado. Su muerte violenta, inevitable, fue hecha con sevicia a garrote limpio por sus mismos subordinados capitaneados por José Dolores, que para la época trabajaba para él. Y hubiera sido un nombre más de los tantos que habían querido conquistar el desierto, si no hubiera consagrado ese esperpento arquitectónico a la única pasión que se le conoció: la ópera. Se decía que tenía cientos de rollos de pianola con temas de Verdi y Rossini, que en el Metropolitan Opera House había llevado flores a una cantante de quien se decía que había ganado más dinero que la Singer de las máquinas de coser. Alguna vez había traído de Aruba un conjunto de cámara para que le tocara sólo a él los cuartetos de Brahms. Y cuando convenció a la Montalcino —que estaba en gira por Barranquilla— de que viniera a su Opera de Manaure, ésta, que desconocía la geografía, al llegar a Riohacha por barco, totalmente mareada, se negó a seguir. Más aún, muerta de la furia no salió de su camarote sino hasta llegar a la Habana.

Pero todas estas historias que Bratislava oía asombrada,

sentada al pié de un riachuelo nacido en la serranía de la Macuira y bajo un higuerón, fueron interrumpidas por unos indígenas con rifles que los rodearon.

Un hombre, al parecer el jefe, después de hacer una señal a los guardas para que permanecieran quietos, se desmontó y acercándose a Amadeo, presa del delirio, le dijo: "López Penha, ¿qué haces aquí?"

Bratislava no sabía si era ese saludo o el hecho de que el hombre fuera José Dolores, —a quien reconoció por tener todo el cuerpo lleno de escamas por la ictiosis—, lo que la tenía tan trastornada. Fueron llevados a una rancharía donde estaba el Piache Matajalinche que, según José Dolores, era milagroso. Bratislava, llena de confusiones, se dejaba llevar dispuesta a no hacer más retos al destino. Mientras el Piache en su cabaña llena de sahumeros y plantas medicinales iniciaba una danza ritual, ella, fatigada y con una sensación creciente de que la muerte de Amadeo era inevitable, se refugió en la cabaña de las mujeres, no sin antes abandonar sus vestidos y remplazarlos por la manta guajira, los collares y los brazaletes que le ofrecieron. También se colocó la jutepa, pintura negra, en la cara para refrescarse.

En el centro de la rancharía los hombres tocaban el tambor y tomaban chirrinche. El Piache seguía con su monótono canto. De repente se oyó un grito desgarrador en la noche. Bratislava corrió hacia la cabaña del Piache, pero éste ya venía a su encuentro trayendo en la mano un plato de barro con una cosa viscosa que, sólo al tenerla enfrente, reconoció como uno de los ojos de Amadeo. Se desmayó. Al recobrase todavía el Piache estaba delante con el plato. Le hizo señas de que se callara y, ante su asombro, partió el ojo en dos con un cuchillo y con las largas uñas excavó

hacia un punto preciso de donde extrajo una pequeña astilla de acero que, sobre la palma de la mano, mostró a todos los asistentes. Amadeo, con un emplasto sobre la cuenca vacía, seguía inconsciente pero respirando acompasadamente.

En las dos semanas que duró la convalecencia, Bratislava alojada en una de las cabañas de las majujuras, mujeres jóvenes, tejía chinchorros mientras los hombres salían a descargar las cajas de contrabando que traían las goletas, para después transportarlas a Riohacha.

Un cuerpo selecto de guerreros al mando de José Dolores salía a ajustar cuentas sangrientas. Con frecuencia, como le contó Mécoro, la más linda de las majujuras, iban a cazar liberales fugitivos que buscaban la frontera venezolana. Fue en ese instante cuando el indicio dio paso a la certeza, porque al preguntarle si había visto antes a Amadeo, la joven india le contestó que "muchas veces, pues él es quien provee de armas a José Dolores".

Fue como un rayo. Por eso, después de pasar la línea fronteriza en Carraipía y cuando todavía José Dolores y sus acompañantes les daban un cordial adiós, Bratislava no se contuvo más y le preguntó a un Amadeo, a quien el parche negro en el ojo vacío le daba una expresión distinta: — ¿Así que tú eres un traficante de armas?

CAPITULO V

NEGRA SOY, PERO HERMOSA

Siete años atrás Amadeo había sostenido una reunión con el Primer Ministro de Italia. Cuando hacía antesala vio salir del despacho la figura regordeta y llena de anillos masónicos de Ernesto Cerruti quien le dirigió una mirada de reconocimiento, pero no lo saludó.

Al ser introducido por el ujier ante Francesco Crispi —uno de los legendarios Mil de Garibaldi— éste, con el tono alto característico de los sordos, le gritó:

— ¿Reconoce al hombre que acaba de salir?

— “Lo rescaté cuando prestaba servicio militar en el Flavio Goia”, contestó Amadeo.

— “Lo sabía, acabo de leerlo en su expediente”, contestó el viejo líder que enseguida se sumergió de nuevo en la lectura, mientras se sonaba la nariz con un ancho y colorido pañuelo.

En un momento levantó la cabeza y Amadeo sintió detrás de su dura mirada una lucecita de cariño en el fondo. Era la misma que le daba el conspirador Crispi cuando llegaba al apartamento de sus padres en Londres y lo dejaba cabalgar en sus piernas. Su madre apenas lo sentía llegar se refugiaba en la alcoba; ella era intransigente en lo que llamaba “los derechos irrenunciables de la Iglesia” y estaba

en desacuerdo con su padre, un partidario de la unificación italiana. Pero como amaba al conde Antonelli, lo había seguido al exilio y renunciado a todos sus privilegios —más nominales que reales— como miembro de la nobleza negra romana. Pero lo que no le aceptaba eran sus amistades subversivas, entre las que estaba Crispi, un republicano que había inducido a su marido a participar en la expedición de Garibaldi a Sicilia. “Menos mal —manifestaba ella ante— un Amadeo que a sus seis años no tenía opiniones— que Carlo se alejó de las malas compañías y es ahora íntimo del rey”. Fue por ese entonces —recuerda Amadeo— cuando se mudaron a Florencia, donde pasó unos años dulces, tranquilos y sedentarios, hasta la muerte de su padre. El rey dictó un decreto de honores y una pensión cuantiosa que su madre, la princesa Sofía Colonna, venciendo todos sus escrúpulos, aceptó.

Después vinieron años de intensa comunión con su madre. La viuda, todavía joven, pretendió hacer de él un aristócrata ejemplar. Cultivó los idiomas y la esgrima sin descuidar tampoco la voz de barítono que lo hacía lucirse en las recepciones de una Roma que abandonaba sus costumbres clericales para volverse mundana. Su apostura lo hacía parecerse a los héroes de las óperas de Donizetti, también a un pirata nórdico, aunque un nórdico ornamental que había visto poco al mar.

Todo esto previno a la prima Edda Colonna que se asustó al solo pensamiento de que un descendiente de Scirra Colonna terminara de artista o algo parecido. Por eso intervino para que a los dieciséis años ingresara a esa armada que la Italia unificada, pero ya con ínfulas de gran potencia, estaba colocando como la tercera en el mundo.

Se estaba labrando un gran futuro. Primero haría las armas

y después la política. Tenía varios ases a su favor: títulos, relaciones con todo lo que figuraba y contaba en el nuevo régimen y el favor real. Sólo escaseaba el dinero, pero no faltaría la rica heredera con quien tendría la bondad de casarse.

En la armada, a pesar de demostrar muy poca habilidad manual, su carrera iba viento en popa. Para ser ascendido a teniente de navío le tocó participar en la operación por la cual el crucero "Flavio Goia" llegó hasta Buenaventura —un puerto miserable de una república suramericana llamada Colombia— y amenazar con bombardear si no les permitían hablar con el ciudadano italiano Ernesto Cerruti. Y allí fue donde dió muestras de su audacia, pues mientras el jefe de la expedición, el vicealmirante Cobianchi, dudaba sobre la actitud a tomar, él sugirió que se exigiera a las autoridades que trajeran a Cerruti a bordo del crucero para hablar. Después, con el comerciante italiano en el barco, rodeó con sus hombres armados a los colombianos, los hizo bajar y ya con la complicidad del superior, se levaron anclas y se zarpó rumbo a Italia.

Ocurrió lo previsto. Hubo reacciones airadas de las autoridades colombianas, cruce de notas destempladas y la quema de algunos almacenes de italianos en Buenaventura y Cali. A Cobianchi y a él se les amonestó en público y se les premió en privado. Ambos pasaron a ser nuevos integrantes del servicio de inteligencia que se estaba formando.

Pero no contaba con lo imprevisto, con el Amor, en mayúsculas. Se hubiera burlado si alguien se lo hubiera vaticinado ese verano cuando llegó a Roma para realizar algunas diligencias que después nunca pudo recordar

cuáles eran. De curioso se quedó presenciando la ceremonia en un tablado frente al Quirinal por la que Etiopía aceptaba ser protectorado de Italia. O por lo menos, eso era lo que pensaban los italianos. El hecho es que allí estaba la delegación africana con sus rutilantes escudos, lanzas y penachos, presidida por el príncipe Makonnen, hermano del rey Menelik, quien traía de regalo un elefante al rey Humberto. En su trono al aire libre y ataviado de uniforme militar y casco colonial, el Rey contrastaba con el jefe africano que vestía túnica de seda bordada, manto de pantera negra y gran penacho de plumas de avestruces lloronas.

En un momento y después de redobles de tambores, bellísimas jóvenes etíopes desplegaron una gran capa sobre los hombros de Makonnen, quien se cambió y apareció en uniforme militar de gran parada y con más entorchados que el que portaba el rey. Se oyó un ¡Ohhh! del público que oscilaba entre la admiración y la burla. Pero él, en ese instante, no tenía otros ojos sino para la maravillosa figura de la princesa Taitú, hermana de Makonnen. ¿Podía haber algo más maravilloso en la tierra?, se preguntaba mientras veía entrar a la joven en medio de la delegación africana al palacio del Quirinal. Esa noche, y después de poner a intrigar a la prima Edda, logró una invitación a la fiesta en Palacio.

La memoria se le vuelve mezquina, pues sólo recuerda el momento en que frente a la princesa, todo lo demás desapareció. Como entre nubes le escuchó hablar de su próximo internado en un convento de las madres Ursulinas Descalzas a la salida de Roma para ser educada como correspondía a su rango.

Pero las cosas sucedieron en forma diferente, porque al fin

comprendió lo que significaba cuando las novelas de folletín decían "incontrolable como toda pasión desbordada". La tarde del día siguiente Taitú se escapó de sus damas de compañía y se encontró con él en el pequeño y elegante restaurante "La Alondra Canora", situado en una callejuela retorcida y escondida. Sumergido en la lectura de la prensa que debatía las relaciones con Menelik, de pronto sintió el maravilloso frufnú que producía el roce del forro de tafetán y el refajo de seda de una Taitú, que vestida a la europea con gran sombrero, guantes y velo tupido que le ocultaba el rostro, le extendía la mano para que la saludara.

No contaron los enamorados con que ese sitio también había sido descubierto por todo el mundo romano que iba también allí a esconderse y, paradójicamente, a encontrarse. Así que al cabo de un rato y cuando Amadeo había presentado a su misteriosa acompañante como la condesa Terribili de Umbría a unos jóvenes oficiales de la armada, ella fastidiada por el velo descubrió su rostro con toda la magnificencia de su belleza africana.

Como "swarthy and beautiful" la calificó Miss Gilliam Moss, una periodista muy leída de "The Monthly Magazine" en una crónica de su viaje por el continente. Como la "Perla de Sabá" la bautizó Luigi Damelsí, un reportero del "Rigoletto", un periódico amarillo y por fortuna de corta vida.

Pero el mal estaba hecho y las noticias de esos amores se regaron por todos los círculos elegantes de una Roma gazmoña y prejuiciosa. A ella la encerraron en el convento y él, en su visita dominical, recibió una reprimenda de su madre que no comprendía cómo a alguien podía gustarle "una espécimen del lado feo de la creación". La entrevista

concluyó con un tremendo portazo que él dio al salir. Su carta de renuncia a la armada le fue aceptada de inmediato.

A los quince días los enamorados se fugaban en un tren a París, rumbo a la libertad y a la aventura. Amantes esa noche en el compartimento del tren, los enamorados, ante Cobianchi como testigo, se casaron por lo civil. El mundillo aristocrático romano se conturbó, la princesa Colonna no volvió a salir de su pequeño apartamento hasta su muerte, un año después, y la prima Edda tomó los hábitos después de una crisis de melancolía.

Pero París fue inconquistable y el dinero se evaporó. Si no hubiera sido porque la belleza exótica de Taitú enloqueció a los artistas de Montmartre, que la tomaron como modelo —el mismo Gustavo Moreau en plena gloria la utilizó para un cuadro inconcluso con tema satánico, un homenaje a Abraxas— no hubieran sobrevivido. Mientras observaba al pintor trabajar, Amadeo —que siempre acompañaba a Taitú cuando iba a modelar—, pensó que por seguir amando a esa maravilla estaba dispuesto a arrostrarlo todo.

Pero la vida bohemia no era para él y al borde de la desesperación, le llegó una carta salvadora de su madre con dinero y con el consejo de que buscara a Charles Lesseps que había sido amigo de su padre. Fue así como después de una entrevista, Amadeo se embarcó a Panamá para trabajar con la compañía francesa que construía el canal interoceánico.

Panamá era la antesala del infierno, pero pensó, él tenía a Taitú. Las cosas se complicaban; sin embargo, sólo fue desembarcar y la compañía se declaró en quiebra. Ya no había empleo. No era lo mismo estar desempleado en París

que allí. ¿Había caído en una trampa? Así pensaba mientras escuchaba en el bar de "La Mansión House", el hotel donde se alojaba, discutir en varios idiomas en qué forma se efectuarían los negocios por la suspensión de los trabajos del canal; de cómo el gobierno de Rafael Nuñez asfixiaba al istmo, y qué pasaría si los norteamericanos construyeran un canal por Nicaragua.

Días después y desesperado, le escribió a Cobianchi pidiéndole prestado dinero y comentándole la política de ese volcánico y camorrero país, vuelto siempre sobre sí mismo "el Tíbet suramericano" como le había oído decir a alguien en el bar. Por contraste, esa región del istmo de Panamá era radicalmente distinta, volcada hacia afuera y ahora dependiente, cada vez más, de ese nuevo matón del Caribe: los Estados Unidos. Cobianchi le contestó a vuelta de correo, que le había gustado el análisis y no sólo le mandó la suma pedida, sino que le propuso trabajar de nuevo con la "Organizzazione Informativa Segreta", en la que él tenía un buen cargo. Su trabajo sería simple: consistiría tan sólo en mandar la descripción de los barcos de guerra que atracaran en el puerto y la información que considerara conveniente sobre la política interna de ese proyecto de país. A propósito ¿había anarquistas italianos entre la población flotante del istmo? Aceptó, aunque tenía conciencia de que no era el hombre indicado, pero necesitaba el dinero. Las cosas mejoraron de ahí en adelante. Entre la élite local se corrió la voz de sus títulos nobiliarios y empezaron a lloverle las invitaciones para los frecuentes saraos que daba esa sociedad de tenderos enriquecidos muy preocupados por casar a sus hijas con hombres blancos y mejor aún si eran nobles europeos.

El "contessino", como lo empezaron a llamar, llegó a tener

alguna popularidad entre el círculo de notables de la ciudad, que decidieron darle la ocasión de que se enriqueciera proponiéndole negocios sin mucho riesgo.

Pero el entusiasmo que había desatado entre las muchachas casaderas —que se habían pasado de mano en mano la “Genealogía e storia della famiglia Colonna” de L. Passerini, un viejo volumen propiedad de Antonella Fuscaldo, propietaria de dos hoteles y casamentera de vocación— se perdió cuando supieron de la existencia de Taitú. Esta fue rechazada: “No importa que sea descendiente de la reina de Saba, es negra” fue la tajante sentencia de las señoras al juzgar a la pareja-sensación, tema de todas las conversaciones, mientras se reunían a jugar tresillo.

Taitú contestó con una total indiferencia encerrándose en sí misma y soñando con gacelas que corrían por las praderas africanas. Amadeo empezó a viajar por el Pacífico, de Panamá a Valparaíso, como representante de ventas. El dinero empezó a llegar y su conversación se llenó de cifras. Taitú le observaba en silencio cuando hacía alarde de su olfato comercial. Su amor empezaba a peligrar. Pero todo volvió a la normalidad cuando en una fallida aventura amorosa con una viudita joven y rica en Guayaquil, él volvió a vivir ese mundo amoroso de las blancas con sus reservas simplonas, la influencia congelante del confesor y la imagen siempre presente de la madre. Había que añadir esas blancuras verdosas, ese temor a la luz solar, un angelismo que les impedía gozar de las caricias y el refinamiento, ese teatro en la cama que después de gozar en el coito lo juzgaban como tormento y daban paso a ligeros temblores, palideces extremas, convulsiones de la garganta y palabras sin sentido. En Taitú, al contrario, él encontraba el goce, la plenitud, la paz.

...

La buena suerte siguió, pues el dueño de "La Mansión House", un austriaco de apellido Torless, les ofreció en venta el negocio con condiciones tan ventajosas que hacían casi una necesidad rechazar la oferta. Con Antonella Fuscaldo de fiadora, la negociación se cerró.

El sitio se volvió un rendez-vous obligado. En el bar atendido por él derrochando simpatía, se cocinaba toda la política de Panamá. Por allí pasaba desde el gobernador Arosemena, un hombre pálido con largos viajes por Europa y pariente de la primera mujer del presidente Nuñez, ("su verdadera mujer pues lo otro es concubinato", como declaraba "La Estrella de Panamá", lo cual motivó el cierre definitivo del periódico) hasta el jefe de cocina de la colonia china, Li Po Chang, con su vestido de seda, larga coleta y un abanico que empleaba todo el tiempo. También, y a pesar del escozor que producía su presencia, llegaba el abogado Carsola, un mulato jefe del "partido liberal negro" y a quien obedecía incondicionalmente la barriada popular de Santa Ana.

Con el tiempo Amadeo empezó a entender mejor ese rompecabezas que constituían la política del gobierno de Bogotá; los intereses de los norteamericanos dueños del ferrocarril; los accionistas franceses del Canal y la presencia de un par de tiburones —Mr. Cronwell, un abogado neoyorquino de modales afables y mirada despiadada, y M. Bunneau Varilla, un francés que era idéntico a la caricatura que hacían los periódicos ingleses de los franceses: apuesto, bigotudo, excitable, discutiendo, vanidoso y patriotero.—

Las cartas a Cobianchi se hicieron más frecuentes y

detalladas. Diríase que hasta se divertía contando las cosas disparatadas de la política pintoresca y sanguinaria del país. Cómo no reirse de esos pasos de opereta que había dado un sobrino natural de Napoleón, su tocayo Bonaparte Wise, que deslumbró en Santa Fé de Bogotá, una aldea metida entre riscos, a toda la alta clase social que se sentía fina, ingeniosa y astuta. El Napoleón de pacotilla lo entendió así y jugó bien sus cartas. Alabó la obra del presidente Nuñez; se portó galantemente con la esposa, doña Soledad, pues sabía que era el talón de Aquiles ante la opinión pública en el país más gazmoño de Suramérica; aplaudió el ingenio del vicepresidente Caro, para al final regresarse a París con la renovación del convenio para construir el Canal de Panamá, cuando todo el mundo, hasta el más ignorante, sabía que los franceses ya habían perdido, y desde hacía tiempo, la posibilidad de hacerlo.

Sin embargo, la presencia de Zaira Montalcino y Yukio Mizuno en "La Mansión House" dio un motivo distinto de conversación en la ciudad, saturada de política y negocios. Era la llegada del arte. A ella la comparaban con la gran Malibrán, la más grande soprano del siglo; más aún, se decía que su versión de la "Reina de la noche" en "La Flauta Mágica" era superior. El pianista era un extraño joven japonés que quería saber todo sobre la música occidental. La orden del gobierno del Mikado era saturarse sobre el tema. Y así como acompañante de la Montalcino recorría el mundo juzgándolo con sus ojillos irónicos recubiertos por unos lentes redondos de montura pesada. La exótica pareja se alojó en el hotel, al parecer por pocos días, los suficientes para esperar a su apoderado que regresaría con contratos para actuar en los mejores teatros del sur del continente. También se programaría alguna representación

en el destartalado Teatro Municipal y darle un poco de arte a la ciudad fenicia.

Fue entonces cuando por primera vez, "el hall" y la sala del hotel estuvieron rebosantes de señoras patricias que visitaban a la soprano coloratura y que con lo intenso de sus perfumes orientales, puestos de moda por la colonia china, hacían desmayar a los que no estuvieron habituados a ellos. Amadeo, al principio, no había reparado con atención en ella; no era más que una mujer de mediana estatura y salvo la voz y unos lindos ojos de mirada profunda, no tenía otra cosa que la distinguiera. Por el contrario, ella de entrada, había quedado fascinada con él y al paso de los días, profunda y secretamente enamorada. Unos meses después la soprano y el pianista se hicieron parte del paisaje. El apoderado no regresaba y las cuentas crecían. El japonés dejó de usar sus vestidos occidentales y vistió de nuevo el kimono hasta para andar en la calle, lo que no fue sorpresa en un puerto cosmopolita. Lo que sí dio motivo de habladurías fueron sus frecuentes borracheras y escándalos en los prostíbulos. Al final terminó de pianista de planta en "El Cero Verde", uno de los más cotizados. La cantante pretendió sostener cierta dignidad pero las señoras de la crème le empezaron a cerrar todas las puertas. Las sopranos fracasadas no interesaban. Por último se produjo el rechazo definitivo cuando la Montalcino aceptó los galanteos del abogado Carsola y empezó a pasear con él por el único boulevard de la ciudad.

Amadeo se sorprendió cuando tuvo conciencia de la hostilidad del abogado. Como italiano se le juzgaba simpatizante de los liberales y Carsola, un opositor vigilado por la policía, debía apreciar las muestras de deferencia que él siempre le había manifestado. Entre otras cosas,

porque era de las pocas personas importantes de Panamá que había sido deferente con Taitú. Más aún, podría decirse que habían alcanzado cierto grado de amistad pues él era el candidato para ser el padrino del niño que esperaban. Y de pronto le llegaron las señales de animadversión, como el negarle el saludo, no volver a las tertulias del hotel y referirse a él en forma grosera, como se lo comentaban los habitués del lugar. De repente le había aparecido un enemigo y nada despreciable.

Salvo esa nube, todo lo demás parecía despejado. Tenía un buen negocio y vivía con su maravillosa princesa negra, que dentro de tres meses sería madre.

Pero esa noche... —ya no recordaba el día ni el mes— Era extraño que el pianista regresara tan temprano y sobrio. Pero el joven japonés visiblemente alterado y triste se sentó en “el Steinway” que presidía la sala y empezó a interpretar lo más melancólico de Chopin y Scriabin, una novedad, y por último empezó a tocar un tema completamente desconocido que, por la forma de entrecerrar los ojos, parecía que estuviera componiendo en ese momento. Era un aire occidental, con una atmósfera caribe cercana a una habanera, era como un grito desesperado de la doncella raptada al que responde la carcajada burlona del negro cimarrón y algo del grito del pavo real en agonía.

Al terminar, Amadeo irrumpió en aplausos, a los que el japonés contestó con una triste sonrisa. Más adelante, en una conversación a la que se les había unido Taitú, el oriental comentó que el aria era de una ópera que había compuesto y enviado a Italia para que Azzali, un amigo de Zaira, la revisara y la publicara. Éste les había escrito entusiasmado con la música, pero después de varios meses, inexplicablemente había enmudecido.

Ya en el plano de las confidencias, el pianista japonés se despojó de la máscara y se transformó en el infidente Yukio Mizuno, el enamorado de Sasame Yuki quien, en el barrio turbulento de Yosiwara y metida en una jaula, esperaba todos los días a los clientes que pagarían lo suficiente para que dentro de un año ella reuniera para su dote. (Amadeo le lanzó a Taitú una mirada de interrogación pero no encontró eco; al contrario, había en la expresión de ella la placidez que da la familiaridad de lo que escuchaba. Otra vez se topaba él con lo que no cabía en sus cánones de blanco europeo dominador del mundo, pues lo otro, lo no-europeo, también pedía su sitio). Peor aún fue cuando interrogado Mizuno sobre qué era lo que más había extrañado, contestó que los retretes de su país que siempre estaban en medio de un jardín donde, mientras se evacuaba, se podía contemplar el azul del cielo y el verdor del follaje. Remató su apreciación citando al poeta Soseki, que contaba entre los grandes placeres de la existencia el hecho de hacer vientre cada mañana.

El conde Antonelli Colonna, con todos sus títulos, no podía creer lo que estaba oyendo, pero al fin su respetabilidad victoriana se le puso de manifiesto e intentó torcer la conversación preguntándole al japonés qué era lo que más le había gustado del hotel. Para su sorpresa no le habló de su buena atención, ni de la buena mesa, sino de la maravillosa oscuridad, de esa sombra permanente, de esa claridad tenue de luz exterior y de apariencia incierta atrapada en la superficie de las paredes y que le daban un color crepuscular motivada por el bosque de higuitos, robles y matarratones recubiertos del patio posterior. Mientras le decía ésto, una Taitú sonriente mostraba en los ojos un brillo regocijado que hacía mucho tiempo no se asomaba.

Se había dado el encuentro de dos mundos, lo que se

mostraba en esa litografía que Yukio Mizuno había desenvuelto ante sus ojos y que representaba cuatro príncipes japoneses rodeados de hidalgos españoles y curas con sombreros de teja admirando el Escorial en construcción. “Fueron los primeros japoneses en Europa” aclaró el oriental. También explicó que su pasión era coleccionar curiosidades como esa pintura comprada en el “bric à brac” de un portugués.

De pronto, y en una forma intempestiva, —en medio de la placidez del momento— apareció ante ellos un energúmeno Carsola acompañado de cinco negros fornidos que —mientras el abogado abofeteaba a Amadeo gritándole: “Ella a quien ama es a ti, follón...”— se dedicaban a destruir todo el salón a garrotazos. El ruido de la cristalería al caer se sobreponía a los gritos de socorro de una Taitú enloquecida del terror que trataba de ayudar a un Amadeo desmayado de un golpe en la cabeza. El japonés se colocó de nuevo la máscara impenetrable y caminó imperturbable hacia su habitación sin prestar atención a los esguinces que con el garrote le hacía uno de los matones.

Sólo cuando no quedó ni un mueble entero ni un vidrio intacto, se retiraron Carsola y sus hombres. Al amanecer Taitú murió desangrada por el aborto que toda la sabiduría del doctor Proust, un médico de la compañía del Canal, no pudo evitar. Amadeo, desmadejado sobre el sofá e irreconocible por el dolor, sólo retuvo las imágenes de los criados y vecinos barriendo y rezando en el lugar. Después no tuvo más recuerdos nítidos porque fueron tres meses de embriaguez total, en los que el amanecer lo encontraba sentado en un sardinel bebiendo al lado del pianista japonés, su compañero en el alcohol y en el dolor. El resto del mundo reaccionó evitándolo, en parte para no

indisponerse con Carsola, que ratificó ser un verdadero poder, y en parte para no ver cómo se autodestruía.

Una mañana, con la resaca aún viva, al levantarse de ese establo en que se había convertido el hotel, le llegó una carta de Cobianchi en que le urgía regresara a Italia. Se le incluía el pasaje. Todo eso explicaba que estuviera en ese momento frente al ministro Crispi, que suspendiendo la lectura de su expediente, le empezó a explicar qué quería de él.

CAPITULO VI

ORESTE

(3)

No había dudas: él no era un bajo que había renunciado a una carrera promisoría, ni el descendiente de Scirra Colonna, ni el sobrino de las señoritas Palacio, ni el seductor de la condesa de Gasquet, ni el excelente traductor de unos poemas de Emily Dickinson aparecidos en el desaparecido "Suplemento del Caribe", ni el nieto de Madama Cantillo, la rival de la negra Eufemia, ni el tocayo de Oreste Síndici, sino uno de los excéntricos pobladores —una especie de Familia Monster— de esa mansión de arquitectura republicana que, como una marca en la frente, hacía decir a los que pasaban a su lado y lo reconocían: "ahí va el dueño de Villa Bratislava". ¿Cómo no defenderla entonces de la amenaza que representaba su cuñado Marcial de Mier?, (lo veía correr por la carretera en su Lasalle asmático, vestido de lino blanco, gafas Rayban y sombrero de jipijapa que le daban un parecido al actor norteamericano de una película basada en una novela de Somerset Maughan y filmada en Singapur). Éste quería subastar la Villa para convertirla en un condominio, un condomio, algo atroz y al parecer imparable. "No te equivoques, es Zaira la que está detrás de todo esto", le había repetido por millonésima vez esa mañana Fortunación Retamozo que, excéntrica hasta el último momento, usaba ese día un turbante que orientalizaba su fisonomía mulata. ¿Pero cómo iba a

olvidarlo si ella y su marido constituían la más perfecta pareja criminal que él hubiera conocido? Marcial era además el bisexual clásico ¿no había ido por primera vez a Europa llevado por el director de "Pasión en el Caribe", un bodrio francés filmado en el parque Tayrona? ¿Y no era él quien, ya en París y en ese momento amante de la hija de un ex-presidente, había hecho correr la historia de que había sido adoptado por una pareja de viejos turistas franceses quienes al verlo en la playa lo habían confundido con el hijo muerto en Dunkerke? El tipo era más falso que un billete de tres pesos.

Pero no le iba a dedicar su tiempo y pensamiento a ese par de hienas. Su delito había sido considerarse y tratar de vivir como un Conde de Transilvania, un Conde Nado, un aristócrata del espíritu en esta ciudad ceñida de agua y madurada al sol, paraíso del constante chanchullo y del inacabable carnaval, pionera de la compra de votos y el mejor moridero del mundo.

Él había tratado de mantener distancias frente a la tragedia y la falta de clase y durante décadas lo había logrado. Cuando la "bonanza marimbera" sólo había salido a la calle lo estrictamente necesario y de ella tan sólo tenía el recuerdo, nada grato, de los tiros de "los magnun" y el chirrido de las llantas de las "ranger" a toda hora. Grandes tragedias nacionales, como la toma del Palacio de Justicia por el M19 y su recuperación por el ejército a sangre y fuego, más la avalancha de Armero, fueron para él tan sólo programas transmitidos por la televisión. Su torre de marfil al lado del volcán. Hasta que al fin la tragedia también había tocado sus puertas y, ahora en la avalancha, iba a perder su último patrimonio: "Villa Bratislava". Tenía que hacer algo, ¿pero qué? Conservaba —y ese día se las había

mostrado a Fortunación— la carta de Yon Mizuno, un coleccionista japonés que le ofrecía una suma exorbitante si encontraba la partitura de una ópera atribuida al italiano Azzali, pero que era en realidad creación de su abuelo Yukio Mizuno. Algunas cartas de éste lo conectaban con Amadeo Antonelli-Colonna, su venerable abuelo, ¿tenía alguna noticia al respecto? Le había respondido dándole unas falsas expectativas tratando de ganar tiempo, pero el japonés había anunciado su llegada para esos días. Ahora tenía una esperanza envuelta en una mentira.

Pero si él se había cruzado de brazos, Fortunación no y desde esa mañana la casa retumbaba con los golpes de martillo que ella y Usnavy Pérez aplicaban a toda pared con un sonido hueco. “¡Me van a demoler la casa!” les había gritado para sólo conseguir que redoblaran los esfuerzos.

Se había quedado un rato viendo trabajar a Fortunación que sudaba copiosamente bajo ese extravagante turbante y no había podido menos que admirar a la anciana. Ella, a diferencia suya, era de las que no se abatían. La había heredado con la casa, un legado de la abuela, pero nunca había sido una carga. Ahora de anciana había encontrado un filón en la matanza de las bananeras del 28. La televisión europea había descubierto el genocidio y hacía programas que adobaba con saleros históricos y pimentas literarias. El papel de reaccionaria era rentable y Fortunación lo había aceptado con toda la propiedad del caso. Ella, por supuesto, era la amante del general y, a diferencia de los otros entrevistados, decía cosas amables y justificativas sobre Cortés Vargas.

Ignoraba cuándo armó ese personaje, pero el libreto lo tenía

bien estudiado. Sobre su mesa de noche se apilaban los libros sobre la matanza: monografías de estudiantes de la Nacional sobre Mahecha, tesis de grado sobre la Yunai de estudiantes gringos aspirantes a un master en la Universidad de San Luis de Missouri, entrevistas a los sobrevivientes, viejos trabajadores que escarbaban en la memoria un dato nuevo, obras de teatro de creación colectiva, discursos de Gaitán, memorias del general Benjamín Herrera (muy anteriores a los hechos, pero que le permitió copiar la figura de Finita Conde, una joven aristocrática samaria que daba vueltas en su carro convertible a la isla de Aruba, siempre con sus inmensos sombreros, sus vestidos sensacionales y su distinción a toda prueba). Oyó cuentos sobre la Nena Barranco en Ciénaga, que nunca encontró un hombre para ella y vivió sentada en su mecedora juzgando indignos a todos los que se acercaron. Logró ver en la cinemateca local "El Amor más fuerte que la Muerte", una vieja película italiana interpretada por la condesa Rina de Ligourio, la actriz —según ella— más admirada por el general; leyó repetidas veces las memorias del general encontradas en la biblioteca de Intensity Gable (la gringa centenaria, vecina de la villa) y estudió la historia de la moda correspondiente a los años veinte en el tomo décimo del marqués de Lozoya. Se labró un pasado sin caer en contradicciones, así aseguraba que ella había principiado su bachillerato en el colegio Lourdes de Barranquilla y después había ido a un colegio en Jamaica a perfeccionar su inglés (el francés lo había aprendido con las hermanas francesas de la Presentación). Su padre tenía un almacén en Ciénaga adonde ella había ido de vacaciones, ese diciembre del veintiocho. Allí los propietarios y los altos empleados de la Yunai alternaban con los militares y los jóvenes oficiales (algunos de los cuales fueron después miembros de la junta militar del 57). Aunque éstos se chanceaban mucho con

ella, sus miradas y admiración fueron dirigidas al rengo y sesentón general que la empezó a cortejar pidiéndole lo acompañara todas las mañanas a misa, pues era un hombre muy devoto. "Era un hombre muy paciente", afirmaba, "siempre que pasaban a esas tempranas horas cerca al burdel 'Chantilly', muchos de los parroquianos, obreros amanecidos, le gritaban improperios a los que el general nunca dio importancia". Ella también vio varias veces cómo los huelguistas provocaban a los militares rastrillando los machetes contra el piso, y tenía presente que esa mañana fatídica de la matanza, —en la que ella había dormido en el cuartel disfrazada de oficial—, oyó la orden de "bajen las mariapalitos" para enseguida ver cómo se llevaban las ametralladoras a la plaza. ¿Por qué Cortés Vargas dio la orden de disparar?, ella nunca pudo averiguarlo, pues cuando mimosa se lo preguntaba, él siempre le contestaba con un: "cambie el tema, ala". A la consabida pregunta de si tenía fotos, ella respondía con que "un buen día las había roto todas pues había pensado: Quiero vivir mi vida, tengo que olvidar esa pesadilla". La dama desalmada le había resultado y ahora su tarifa por entrevista no bajaba de los dos mil dólares. A la mañana siguiente vendrían unos cineastas alemanes que filmaban "Si no fuera por la zona caramba...". Contestaría como a ellos les gustaba: como una militarista de raza mandaca.

...

Mientras escuchaba el "Turandot" de Puccini que trasmitía la emisora universitaria, empezó a cabecear. Aunque le fascinaba la forma en que el compositor confiaba a la orquesta la misión de crear alrededor de su conversación musical un todo armónico que agrupara aquello que podía correr el riesgo de fragmentarse en rosadas y minúsculas

melodías aboleradas, pudo más el sueño. Se vio de pronto con su guayabera hecha jirones y con un tarro de avena Quaker en la mano en el atrio de la Iglesia de San Nicolás. Pedía en forma lastimera una prórroga en el vencimiento de la hipoteca de "Villa Bratislava". De pronto, en el fondo de la plaza, apareció una silla gestatoria que portaba a Bonifacio Octavo quien al verlo le gritó: "Oreste, Oreste, acuérdate de los límites de la movilidad social".

Se despertó. Por un instante tuvo un caos mental del que participaban la ópera de Puccini, las palabras del pontífice y las clases de sociología del profesor Nieto Arteta. Al fin recordó una de las frases constantes de Agamenón Rosado: "Si se nace en Rebolo, no se llega al Country Club". Ahora, muerto su analista, no podía ni discutir esa afirmación, ni el sueño. Pero lo que era claro era que él, en esta ciudad abierta en la que la clase dirigente local se renovaba cada veinte años (ninguna fortuna resistía un tarambana en la familia), había descendido de ser el sobrino de las tías Palacio, con generales y gobernadores en la familia, a ser el nieto de Madama Cantillo.

"Toda la vida no has hecho otra cosa sino equivocarte", le había dicho de despedida su tía Minerva en una de sus últimas visitas. Pero, ¿en qué? era la pregunta que tampoco le había ayudado a absolver las sesiones de psicoanálisis, ahora trucas. No había roto el manual; había estudiado con los jesuitas en un buen colegio, había tenido condiscípulos que después habían llegado a ser importantes (ninguno buen amigo, nunca tuvo ojo para eso). Eso sí, nunca había conocido a gente de altura: había visto desde lejos a Kennedy en una manifestación mientras a su lado un borracho gritaba "Viva el imperialismo yanqui"; también una vez al pagar un aviso clasificado solicitando empleo

se tropezó en la puerta del diario con un hombre alto, elegante, pero no pudo repararlo porque un manotazo dado por un guardaespaldas lo apartó de inmediato; por el periódico al día siguiente, supo que se trataba de Felipe de Edimburgo.

Pero la verdad desnuda era que nunca había conocido a ese ser providencial que se aparece alguna vez en la vida de los exitosos y lo impulsan en su carrera: el crítico musical que oyó a Caruso en un coro de iglesia; el director de orquesta que oyó en el baño de la pieza vecina a Nelson Pinedo tararear su hit "yo no soy de por aquí, yo soy muy barranquillero"; el productor de Hollywood que vio en el trasatlántico a Hedy Lamar y la lanzó al estrellato. Hay millones de ejemplos. Pero en su caso no hubo nada de eso, la única persona importante del que fue medio amigo era un subversivo: Jaime Bateman. Y a diferencia de todos los escritos que lo representan como un iluminado desde pequeño, a quien él conoció fue un muchacho flaco, con una pierna seca, que se sentaba a su lado a presenciar los partidos de la calle Tumbacuatro contra la del Pozo en Santa Marta. Él pertenecía al equipo de la del Pozo, una calle llena de solteronas que tocaban vals criollos en sus pianos y que tenían empollerados a todos sus sobrinos. (Cuando venía a esa ciudad se alojaba donde el tío Nicolás, un hombre de mundo y manga ancha).

De todos modos, su "team" era el de muchachos de buenos modales. Y enfrente, al de Bateman, pertenecían muchachos peleoneros, que con el tiempo serían guerrilleros, abogados audaces, mafiosos de la bonanza marimbera, compositores y bailarines de salsa, pero en ese momento, cuya expresión musical, sólo estaba representada por Alejandrino Lineros, que todos los días

salía de su habitación de hombre solo con su contrabajo en el brazo rumbo a las misas cantadas en la Basílica.

¿De qué hablaba con Bateman en esos días? No tenía ningún recuerdo en especial, pero sí estaba seguro de que no era ni de política ni de libros. Recordaba cómo una noviecita le traía siempre un vaso grande con un cereal reconstituyente marca "Pablum". Al personaje no lo volvió a ver sino años después cuando en una refresquería en Barranquilla, éste lo llamó por su nombre y le ofreció una cerveza. También allí hablaron generalidades, él en ese momento no tenía idea de que estaba al lado del jefe clandestino del recién fundado M19. La última vez que lo vio fue en los carnavales del año en que murió, una historia absurda. Ahora se preguntaba si Bateman tendría en el futuro páginas en los manuales de historia o apenas una línea noticiosa. Se había rozado con la historia, no con la ayuda providencial.

Oreste encendió el televisor. Se anunciaba un programa cultural con un fondo musical detonante. Había coros celestiales, suspiros jupiterinos en las cuerdas, eructos de los bronces, pedos de las maderas... por Dios, ¿qué sería? En la pantalla apareció el rostro del senador Angelo Torcaz, que iba a hablar sobre sus experiencias en el París de los sesenta relatadas en su libro recientemente publicado: "De la lucha clandestina a un curul en el Senado". No, no iba a escuchar a uno de los mejores representantes de la movilidad social, a alguien a quien la fortuna había perseguido con los ojos abiertos. Que le cuente a otro sus proezas, que con seguridad no dirá que su buena figura de mulato preñador, su tipo atlético según los somatipos de Kretschmer, su política braguetera con la hija del expresidente que estrenaba hipismo en la Universidad de

Nanterre (de ahí su íntima amistad con Marcial de Mier, que tenía amores con su hermana, la de Hautes Etudes Politiques en la Sorbona) y con Karen Guainía, la hija del rey del zipper, le habían servido de trampolín para su posterior carrera política en la que había llegado a Senador sin hacer el cursus honorum. Se dirigió hacia el televisor y recordó cómo a "Magallanes" —como llamaban a Torcaz sus condiscípulos— no le ponían fallas a pesar de durar meses en el exterior en encuentros estudiantiles organizados por la izquierda (porque el hombre también había sido del partido, su escalera de ascenso cuando estudiante), mientras que a él no le perdonaban ni los retardos a clase. Apagó el aparato y por un momento, hasta su mente, estuvo en blanco.

...

Se dio cuenta de que estaba llorando con uno de esos dolores infinitos, por él, por Agamenón, por todo. Decidió dar rienda suelta al llanto y sin ningún pudor, lloró hasta que no pudo más. En momentos como éste era cuando más falta le hacía su analista, ese ser de una cultura casi leonardesca, contradictorio, chovinista, el autor de la saga familiar de los Antonelli-Colonna y psiquiatra más que discutible. Como en una película se vio de nuevo en la última vez que visitaron juntos al Museo Romántico, un lugar que nunca bajaba del calificativo de ridículo, pero que lo atraía como la miel a la mosca.

Como de costumbre, pasaron aprisa por la sala de los maniqués vestidos con los trajes de las reinas de carnaval, canutillo más, canutillo menos, no valía la pena detenerse. Pero el salón de fotografías era otra cosa. La ciudad pujante de los veinte podía adivinarse en la foto de Hiram Bingham,

el descubridor de Machu Pichu y después senador en su país. Alto, con sombrero de explorador y botas altas, ahí estaba al lado del cañón verde en el camellón Abello. Su postura y aire desenvuelto explicaban el por qué después había servido como inspirador de Indiana Jones (personaje que después de una discreta aparición en los comics de los cuarenta, ahora inundaba con su presencia las películas y los seriados de televisión). Pero el arqueólogo no había tenido una buena impresión de esa "Alejandría del Caribe", como la había bautizado un filósofo local, sino que en el registro de su hotel aparecía bajo su firma un contundente "No volveré jamás".

— ¿Qué pasaría si la viera ahora?, le había comentado al psiquiatra.

— "Bueno, no deja de ser difícil definir una ciudad que tiene por fundador a una vaca abrevando", bromeó al principio Agamenón, pero al cabo de un rato se había enfrascado en una disquisición sobre la decadencia de Venecia, que llevaba sus cinco siglos con mucha elegancia. "Algo va del Gran Canal al Caño de la Auyama", le había contestado él, y ante su sorpresa, sólo despertó la risa de su interlocutor.

Hablaron de muchas cosas esa vez mientras las fotografías, muchas de ellas descoloridas, seguían revelando la historia de la ciudad. El director del museo, que se les había acercado por un momento, trazó una visión apocalíptica sobre la inseguridad actual. Lo que decía era una combinación de películas futuristas con noticias de la página roja: lluvias ácidas, con los ricos, todos de fortunas ilegales, encerrados en sus casas-fortalezas y custodiados por ejércitos privados mientras la ciudad era presa de una horda

promiscua que daba vueltas en círculos concéntricos. “Sólo se podrá bajar en vehículos blindados”, anotó con un ademán exaltado el director del museo. Agamenón se rió y dijo algo sobre que él no tenía plata para un vehículo de esa naturaleza, pero que ya tenía con qué protegerse. El director, ningún modelo de agilidad mental, preguntó: ¿cómo? con insistencia. La desconcertante respuesta fue: “leyendo el Tao, por supuesto”. La cara que puso el viejo era de exposición. Se rieron hasta que Agamenón adoptó una expresión grave al mirar una foto. Él se acercó a verla. Mostraba a una ex-reina de carnaval al tomar los hábitos de monja, —algo que había conmovido en su época y servido a todas las almas buenas a ponerla de ejemplo—. “Afortunadamente no hubo muchas imitadoras”, pensó, pero al voltearse para comentarlo con su amigo, le vio un principio de lágrimas en los ojos. Respetó su silencio. Sólo al despedirse le preguntó si pasaba algo y él le contestó con un: “simplemente, mal de amores”. Fue la última frase que le oyó. Ahora, repasando la cosa, se da cuenta de que en la fotografía, en la esquina, se asomaba la cara de la niña, que con el tiempo, iba a ser la hermana Trinidad de San Estanislao. ¿Quién iba a pensar, cuando le contó Agamenón que era médico de una monjita de las Ursulinas Descalzas con una retención urinaria, que todo terminaría en tragedia? Los pasos siguientes fueron lograr que ella accediera al tratamiento, cosa nada fácil, pues ella decía detestar a Agamenón. Éste logró que, bajo la orden de obediencia dada por la superiora, la monjita asistiera a su consultorio. “El problema es que esa joven está seca, no tiene sentimientos, ni ama, ni odia”, le confió. Él preguntó “¿Y cómo lograrás curarla?”. “Muy sencillo, infundiéndole amor u odio, un sentimiento cualquiera. Yo seré el conejillo”, le contestaron. Al cabo de una semana la monjita orinaba como un surtidor.

En ese momento se secó una lágrima, que solitaria y ardiente, le resbalaba por la mejilla.

CAPITULO VII

LAS DAMAS NO LO ERAN TANTO...

Era un grupo heterogéneo el de los pasajeros que recogió el barco francés "L'Amérique" en la Guaira. Comprendía desde el atildado secretario de la Legación en Venezuela, Monsieur Silva, hasta M. Villamizar, un joven ladrón colombiano deportado hacia su país. El resto de las personas lo componían dos mulatas buenamozas: Serafina Daza y su hija Liberatta (a quien su madre había rescatado de un burdel en Caracas, adonde la había dejado un saltimbanqui italiano que la había seducido tres meses antes en Barranquilla); Monsieur Meynares Priso, dueño de un hotel en la misma ciudad y cuya voz de acento caribeño se imponía sobre las otras voces; una señora británica o norteamericana muy arropada, con un toque de misterio y que respondía al nombre de Intensity, y nuestro Amadeo Antonelli-Colonna, que se hacía llamar —y en sus papeles constaba que era un comerciante inglés— mister Woolfrod, al parecer de ascendencia judía. Era enero de 1895 y el próximo destino del barco era Sabanilla, Colombia.

Para Amadeo eran claras las instrucciones: debía comprobar cuáles eran las defensas que podía oponer ese país a un posible desembarco naval italiano y, para eso, debía estudiar a Cartagena y esa nueva ciudad en pleno crecimiento: Barranquilla. Santa Marta, por lejana e irrelevante, había sido descartada de entrada y también Colón por ser el istmo

de Panamá, considerado como cosa propia por los norteamericanos. En realidad éstos eran el verdadero obstáculo y Cobiانchi le había revelado a su agente que el barón Fanta, embajador del Reino en Washington, estaba sondeando al Departamento de Estado para saber la reacción norteamericana en caso de un desembarco.

Por lo pronto había guiños de complicidad. El laudo arbitral que debía dar el Presidente Cleveland en el caso Cerruti favorecería a Italia, pero esta nación debería dejar las demostraciones de simpatía hacia España en la guerra de independencia de Cuba.

Crispi había entendido claramente el mensaje pues había cruzado una correspondencia cordial con el presidente norteamericano. Ambos gobernantes empleaban la palabra "apes" cuando se referían a los colombianos.

Por prudencia, Amadeo decidió no alternar con los pasajeros a pesar de haber algunos interesantes, como el joven poeta guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, prepotente pero de una chispeante conversación, o la extravagante Mademoiselle Glimanesse Moreau, de quien no era muy difícil suponer un pasado tormentoso y que pedía a todos una opinión sobre si sería un buen negocio o no poner una sombrerería en Barranquilla, una ciudad sin distracciones. ¿Sombreros, Mademoiselle?, le había respondido con ironía el guatemalteco. De todas maneras, ella no perdía el tiempo pues estaba de íntima amiga del capitán Brevet, quien la guiaba por todos los rincones del barco. Otro pasajero era un médico salvadoreño, especialmente mal geniado, M. Padilla, quien en las dos ocasiones que se lo había encontrado en cubierta, le había conversado con el propósito de practicar su mal inglés.

Pero el pasajero que más le llamó la atención fue el fotógrafo italiano Floro Della Rosa, que tenía la cordialidad del vendedor nato y de quien supo desde el comienzo que no lo engañaría con su disfraz. Por eso, se mantuvo alejado en el camarote. El primer día estudió el mapa costero de la República de Colombia, un país que acababa de estrenar de nuevo otro nombre y otra constitución. Llegarían, según sus cálculos, a un lugar llamado Sabanilla o Puerto Cupino dentro de tres días; por eso se había cambiado del barco "Josephine" al "Amérique" para acortar el viaje. Esa noche, sin embargo, cuando decidió recibir el fresco de cubierta se encontró con que el fotógrafo hacía una proyección de sombras chinescas. Frente al telón se agolpaba la mayoría de los pasajeros. Los observó con atención: Monsieur Silva y el poeta guatemalteco conversaban animadamente o, más bien, Gomez Carrillo hablaba y el bogotano escuchaba. Así lo pudo corroborar Amadeo cuando, acercándose, escuchó al poeta guatemalteco decir algo sobre su carácter, mezcla de un lirio y un cañonazo. En ese mismo instante sintió una mirada intensa a sus espaldas; al voltearse se encontró con los ojos de la dama misteriosa que vestía de negro y usaba guantes, sin hacerle ninguna concesión al calor del trópico, aliviado en ese enero por las brisas que lo caracterizan. Oyó de pronto a sus espaldas al médico Padilla que le cuchicheó un malintencionado "Sabe usted, en la Edad Media los leprosos se cubrían hasta el alma" y dándole un toque irónico a la conversación, agregó: "pero también usaban una campana para avisar su presencia y ahuyentar a los transeúntes...". Amadeo quedó pensativo y al volverse de nuevo no vió a la dama mencionada.

Como los fuertes vientos no habían permitido la función, todos los pasajeros regresaron a su camarote, menos el grupo de Monsieur Silva, el poeta guatemalteco y el médico

Padilla. Olvidándose de la prudencia se acercó y fue recibido con cordialidad. La conversación había pasado del "Chat-noir" y sus espectáculos, del cual parecía estar muy informado Gómez Carrillo, (Amadeo ya había llegado a la conclusión de que el joven no le simpatizaba), al de la nueva poesía francesa, tema del cual Amadeo ignoraba absolutamente todo. Adoptando su aire más flemático, escuchó detrás de un rostro impenetrable todo con mucha atención. Monsieur Silva era, a todas luces, un hombre refinado tanto en el vestir como en la conversación (toda en un inglés pasable, en atención a él) y hasta en la forma de fumar sus cigarrillos egipcios. Sostenía una larga disquisición sobre el ocultismo y la inspiración poética en algunos autores. Hablaba con apasionamiento de cómo Nerval corría por los callejones de París, en ese entonces todavía una ciudad sin bulevares, guiándose por una estrella y aspirando despegar en un viaje astral; también de cómo Adar e Izel, los hermanos en una novela de Sar Mérodack Peladan, hechizados por la satánica música de Wagner, se abandonaban incestuosos a excesos eróticos.

– "¡Desvanecerse, abismarse, inconsciente deleite supremo!", recitó el guatemalteco y silbó un leitmotiv de Tristán e Isolda. Amadeo decidió que más adelante tendría que llenar esos vacíos en su cultura. A lo máximo que había llegado era a memorizar algunos versos de Blake que su institutriz inglesa, una "avant - garde" le había enseñado cuando pequeño. Se despidió. Los jóvenes poetas seguían hablando. Volvió entonces a sentir la sensación de ser observado y le pareció ver cerrarse precipitadamente la puerta de un camarote, ¿el de la dama misteriosa o el de la fabulosa Liberatta? "Me tiene nervioso", se confesó a sí mismo.

Todo el día siguiente estuvo el barco remecido por los

vientos cada vez más fuertes. El capitán trataba de calmar a una Madame Moreau cada vez más nerviosa. "Tengo un mal presentimiento", decía entre gemidos, mientras el capitán se volvía cada vez más osado en sus caricias. Casi nadie salió a cubierta y sólo por la noche, en vista de que seguía el mismo fenómeno, algunos pasajeros se reunieron en el comedor a jugar póquer. El grupo compuesto por el médico Padilla, el fotógrafo Della Rosa, el poeta Gómez Carrillo y el hotelero Meynares empezó a jugar con apuestas moderadas, al principio, pero que con la excitación del juego y el abundante licor aumentaron en cada partida. Constituían un grupo muy ruidoso en donde el vozarrón de Meynares, con sus chascarrillos ordinarios, le indicaron a Amadeo el porqué Silva se había excusado de participar y preferido ir a encerrarse en su habitación.

– "Voy a pulir algunas cosas que estoy escribiendo", le había dicho al intentar éste detenerlo para gozar de su fina conversación.

– "Y cómo se titula lo que está escribiendo?", le indagó Amadeo.

– "Cuentos Negros", le contestó el poeta después de dudar un instante. Vieron, entonces, a lo lejos cómo el faro del Cabo Augusta lanzaba su luz intermitente.

– "El lugar se llama 'Bocas de Ceniza', poético el nombre ¿no es cierto?", le comentó Silva antes de desaparecer. En ese instante el capitán y Mademoiselle Moreau pasaron a su lado muy alegres, tal vez achispados. La mujer le pedía al capitán que le permitiera verlo timonear. Liberatta y su madre se habían impuesto una total clausura.

No había terminado de acostarse cuando Amadeo sintió

el violento golpe del barco contra una roca. El capitán intentó retroceder a toda máquina, pero era inútil; la hélice y el timón estaban completamente destrozados. El barco, afortunadamente, se asentó sobre un banco de arena pero inclinado en toda su longitud.

Amadeo comprendió desde el primer instante que no había ninguna posibilidad de salvar el barco; lo importante eran sus vidas. Pero, ¿cómo rescatar ese casi centenar de personas —entre pasajeros y tripulantes— que en ese momento gritaban despavoridos en cubierta? ¿y cómo evitar que algunos, como el médico Padilla, intentaran —revólver en mano— apoderarse de los botes salvavidas?

Lo dejó sorprendido la falta de heroísmo de la tripulación que llegó a disputarles las lanchas de salvamento a los pasajeros con el grito: “aquí todos somos iguales, todos queremos salvarnos”, dicho por el capitán, que con una Mademoiselle Moreau aferrada a su cuello, intentaba imponer algo de orden. Sólo después de que el conrmaestre Blanchard hizo varios tiros al aire y logró que los marineros le obedecieran sólo a él, en un tácito golpe de mando al capitán, se consiguió que no fueran descolgadas. Ya con un poco de orden ocurrieron todos los hechos que Amadeo, después de la pesadilla y en el tren que llevó a los sobrevivientes de Puerto Cupino a Barranquilla, recordaba entre brumas. Así veía al capitán tomar una lancha con seis marineros para intentar tensar un cable desde la playa. Sólo alcanzaron a llegar a una isla de arena movediza donde quedaron varados. En la ribera se veía un equipo de salvamento que había izado una bandera francesa en la tienda de campaña. Un marinero logró llegar hasta allí y dos más perecieron en el intento. Una goleta, “La Traviata”, se apostó a algunos kilómetros

pero las olas impidieron que la lancha de rescate pudiera llegar. Esto ocasionó gritos histéricos de Mademoiselle Moreau, que en un arranque de furia, lanzó al mar un cofrecito que hasta ese instante tenía férreamente agarrado y que al parecer tenía todas sus joyas. Al hacerlo, el ladronzuelo colombiano se tiró al agua ante el grito de espanto de todos los pasajeros; no volvió a salir.

Amadeo se dedicó a ayudar y dió instrucciones para lanzar una cometa que sostuviera otro cable. Para ese instante había perdido la discreción y lanzaba órdenes en inglés, español e italiano pero, curiosamente, ese hecho no causó mayor sorpresa; el poliglótismo de un comerciante inglés era un supuesto indiscutido. En el amanecer del tercer día y mientras gritaba, oyó cómo el poeta guatemalteco decía a voz en cuello: "Cómo son de bellas esas lejanías opalinas". Monsieur Silva, que estaba cerca de él, rezongó con un "Nunca he tenido tantos deseos de matar a alguien". Los poetas son gente muy complicada, pensó, pero al volverse y tratar de comentarle algo al bogötano, quedó mudo. Había una expresión de dolor indescriptible en el rostro del hombre. Una gran tragedia lo sacudía. No se le ocurrió otra cosa que darle un golpecito amistoso en el hombro y susurrar un "todo saldrá bien". En un rincón, y con una manta colocada sobre dos barandas, la dama misteriosa sentada e impassible observaba todo. Unas pústulas bermejas se veían en su cara a pesar del velo negro con que estaba cubierta. Todo terminó cuando al quinto día y ya sin esperanzas, el contra maestre Blanchard permitió que bajaran las dos lanchas que quedaban y todos los naufragos, a una, intentaron abordarlas. Fue un milagro que no se hundieran por el sobrecupo. Al tirarse desde cubierta, el fotógrafo italiano casi hace zozobrar la lancha vecina. Algunos de los hombres la emprendieron a golpes contra

él. Amadeo desde su bote amenazó con una pistola y advirtió claramente que dispararía al que diera el siguiente golpe. El fotógrafo le dió las gracias muchas veces, incluso cuando ya con las embarcaciones muy separadas, no se podían oír las voces. Pero curioso, al hombre se le había caído la peluca y la calva monda y reluciente se destacaba. ¿Donde había visto esa cara antes? Amadeo la recordó entre los pasajeros del "Josephine". ¿Casualidad? ¿lo estaba siguiendo? y si así fuera, ¿para quién espiaba?

Otros pensamientos lo asaltaron también mientras en el tren que los llevaba a Barranquilla algunos funcionarios de la compañía francesa les entregaban mantas y algún dinero. ¿Cómo haría para cumplir su misión? Presentarse al consulado italiano y decir que era del servicio secreto de su país era impensable. Tampoco podía ir al consulado inglés pues se comprobaría que su identidad era falsa. ¿Cómo sobreviviría? y, sobre todo, ¿cómo conseguiría poder regresar a Italia? Los gemidos de Mademoiselle Moreau le indicaron que para algunos, el hundimiento había sido definitivo. Al llegar al pueblón, con remolinos de arena en las calles y una corona de gallinazos sobre la torre de la iglesia, pensó que estaba encerrado en el último lugar del mundo, al otro lado de la luna. Una angustia mayor que la del naufragio empezó a corroerlo. En la escalerilla del tren le abordó un personaje singular: un hombre de estatura menuda, quevedos y vestido impecablemente de dril blanco, con rasgos morunos que revelaban su ascendencia semítica.

De sopetón y sin un saludo previo, le abordó mientras declamaba en voz baja:

— Awake, awake, Jerusalem. Oh Lovely emanation of Albion.

Amadeo, sin darse cuenta, continuó con el verso:

– Awake and overspread all Nations as in Ancient Time.

(Oh, cómo le agradecía a Miss Gilliam ese Blake salvador).

– ¿Por qué no nos envió una señal?, continuó diciendo el hombre de los quevedos y rostro semítico.

– ¿Y le parece poco un naufragio?, bromeó Amadeo, que se preguntaba qué significaba todo ese enigma. Pero el hombre no tenía sentido del humor, pues contestó con mucha seriedad:

– No se nos ocurrió que podía ser su mensaje.

(“¡Diantre!”, exclamó para sí Amadeo).

Más adelante el hombre se presentó:

– Abraham Zacarías López Penha, para servirle.

Amadeo dió su nombre inglés todavía lleno de confusiones. ¿Debía aclarar todo de una vez o proseguir el engaño mientras conseguía comunicarse con Cobiانchi? Obvio que era un judío sefardita. Mientras lo asaltaban todos esos pensamientos oyó al hombre decirle que la sesión era esa tarde en su casa, que lo esperara en el hotel Central, exactamente el lugar adonde habían llegado.

Bajo la marquesina, Lopez Penha perdió un poco la formalidad e indagó sobre su experiencia en el naufragio, preguntó por alguno de los pasajeros y al mencionarse el nombre de Silva, se refirió a él despectivamente llamándole “petimetre de nalguitas entecas”. Al despedirse y agregarle que antes de la sesión le leería a partes de su “Desposada con una Sombra”, Amadeo se confundió más aún. ¿Había caído en medio de una secta ocultista o era tan sólo un grupo de literatos excéntricos?

Sin embargo nadie fue a buscarlo a la hora señalada, y en su paseo por el vestíbulo del hotel, la única cara conocida fue la de la dama misteriosa que no le respondió a la inclinación de cabeza que le hizo como saludo. Decidió salir e ir a la dirección indicada. Cuando caminaba por el "Callejón de los Meaos" vio que dos mulatos recios, con sus pantalones arremangados y sombreros de paja lo seguían. Decidió hacerles frente con su pistola. No había tenido tiempo de encararles cuando, por la espalda, le dieron un golpe que lo derribó inconsciente. En el suelo los hombres le dieron una paliza inmisericorde y sólo cuando se vio venir a dos serenos corriendo, abandonaron su presa. Se retiraron caminando; nadie los persiguió ni se interpuso en su camino.

Cuando volvió en sí se encontró en la sala de un hospital; una hermana de la caridad, de gran corneta almidonada, le tomaba el pulso. A su lado, sentado y sonriéndole, estaba el fotógrafo Della Rosa. Lucía la calva en todo su esplendor. ¿Qué pasó? (en inglés) preguntó Amadeo. El fotógrafo le respondió en italiano.

— No tienes que seguir fingiendo delante de mí —y bajando la voz, continuó—, llegué a tiempo para recogerte. Descuida, nadie sabe nada y, añadió, ¿pero en realidad quien eres? ¿estás huyendo, eres de la anarquía? Como Amadeo permaneció callado, Della Rosa siguió hablando.

— No fue una buena idea querer hacerte pasar por el enviado de la "Sabiduría Antigua" que venía de la central de Nueva York.

Ante la cara de asombro de Amadeo, Della Rosa continuó

— Sí, hasta aquí, el último rincón del mundo, los espíritus de la noche están combatiendo contra el dominio obtuso de la razón.

El fotógrafo, al ver la cara de sorpresa de Amadeo, se rió con ganas.

— No, no, mio caro amico, yo no tengo nada que ver con esos lunáticos, pero los conozco y también sus mañas... Lo que pasa es que tu amigo López Penha ha escrito un libro que ha producido un revuelo en el mundo esotérico de aquí...

Amadeo intentó pedir una explicación, pero el fotógrafo siguió diciendo:

Aspetta y pongo un poco de orden en la historia. Aquí hay, por causa del bendito libro, que no he visto ni de lejos, una división a muerte entre los seguidores de la revista "Lumen", que dirige una mujer, y la de "Caminos", una publicación de López Penha. Ya hubo un muerto, contigo serían dos si no llego a tiempo.

Al acercarse la enfermera para advertir que se terminaban las visitas, Della Rosa le advirtió:

— Este es un poblón y todo se sabe. Si quieres pasar inadvertido, si necesitas ocultarte, te ofrezco un refugio. Vengo por tí esta noche cuando puedas irte sin que te vean. Por lo pronto se cree que eres un marinero herido en una reyerta callejera.

Amadeo quedó solo y confundido. Lo más importante, guardar su incógnito, estaba en peligro y su tarea por realizar casi imposible; había que huir y regresar ¿pero cómo? ¿y quién era ese hombre y esa ayuda no pedida?

Los dolores le hicieron pedir calmantes que lo adormecieron casi enseguida. Cuando se despertó se encontró frente al fotógrafo con peluca y bata de enfermero. Le hizo una señal de que no hablara y le indicó que se vistiera con un disfraz de fraile. Salieron sin ser perturbados.

El italiano Floro Della Rosa era muchas cosas: fotógrafo, homeópata, pintor, constructor, anarquista y, sobre todo, el esposo de la mulata Carmenza, a quien Amadeo no podía mirar sin estremecerse. Mientras veía la pequeña, pero muy doctrinaria biblioteca de su anfitrión, Amadeo se preguntaba ¿cómo diablos había terminado en una ratonera de anarquistas en un pueblón del Caribe? Por lo demás, salvo alguna que otra consigna dictada a los artesanos, ninguna otra actividad revolucionaria desarrollaba esta pareja singular que, además y para su envidia, pasaban todo el tiempo encerrados haciéndose el amor.

Después de un mes de encierro estaba desesperado; su única distracción eran las largas discusiones con Floro y Carmenza, a quienes alguna vez ayudó a redactar un manifiesto constituyendo una liga de arrendatarios de fugaz vida y que le reveló su capacidad para la prosa incendiaria. Con el fotógrafo armaba un kinetoscopio, invento de los norteamericanos, y que había alcanzado a ver en New York; por eso, cuando éste vino una mañana con la noticia de que había llegado al correo un pasaje a nombre de Mr. Woolford para Inglaterra, creyó soñar.

Esa tarde, y cuando obtuvo la certificación de ser el náufrago inglés del "Amérique", al reclamar el pasaje —en una oficina llena de empleados somnolientos y de tomadores de limonada helada— se sentó con

despreocupación al lado de la estatua de Colón. No sintió el primer disparo sobre su cabeza, pero a los siguientes se tiró al piso. Se oyeron otros tiros desde el único edificio de tres pisos del camellón. La persona que le disparaba parapetada detrás de una banca de cemento, cayó dando un grito que revelaba su condición de mujer. No se acercó a reconocer a su atacante, sino que aprovechó la confusión dada por la multitud de curiosos que se agolparon alrededor del cuerpo, gritando cada uno su hipótesis sobre la causa de los disparos que habían alterado por completo la vida de la ciudad. Podían hacerle demasiadas preguntas, así que, con mayor rapidez que el deseo, pronto se encontró en el pequeño tren que iba a Puerto Cupino y se embarcó en el clíper que lo esperaba.

Nunca pudo entender con claridad su misión y menos cuando el propio Cobiانchi, ya de regreso a Roma, le reveló que él había sido un señuelo para saber cómo funcionaban los servicios secretos de Alemania y el Imperio Austro Húngaro, los aliados no muy confiables de su país. La dama misteriosa con las falsas manchas resultó ser del servicio secreto norteamericano que observaba todo lo que pasaba en el Caribe. Mademoiselle Moreau, al parecer del alemán, fue quien le disparó, pues era la muerta. “¿Y no había protección alguna para mí?”, preguntó un Amadeo cada vez más iracundo. “Por supuesto, —respondió Cobiانchi—, ¿y que crees que eran Floro y Carmenza? “Pero ellos eran anarquistas” dijo Amadeo. Un silencio pesado, de losa, fue la respuesta. Así que en “la guerra de las damas” su papel había sido de señuelo ¿eh?

CAPITULO VIII

ORESTE

(4)

Oreste piensa que, después de todo, de las pocas cosas buenas que hizo su padre, Oreste Domingo Antonelli-Colonna, fue la de morir a tiempo.

Fue la noche en que por primera vez las tías Minerva y Lira Divina entraron a Villa Bratislava porque el médico legista fue primero a la casa de ellas. Y así, en una hora de espanto, las tres de la mañana, se oyeron las fuertes llamadas en la puerta.

Fue él quien abrió la ventana a la calle y allí, el hombre alto, de vestido entero, dijo: "soy el Dr. Torres, me llamaron de donde la Negra Eufemia para atender un herido, pero al examinarlo no había nada que hacer, el hombre estaba muerto; entiendo que es su cuñado". Minerva iba a replicarle un: "por qué no avisó a su madre", pero no era el momento de reclamos y más bien, llamaron por teléfono al sobrino Nicolás y a la hora fueron adonde la abuela. Ya estaba el féretro instalado en el salón Amadeo y los de la funeraria daban los últimos toques mientras los primeros dolientes, en realidad vecinas chismosas, empezaban a llegar.

Usnavy les dio el sofá más cómodo, el de los deudos.

Parentesco en ninguna forma querido por las tías, que bastante que le aconsejaron a Cándida Carlota, su madre, que no se casara con ese rufián. Pero ella, totalmente enamorada del hombre maduro, se escapó de la casa y de la vigilancia de sus hermanas y les mostró el hecho cumplido de su matrimonio, cosa que no obvió el que siempre, para referirse a su padre, las tías Palacio nunca lo rebajaran del motete de “Ese hombre espantoso”. Y ahora ahí estaba para corroborar la peor de sus opiniones: esa muerte en un lupanar.

Muchos de los clientes del lugar fueron testigos de la muerte de Domingo Antonelli-Colonna, quien llegó —como acostumbraba todas las noches— a visitar a Marlene, la más linda de las nueve pupilas de la casa. En ese momento ella bailaba, con el teniente Marco Vinicio Valiente, aquel bolero guarachado que cantaba Alberto Beltrán:

Aunque me cueste la vida
sigo buscando tu amor...

Resultó premonitorio, porque al acercarse Domingo borracho a pedirle que le cediera la pareja, prepotente el oficial le contestó con un cachazo de revólver y allí, en hechos que la investigación posterior reveló confusos, ya que los testigos no se ponían de acuerdo si Domingo también estaba armado, resultó muerto de un tiro en la frente. Su padre tenía 47 años. Pero la abuela, que nunca había sido mencionada delante de Oreste, llegó fantasmal a la sala de velación, y aunque nunca había visto antes a las tías, se encaminó adonde ellas estaban y las llamó a cada una por su nombre. En ese momento hubo un armisticio entre la anciana “demi-mondaine” y las victorianas tías, porque lloriquearon juntas en una discreta

y asordada escena; algo que no le gustó en absoluto a Petronita Santo Espíritu, amiga íntima y confidente de Bratislava, que al saber que a su consentido, pernicioso y precoz amiguito Domingo (a quien, en alguna lejana noche de sábado, había iniciado en el goce sexual y que había resultado un espléndido discípulo) lo habían asesinado, se había presentado desde el primer momento en el velorio.

Y ahora esa escena de lagrimitas comedidas y de pañuelos mojados no le parecía suficiente. Por lo tanto, Petronita decidió que el llanto debía ser manifiesto y así dio un alarido que dejó a todo el mundo de una pieza, e inmediatamente —río desbocado, retahíla infinita, campaneo sinfín—, lanzó su perorata en donde entre rugidos y sollozos, combinó denuestos, imprecaciones y lamentos: “¡Tú, el terror de las alcobas, el azote de los maricas, seductor de putas y amante de coyas, la verga más alegre de la región, gran poeta de los coños... Domingo, domador de culitos cantarinos, cómo es posible que te hayan matado!...”

En cualquier momento, y cuando todavía la audiencia no había salido de su asombro, cortó de repente y con una expresión seráfica, dijo a todos los oyentes: “Creo que por hoy está bien...” y salió de la sala.

Pero su padre fue, hasta el fin, una combinación de tragedia y comedia, una sombra que gravitó toda su infancia. De sus tías sólo obtenía por contestación, cuando por él preguntaba, “Aquí no se habla de ese hombre...”, prohibición que no fue levantada ni siquiera cuando la tragedia de su muerte.

Sólo se ilustró sobre quién era Oreste Domingo Antonelli-Colonna —el Oreste nunca lo empleó— cuando se encontró

con Alma Pura, la viuda de su padre y la madre de su hermanastra Zaira. Fue por accidente, cuando al hacer el censo en los años sesenta, llegó a esa casa de una elegancia discreta en donde no se veía el confort pero sí el buen gusto, algo que indicaba plata vieja y no dineros emergentes ni desplantes de nuevos ricos. De entrada vio el piano de semicola con los retratos encima de su tapa y un par de candelabros de plata legítima. La alfombra persa y las cortinas en las altas ventanas daban una cierta penumbra y para compensar el calor estaba el aire acondicionado que hacía un runrún cómplice e impedía la posibilidad de empezar una conversación hablando del tiempo. Oreste preguntó “¿además de su hijita y la sirvienta hay otras personas, su marido tal vez?” y Alma Pura contestó en forma tranquila que revelaba la dignidad ofendida, “creo que murió, aunque no me acerqué ni de lejos al sepelio”, respuesta que dejó todo al tacto del entrevistador. En este momento quedó sorprendido cuando observó que una de las fotografías desplegadas en forma de batalla sobre el lomo del piano, era de Domingo Antonelli-Colonna y preguntó, sin pensar en las consecuencias, “¿Qué hace la foto de mi padre aquí?” Sólo el pequeño destello en los ojos —como diría una novela de Corín Tellado— traicionó la expresión imperturbable de la mujer, que respondió con voz casi neutra: “sabía que tenía otros hijos; me alegro de saber que usted, una persona gentil, sea uno de ellos”. Respuesta que pudo ser la losa funeraria de cualquier principio de conversación, pero en esta ocasión pudo más la curiosidad y así la mañana se extendió hasta la hora del almuerzo conversando. Ella le dijo, “ya que está aquí, acompáñenos”, lo que él aceptó para tener la revelación de un Domingo como hombre correcto, respetuoso del hogar y casi siempre viajando “por su trabajo de apoderado de compañías teatrales”. ¿De cuáles?, preguntó asombrado

de la capacidad de mentir del proxeneta de su padre. Pero, de qué se asombraba si ése había sido su oficio: engañar a muchachas desorientadas a quienes convencía de que el más viejo oficio del mundo era una salida y seducir a Almas Puras y a Cándidas Carlotas, mujeres inocentes, palomas predestinadas a ser comidas por el gavilán.

Y así relató la historia Alma Pura —entre sollozos— la historia de aquella tarde en que él dijo ir hasta la esquina a buscar cigarrillos y nunca más volvió. “Casi me vuelvo loca”, concluyó.

— ¿Pero usted no fue a la policía?

“Fue lo primero que hice; pero después alguien vino a decirme que dejara las cosas de ese tamaño porque de pronto era un preso político pues él había sido gaitanista, y qué podía pensar si estábamos en plena violencia y durante el gobierno de Laureano esas advertencias no se olvidaban. Así que esperé y sólo supe de él cuando vi su fotografía en el periódico, la que en el pie de página decía que había sido muerto por un teniente de la policía en una casa nognata”. Oreste anotó la púdica expresión mientras pensaba en el bellaco de su padre que debió haber recurrido a toda clase de montajes teatrales para engañarla. Pero cómo no iba a saber de teatro si toda su vida fue una representación en las tablas, en ese gran tablado universal que es la existencia. Frase que no estuviera pensando si se hubiera llevado a cabo la inmolación de ambos, cuando Domingo, al saber la muerte de su madre, Cándida Carlota, por eclampsia seis días después de su nacimiento, lloró a grito herido, se fue corriendo hasta el muelle —¿o fue hasta Bocas de Ceniza? nunca se aclaró el lugar por ser un tema tabú— y allí, recordando sus mejores momentos de tenor,

cantó un aria antes de lanzarse con él al agua. Una tragedia griega con un toque coralibe. Pero el ridículo predominó, y tal vez porque se le olvidó cronometrar el largo del aire musical, dio tiempo a que llegara un ejército de personas asustadas, entre médicos, enfermeras y familiares encabezados por Minerva y Lira Divina, que enloquecidas quitaron el recién nacido al padre desalmado que pasó a los calabozos acusado de intento de asesinato, acusación que no se consolidó porque el defensor alegó insania momentánea.

Alma Pura le escuchaba con el corazón en un puño y tímidamente hizo algunas preguntas sobre la mamá de Oreste, que revelaron sus celos hacia la mujer que había enloquecido y casi llevado al suicidio al hombre que ella había amado y que sólo le pagó con el abandono en su forma más dolorosa, sin ni siquiera un adiós. Pero Oreste no tenía sino la versión parcializada de las tías, que nunca habían podido perdonar la irrupción en sus vidas de ese monstruo que había enamorado a la hermanita menor, candidata a un matrimonio con un hombre de pro, algún médico, la mejor y más prestigiosa de las profesiones, o con un abogado, que fuera cumplidor de sus deberes y que ocupara un lugar destacado en la sociedad, sin descuidar, claro está, sus deberes religiosos, pues sería el que llevaría el estandarte en las procesiones de Corpus Christi, pero su madre aceptó el galanteo de un hombre maduro —que le doblaba la edad— y después del primer beso a través de los barrotes de esas ventanas arrodilladas, sintió que si no se casaba se deshonoraba. A pesar de la revelación familiar —o precisaente a causa de ella— se fugó una mañana del treinta y nueve, año en que se inició la guerra, y se casó en la capilla del seminario, siendo bendecida su

unión por un cura descomplicado de apellido extranjero y odiado eternamente por las tías.

Pero el odio hacia su padre por parte de Minerva y Lira Divina era antiguo y por eso él había tenido que recurrir a la búsqueda de datos, cuya principal fuente fue Petronita Santo Espíritu que a sus noventa años todavía estaba lúcida, aunque también reconoce la ayuda de Agamenón Rosado, que era experto en heráldica, como a veces le gustaba que lo presentaran.

Y allí va su padre, uno de los mellos Antonelli-Colonna, el de la buena voz, trabajando en el coro de la compañía Braccalle que había pasado por Barranquilla en aquellos lejanos años de principios del veinte. Es fácil seguirle la pista, si no a Antonelli-Colonna, sí a Braccalle, empresario famoso que ayuda a un estudioso del tema con la publicación de sus memorias y en las que, lástima, falta la parte que corresponde a Colombia. Pero allí desfilan Hipólito Lázaro, mejor tenor que Caruso según los japy fíu; Marina Ugheti y tutti quanti, sin faltar Titta Ruffo, a quien un viejo verde, confundiéndolo con una diva, le fue a llevar un hermoso ramo de rosas. La escena es de cine cómico: atusada de mostachos, un caminar pavoneante y un toc toc en la puerta suave, delicado e insinuante, y sale un hombre de edad, en calzoncillos, que al ver el caballero con el ramo comprende el disparate y exclama un "Ma che cosa dice, io sono Titta Ruffo il migliore tenore di tutta l'Italia". Todo esto constituyó el mundo del joven Domingo, que ejercía funciones de utilero, tramoyista, extra de todas las funciones y la mejor voz del coro. Y hay que imaginarse esa subida por el río Magdalena de Barranquilla a Bogotá, en esos buques de río, con toda la compañía a bordo, que debían agotar el cupo para pasajeros. Así, durante todo el

trayecto, un capitán enloquecido y una tripulación furiosa veían que la nave se había convertido en un escenario flotante y que los gorgoritos y los do agudos eran el sonido constante desde el alba hasta el anochecer. Pero el utilero, Antonelli-Colonna, tenía que estar pendiente de cuanto cartón pintado que formara parte del escenario estuviera bien envuelto, para que los chubascos del trópico no los dañaran y, aunque aquí no hay ni los monzones ni las lluvias de Ranchipur, también es cierto que las lluvias son más fuertes de lo que se quisiera y menudeaban los resfriados. Por eso es que la gran oportunidad se presentó cuando en Honda montaron una miniópera "avant la lettre" y presentaron Aída, con unas columnas de Luxor liliputienses que sirvieron de escenario y en la que al subir el telón, Domingo Antonelli-Colonna canta un Celeste Aída, ya que el tenor Hipólito Lázaro "está con una gripe que ni se entiende".

El público sorprendido acepta las explicaciones de Bracciale por la no presentación de Lázaro y le da la oportunidad al joven, pero en ese momento éste tiene los ojos inyectados en sangre, y no era para menos; Fadrique Palacio, uno de los del coro, barranquillero para más señas, un filipichín que se les juntó por ganas de aventurar pero que se diga que tiene vocación para la música, nequaquam, le ha gritado: "qué fácil es el ascenso para un hijo de Bratislava Cantillo". ¿Qué me quiso decir?, pero eso no se queda así, y en la escena de la entrada triunfal y mientras el pueblo aclama al faraón, en este caso en realidad dejado a la imaginación del público ya que la música está dada por un gramófono detrás del telón y el rugido de la multitud son los gritos de menos de diez personas también entre bambalinas, de pronto ¿qué hace Radamés con un revólver extemporáneo persiguiendo a ese joven del coro que le

grita angustiado “no me mates Domingo” mientras trata de esconderse detrás de una de las columnas del templo, que rasga el papel que la recubre y deja ver la madera. ¿Será una versión moderna? se preguntan algunos de los espectadores que han leído periódicos europeos que dan noticias sobre las nuevas versiones absolutamente heréticas de las tradicionales óperas. Pero no alcanzan a formularse del todo la pregunta cuando los disparos resuenan y el cuerpo de Fadrique Palacio ha caído en el escenario mientras el joven victimario entrega el revólver a un Bracciale demudado que ha subido al escenario y el coro, mujeres y hombres, irrumpen en alaridos de espanto.

Y así, ante el estupor de Alma Pura, el pasado de su padre se va revelando, la tarde llega y los objetos van perdiendo su contorno y sólo un permítame y le coloco más alpiste al turpial, marca un respiro en la conversación. Pero sólo años después él supo cómo el joven asesinado, Fadrique Palacio, era también su tío, hermano medio de su madre y tías, y que no se diga que esos parentescos no marcan porque aquí en la costa tenemos hermanos legítimos, medios, de crianza y de leche, y todos son de la gran familia; ¡no es difícil de imaginar el estupor de las tías al saber que Cándida Carlota se había casado con nadie menos que con el homicida!

Pero ese hombre espantoso nunca pisó la casa y él, Oreste, tampoco entiende por qué se dice perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, pues para las tías esos padrenuestros repetidos en el rosario diario, miles de veces, se aplican a los otros y no les importa que el Padre Totana les reconvenga en el confesionario sobre su falta de caridad. Más aún, Minerva guarda como un secreto inviolable aquella ocasión cuando

al traer las cenizas de Fadrique de Bogotá a Barranquilla, y mientras allí, en un rincón del camarote, estaba el polvo de lo que en vida había sido una gran promesa, se encuentra en cubierta con el ser más caballeroso que en sus años — ya en esos momentos pasaba de la treintena— recordara. Y aunque el asunto no llegó sino a un galanteo de besamanos y a la complicidad de sentarse juntos en la mesa del comedor y observar los demás pasajeros para luego hacer irónicos comentarios, nunca revelación alguna causó tanta conmoción como cuando Minerva Simeona Palacio supo que el galán respondía al nombre de Domingo Antonelli-Colonna.

Sólo después, y cuando se había casado con Cándida Carlota, Domingo entendió el parentesco de la solterona Minerva con el muerto Fadrique y el por qué ese cambio feroz en el barco que lo dejó caviloso y molesto la última semana de viaje. Pero si en él fue tan sólo una incomodidad, en la mujer fue una tragedia de proporciones cósmicas. Y un Oreste despistado nunca entendió ese papel amarillento que voló al abrir un baúl en el cuarto de San Alejo, y que leyó distraído, botándolo al darse cuenta de que era tan sólo un mal soneto que empezaba “Yo conocí un caballero”, pues Minerva, como Emily Dickinson, cultivaba el verso, con perdón de la comparación.

Hay, sí, una falla en las confidencias. Ni Alma Pura ni Oreste llegan a llenar el vacío de los diez años anteriores a su matrimonio con Cándida Carlota. Al salir de la casa con un gran abrazo de Alma Pura, la cual le dijo cariñosamente que la considerara la madre que ya no tenía, Oreste pensó en la confusa figura de su padre; su muerte, sin embargo, cambió la línea de sucesión de la casa, y así su abuela — que al parecer no sabía de la existencia de Alma Pura ni de

Zaira—, lo designó único heredero. “Sólo yo soporto el peso de esa casa, que al final no es sino sepultura rasa” ¿de quién carajo era ese poema?

CAPITULO IX

UNA DISCUTIBLE CONDESA, UNA HERENCIA SEGURA

Años después, cuando Bratislava había podido construir su mansión y era una viuda temida y no muy respetable, pudo reconstruir esos dieciocho meses en los que Amadeo la había abandonado. En una larga conversación con Castor y Pólux Grande, los hermanos gemelos de Calleja, archienemigos en la guerra de los Mil Días, ahora prósperos socios en el contrabando de ganado y asiduos clientes de "Villa Bratislava", develó largos períodos de la vida de su esposo.

Pero los gemelos ahítos de champaña y langosta a lo "Drake", la especialidad de la casa, no podían hablar de ese incendio interior con que Amadeo llegó de nuevo a esa Barranquilla sosegada a pesar de la guerra que se libraba a su alrededor. Para el italiano su propósito era irse para siempre y poner un continente de por medio entre él y Bratislava. Pero ¿volver a Italia a tocar puertas, la primera la de Cobianchi, para conseguir un empleo y vivir una vida mediocre? ¿Terminar de profesor de idiomas de la aristocracia romana? ¿Volver a ver todas esas mujeres blancas, lechosas, desabridas? Todo cambiaría con dinero. Irse a una isla del Caribe a disfrutar de los cuerpos cimbreantes de las negras. (Se estremeció ante el recuerdo de la cintura huidiza de Bratislava). Cuando cavilaba en el

camellón Abello, alguien se le acercó y lo saludó con un asombrado: Mister Woolford, ¿usted aquí?

Enfrente estaba la figura inconfundible de Abraham Zacarías López Penha. No supo al principio qué actitud tomar, pero la cordialidad del saludo le hizo aceptar su invitación a tomar un trago y dialogar.

En una explicación no pedida el sefardita habló del muerto en la riña callejera. Era, además de notorio comerciante, un tenorio local. Había sido asesinado por un marido celoso, y no, como se había dicho, por peleas entre las dos ramas en que se había dividido el teosofismo local. Lo que pasaba era que el párroco de San Nicolás, otro Torquemada, no perdía la oportunidad de emprender cruzadas contra todo lo que no fuera de su ortodoxia, pero se fregaría pues esta ciudad no era ni hidalga ni hispánica, como sus vecinas, sino pujante y tolerante, además todos los principales comerciantes eran o teósofos o espiritistas, y a propósito, ¿es usted el enviado o no?

Ante el silencio prudente, prosiguió: “No le insisto más en la pregunta, pero ¿no era singular que él fuera el único en contestar la contraseña? Esa dama de negro, una de las náufragas, gringa para más señas que decía llamarse Intensity Gable y que no salía sino de noche, se había introducido dentro de la Sociedad Teosófica local. Allí había dicho ser íntima amiga de Helena Petrovna Blavastky. A él no le había convencido pues no tenía el saber de una verdadera “iniciada”. De todos modos, sí estaban esperando un enviado ¿no lo es usted, verdad? para que diera su fallo sobre su controvertido libro ‘La Desposada de una Sombra’; si no llegó fue porque alguien debió haber usurpado su personalidad o robado sus papeles...”

Amadeo recordó a Intensity y se la imaginó de pronto en un sillón alto de rojo peluche, vestida con un peplo o algo clásico y con una antorcha en el brazo derecho ahuyentando el corazón de las tinieblas. La ciudad no era tan fenicia, ¡daba también para temas de folletín!

Pero en ese momento el sefardita estaba hablándole de algo que no tenía nada que ver con el ocultismo, pues si estaba oyendo bien, le estaba proponiendo el negocio de contrabando de armas. Negocio ilegal, pero productivo como ninguno.

— ¿Se arriesgaría?, le preguntó con ansiedad. Tenía los contactos en Curazao y Riohacha.

Amadeo estaba oyendo lo que quería: dinero fácil, rápido y abundante. Y fue así como otra vez, y sin tener mucha claridad de lo que hacía, estaba viajando hacia un lugar que desconocía en absoluto y en un negocio en que ignoraba todas las reglas, salvo el que debía ser “muy cojonudo”, expresión con que lo despidió el Sefardita antes de embarcarse para Curazao. En la isla, la transacción transcurrió sin accidentes. Sin embargo esa noche, cuando caminaba cerca a la playa, oyó que alguien lo llamaba entre sorprendido y feliz, ¿Amadeo? y un Mizuno gordo, orondo, con cara de tendero, nada que recordara al atildado pianista, lo estaba abrazando y dándole golpes afectuosos en la espalda. La etiqueta oriental había quedado atrás.

Ya sentados, y tomando un ron local, se contaron sus vidas desde la época de Panamá. El japonés había abandonado el piano y era tan sólo un dependiente en el almacén de un compatriota. “El robo de mi ópera acabó mi vida”, expresó compungido. En cualquier momento se sentó

en el piano del local y Amadeo volvió a oír el tema deslumbrante de esa habanera que terminaba con un ritmo caribeño. Por supuesto que él conocía el tema, más aún, tenía la partitura de Azzali en algún baúl. "¿Esa aria es tuya, Mizuno?"

La última imagen que tuvo del japonés fue cuando ebrio se peleaba con los guardas de un burdel que, por lo avanzado de la hora, no lo dejaban entrar.

El regreso hasta Bahía Hondita se inició sin contratiempos, pero a unas pocas millas del sitio les salió al paso la cañonera "Nelly Gazan". Aunque no tenía escrúpulos en venderle las armas a cualquiera de los bandos, si los de la marina del gobierno abordaban "La traviata", decomisarían la mercancía y lo enviarían a prisión.

Dio un giro y aprovechando la mayor velocidad de su goleta, logró escapar en una acción casi imposible. Fondearon en una bahía sin nombre y descargaron las armas. ¿Ahora qué hacer?, se preguntaba mientras, con los diez hombres contratados, esperaba en cualquier momento un ataque de los wayúus. "Ah, ¡quién estuviera en la Scala!", se dijo mientras parapetado detrás de una de las cajas, esperaba que esa polvareda que veía venir por el desierto se disipara y le revelara el número de enemigos a combatir. Para su sorpresa, los indios se detuvieron a una distancia prudente y mandaron un parlamentario con una bandera blanca. El hombre, repugnante por su ictiosis que le había poblado de escamas todo el cuerpo, resultó ser el sanguinario José Dolores, famoso por haber cambiado del bando de su compadre Castor Grande, jefe de una guerrilla liberal, al de su otro compadre Pólux Grande, general conservador.

El indígena llegó extrañamente con ánimo conciliador dispuesto a pagar el precio que se pidiera por las armas; para eso presentaba unos papeles de cambio del general Pólux. Después de parlamentar, se fueron en una caravana hasta Marayamana, una ranchería con una iglesia abandonada, y allí, en un descuido, José Dolores dio la orden de quitarles todas sus pertenencias y fusilarlos. Amadeo, con su rostro más impasible, le explicó cómo al matarlo nunca podría utilizar las armas, pues a todas les faltaba una pieza esencial que él les había quitado y escondido "precisamente porque sabía que iba a encontrarme con gente como usted". El cacique aceptó que esta vez había perdido y, cambiando de actitud, no sólo los acompañó hasta Riohacha donde les pagaron, sino que le presentó al general Pólux Grande, "Podría fusilarlo, pero lo necesito", fue el saludo del militar.

Abierto el camino, en los tres viajes siguientes proveyó, no sin sentir escrúpulos, de armas modernas a los conservadores. Más adelante, y con un mayor conocimiento del negocio, empezó a comerciar con los dos bandos.

En las historias de la batalla de Carazúa, donde según la historia oficial fue vencida la coalición de la masonería colombo-venezolana, aparecen muchos nombres italianos, un viejo eco garibaldino, entre los liberales del "Ejército Restaurador del Atlántico". También hay italianos entre el "Cuerpo Sagrado", un destacamento venezolano enviado por el dictador liberal Cipriano Castro, en ayuda de sus correligionarios en Colombia. En un acta del general Castillo, el liberal vencido, se menciona a un italiano Antonelli que les proporcionó unos rifles Klopicher y cuatro cañones de tiro rápido. El vendedor exigió que fueran pagadas con libras esterlinas a lo que se accedió con una

letra de cambio aceptada por un banco en Curazao. Curiosamente, en los informes del general Alban conservador aparece el apellido López Penha como el del comerciante de armas que le proporcionó una ametralladora norteamericana marca Garner Patent. Cuando siete meses después de esa batalla, —que se había creído decisiva en la derrota de los liberales—, éstos de nuevo, dirigidos por el general Castillo más los hombres de Mamerto Soto, un guerrillero liberal, se tomaron a Rihacha en un golpe de mano, aparece un japonés de apellido Mizuno proveyendo a las tropas con armas traídas por la goleta “La Traviata”, que como de costumbre, había burlado de nuevo a la “Nelly Gazan”.

¿Por qué Amadeo, convertido en un próspero comerciante y domiciliado en Curazao, decidió regresar a Ciénaga a buscarla? Bratislava sabía desde el principio que ese conde necesitaba abreviar en oscuras zonas del deseo que tan sólo ella le proporcionaba. Pero ese hombre estaba hasta el final recubierto de una mentira, porque ¿cómo se explicaba que agonizando, cuando sentados bajo un higuerón mientras las torres de la catedral de Maracaibo se divisaban a lo lejos, él, preso de la fiebre repetía una y otra vez un nombre: “Taitú, Taitú”?

En la ciudad, y mientras lo atendía un médico, ella decidió tener al menos una certeza y por eso consiguió que el juez Benedicto, después de cobrar —que todo es con plata— les leyera los artículos del código civil sobre las obligaciones de marido y mujer antes de declararlos casados por la ley venezolana. Al final se acercó a besar a la novia, que accedió. Le simpatizaba ese hombre gordo con manchas de grasa en la corbata, con un saco que alguna vez fuera blanco, con un tufo demoledor y un grajo de muerte, pero que transpiraba bondad.

Para que no hubiera dudas, en esas mismas veinticuatro horas convenció al párroco de la catedral, Serafín de Urbaneja, de que si no la casaba con el italiano éste moriría en pecado. Y así el matrimonio fue ascendido a sacramento, en el que el anillo de Amadeo se resbalaba por su flacura. Al terminar la ceremonia al lado del lecho del moribundo, Bratislava tenía presente que lo que unía Dios no podía deshacerlo el hombre. La única felicitación fue dada por el médico, que le advirtió que el enfermo no pasaría de las veinticuatro horas.

Sólo dos años después de la terminación de la guerra y cuando, —conforme a lo vaticinado por Amadeo—, Panamá se había separado de Colombia, Bratislava regresó a Riohacha. Los gemelos eran grandes, fuertes y salvajes. Los dejó con Calleja Grande; ya vería más adelante. Por lo pronto, siguió a Barranquilla a cobrar algunas cuentas heredadas. López Penha fue amable y franco. Tenía un dinerillo, pero no era una viuda rica, tendría que moverlo, ¿no le gustaría ser su socia en su nuevo negocio? Iba a dar cine en el patio de su casa. Un negocio legal y seguro. Nunca haría negocios con este hombre, pensó Bratislava mortificada por el disimulado manoseo a que era sometida. Salió de la casa con expresión digna y apretando el bolso.

La compra de la casa de pretenciosa arquitectura, un tanto descuidada desde que su dueño, el ex-cónsul austriaco, había tenido que renunciar debido al escándalo —por ser encontrado disfrazado de la Sultana Zafiche mientras les cantaba en falsete a cuatro morochos desnudos—, tuvo su pequeña historia.

El aviso de venta aparecido en "Mignon", un periódico publicado íntegramente en francés y de circulación

restringida, tenía algunas señales crípticas que al parecer no fueron recogidas porque al presentarse Bratislava, el encargado en la agencia vendedora —que estuvo misterioso y lacónico todo el tiempo— cambió de actitud cuando ella empezó a tararear la obertura de “El murciélago”. Supo de inmediato que había atinado en algún santo y seña, pero no iba a averiguar de quiénes. Firmó el contrato.

Al principio había puesto un restaurante sin pretensiones, pero la clientela de caballeros maduros y damitas jóvenes con algún pasado le empezaron a dar su fisonomía. “Me lo van putear”, pensaba en una duda nada cartesiana, cuando llegaron los dos italianos más destacados en la ciudad. Uno era el cónsul Giacometto, a quien nunca había visto antes en el negocio, y el otro era el comendatore Luigi D’Achiardi, un cliente habitual y director de una orquesta sinfónica compuesta por albas y escuálidas damitas de sociedad. Venían graves, solemnes y vestidos de gran parada. Le leyeron un documento por el cual, ¡sorpresa! declaraban a Amadeo persona con grandes servicios prestados al reino de Italia y le daban una medalla de oro con la efigie de Caterina Sforza (¿Ésta no fue la que se alzó la bata y les mostró el sexo a las tropas que se iban a tomar el castillo? ¿Qué carajo me querrán decir?, pero a un lado malos pensamientos que aquí viene lo bueno: ¡una pensión como viuda de un caído en batalla, guauuu!)

Brindis, besos de mano, pellizquitos audaces del comendatore, pero lo que hizo imborrable ese día fue que también, por primera y última vez, oyó a alguien, esta vez al cónsul Giacometto, decirle al despedirse:

¡Hasta la vista, señora condesa!

CAPITULO X

ORESTE

(5)

La vio por primera vez de niña el mismo día de su encuentro con Alma Pura, pero ella no había atendido los llamados de su madre para venir a saludarlo y por eso tan sólo tenía una fugaz imagen de una ninfeta corriendo por las escaleras. Zaira Montalcino Antonelli-Colonna, bautizada así en honor de una soprano coloratura ídolo de su padre, había marcado un antes y un después.

Recuerda en forma nítida esa tarde, después de una lluvia torrencial, en que veía pasar el Arroyo de Felicidad arrastrando automóviles, colchones y estatuas decapitadas de los próceres locales —vaya uno a saber las formas que adopta el descontento—, y al aparecer un sol amarillento, tan sólo un armisticio con el atardecer, alguien golpeó el llamador de bronce con figura de león trasnochado de la puerta principal. Al abrirle sólo dijo, mientras depositaba media docena de maletas en el centro del salón, “Soy Zaira”. Se rio ante ese asalto y oyó el rezongo inconforme de Fortunación. Habría problemas en el futuro.

Pero eso que llaman los malos escritores “bocanadas de aire fresco” sí penetró hasta los últimos resquicios de la casa, que se estremeció después de veinte años de una rutina aplastante. Zaira empezó practicando sus estudios

de decoración hechos en el “Sans Façon”, un rancio colegio del viejo Bogotá, donde también había estudiado Alma Pura, (que las tradiciones son para perpetuarlas). A “Villa Bratislava” había que conservarla, salvarla de la piqueta demoledora, de la que no se había podido escapar la mansión de los De Mares, un Postdam del trópico arrasado por el ensanche.

Fue en esa época en que le invirtió mucho dinero a la Villa, la cual daba signos de decrepitud. Su presupuesto, medido, disciplinado, manejado centavo a centavo durante décadas, explotó. Si no hubiera sido por un préstamo salvador de Agamenón Rosado hubiera tenido que, ¡inimaginable!, alquilar piezas con todas las consecuencias de la intimidad perdida. Además, ellos (pensaba en Fortunación, Usnavy y él) no eran exactamente el modelo de lo común y corriente. Aceptaba que era una “*rara avis*” no muy grande pero rara al fin de cuentas, ¿acaso ignoraba que los vecinos, cero en geografía, los apodaban los vampiros de Bratislava? Pero Zaira quería hacer una especie de pequeño museo de la ciudad y contar cómo era la vida galante a principios de siglo. Aún más: el precio módico de la boleta daría para su mantenimiento y hasta de pronto ganancias. Sólo a ella se le podía ocurrir que él iba a poner en evidencia la vida agitada de la abuela, cuando en los últimos veinte años no había hecho otra cosa sino tratar de borrar los rastros y que la gente la olvidara. En cuanto a él, ya le había llegado la hora de sacar vientre y asumir un rol digno. Ni más faltaba que vinieran a hurgar en la vida de los abuelos. Fue el primer aldabonazo de las dificultades que tendría con ella y ese comercio de complicidades, riñas y reconciliaciones en que se habían pasado todos estos últimos años.

Pero ella no se dio por vencida y con la ayuda de Rosita

Marrero, una periodista de "La Prensa", planeó escribir una historia de la vida nocturna de Barranquilla, cuyo título sería "Entre lo Chévere y lo Barroco". Al final de cuentas todo lo que hizo fueron apuntes que quedaron regados en las gavetas de los escritorios, consolas, bargueños, mostradores y saibós de la casa. Con la periodista entrevistaron a varios ancianos, entre ellos a Diógenes Pitón, un recursivo abogado asesor de la Yunai a quien los gringos habían apodado el "Clarence Dawson del Caribe", que les contó con todos los detalles la rivalidad entre la abuela Bratislava y la Negra Eufemia, esta última mundialmente conocida porque García Marquez mencionaba los patios con alcaravanes de su burdel. Pitón lo que recordaba era una mujer, no negra, cobriza, que lucía una especie de peinado de monja sin toca, el mismo que usaba en Semana Santa cuando iba a visitar monumentos, mientras arrodillada en el reclinatorio que con su nombre tenía en la iglesia de San Nicolás, presidía los rezos de sus pupilas, que vestidas rigurosamente de negro y con todas las joyas puestas — regalos de los admiradores contrabandistas de Curazao y la Guajira— lograban transformar esa ala de la iglesia en un verdadero cielo constelado con sus destellos dorados. Pero la negra ya tendrá sus biógrafos que seguramente la dibujarán en la portada del libro sentada detrás del escritorio alto, observando, con su mirada fría de tiburón, todos los movimientos de la sala. Demóstenes, sin embargo, sí tiene un buen recuerdo de Bratislava, a quien a veces dentro de la conversación se refiere como la "signora Comtessa" con un dejo de picardía. Tenían su código de señales porque en realidad, puntualiza, "Villa Bratislava" nunca fue un burdel, sino un "rendez-vous" galante con un restaurante de comida italiana como parapeto. Y así, cuando él llamaba por teléfono a "la mansión" —como la denominaba— y preguntaba si había floreros, su libido se

enardecía cuando desde el otro lado de la línea la abuela, celestina al fin, contestaba “te tengo una terracota nubia”, lo que indicaba que una morocha con unas nalgas calopígicas iba a hacer su debut. Pero el diamante “Piedra Lunar”, o como carajo se llame, que lo que interesa es la fuerza de la metáfora, en la mansión de la época —estoy hablando a finales de los veinte— era “La Greta”. Vivía en la leyenda desde su aparición, cuando se bajó con sus cien baúles en Puerto Colombia, de un paquebote francés huyéndole a un capitán que la hacía objeto de un acoso sexual. En el hotel “Esperia” causó sensación. Claro, —dice el abogado— que su apodo no era porque se pareciera a Marlene Dietrich. En el puerto, que se creía cosmopolita, logró escandalizar por su voraz apetito por los estibadores negros y fornidos, de los que hay que decir en su favor que nunca se negaron. Cuando le empezó a faltar el dinero, pagó con ropa. Y ése es el momento —que registra un álbum, tesoro que se extrajo de un baúl de Bratislava— en donde las porteñas parecían salidas de la revista Vogue. Una foto mostraba a doña Victoria, la dueña del granero “El Molino Verde”, luciendo un sombrero con plumas lloronas que ya quisieran lucirlas las infantas de España. En la otra Serafina y Petronita, las hijas del carnicero de “La Vaca Astronómica”, se mostraban con un par de sombreritos Lindbergh, el furor del momento en Nueva York. Y la que muestra a Yubirna, la vendedora de cigarrillos egipcios en “Moros en la Costa”, con un par de zapatos de cuero de cocodrilo y tacones de plata, algo que exhibían en el mismo instante las modelos de Max y Grunwaldt en las pasarelas de París. O la ropa se acabó, o “La Greta” se dio cuenta de que había otras formas más eficaces de conseguir dinero; el asunto es que por esas fechas apareció en los salones de “Villa Bratislava”.

Miguel de la Estrella y Alba, director del museo de la ciudad, ayudó también a la investigación proporcionando una copia de la única fotografía que se conservaba de "La Greta", ya muy borrosa. Tenía un peplo, evocación de Grecia, que por la forma elegante y de mucho mundo con que lo vestía indicaba el porqué de su éxito. Por lo pronto, por su causa hubo muchos matrimonios deshechos, el suicidio de un gerente de banco y el asesinato del director de "El Rigoletto" en un palco del Teatro Colombia, a manos de un poeta ofendido porque no le había publicado los versos dedicados a ella. "Los versos eran malísimos", anotó el director del museo. Pero cuando por su culpa, Federico Maximiliano Mattarazzo, hijo de unos magnates brasileros se accidentó en su Hispano-Suiza y murió en el acto mientras la malvada Greta salió ilesa, el rugido de las fuerzas vivas de la ciudad se dejó sentir y a la abuela Bratislava no le tocó otra cosa que no invitarla más a sus saraos. La clientela mermó mucho y ni siquiera los bailes de "Férica Constelación", que a semejanza de los de Londres, consistían en que cada una de las parejas llevaba sus audífonos así que cada cual bailaba un ritmo distinto, logró revivir el esplendor de "Villa Bratislava". Don Miguel deja, a su vez, la inquietud, cuando mostrando un viejo ejemplar de "La Prensa" en el que se hablaba del allanamiento del restaurante chino "Sueños de Loto", en realidad un fumadero de opio, se ve una foto en primera página de una mujer que esconde la cara. ¿Es la Greta, como él lo insinúa? El personaje se puso más de presente cuando los insondables y siempre asombrosos baúles de la abuela arrojaron batas chinas, kimonos japoneses, sombrillas y abanicos en una parafernalia amarilla insólita. Entonces se dio paso a la memoria de Fortunación Retamozo, quien contó cómo esos vestidos también eran de la Greta, que se los retuvo la abuela por algún asunto de deudas, aunque aclara que apenas tenía

doce años cuando sucedieron esas cosas. Fue entonces cuando a la abuela se le metió el tema de montar un burlesque con tema japonés; ya tenía el vestuario, pero no encontró quien le compusiera algo igual a lo que tenía en la cabeza, que era una combinación de Madame Butterfly, el Mikado y el Leitmotiv del "Helado de Leche". El profesor Emirto de Lima, a pesar de haber estudiado en el conservatorio de París con Vicent D'Indy, de haber visto en un palco de la Scala de Milán a Giacomo Puccini y de haber sido colega en Bellas Artes de Santa Marta de Gabriel Angulo, el del helado, le salió al cabo de las mil y quinientas con una opereta esmirriada llena de aires de guabinas de quinta y que la abuela se negó a pagar. Al final los vestidos le sirvieron por casi un lustro pues en la Villa se celebró todos los lunes de carnaval un exitoso baile de atmósfera extremoriental titulado, ¡cómo podría ser de otra manera!, "Noche de Luna Pálida".

Entre las anécdotas de esas rumbas estaba la presencia de un verdadero "onnagata", o sea Mangiku, un actor que en Tokio había sido un total éxito en el papel de Princesa de las Nieves, un clásico del Kabuki. "¿Y por qué estaba allí?, no me lo pregunten, pero lo que sí sé es que nos demostró a base de mímica los cerezos en flor, los saltos del agua y el resplandeciente pabellón de Oro, pero aclaro que a mí me pareció lo más marica que había visto en mi vida", remata en su charla Fortunación.

¿Quién dijo miedo?. Fue entonces cuando Zaira decidió montar un burlesque con los de la casa como actores. La música sería la de "El Mikado" que ella había presentado con un grupo de condiscípulos cuando perfeccionó su inglés en una universidad de Colorado. No hubo excusa:

¿ante quién vamos a representar?, vamos a hacer el ridículo, no me alcanza la plata. Nada. Como recibió el apoyo de Fortunación, "C'est que j'aime le théâtre, tu sais", no retrocedió. Fueron semanas de ensayos, de medirse kimonos que Usnavy, en su vieja Singer, adaptaba; de horas viendo "Rashomon" y "Los Siete Samurais" en uno de los primeros betamaxes que llegaron a la ciudad, y que él pagó con lágrimas de sangre, más estudios y explicaciones sobre el teatro Nô que Doku, un nisei, les dio. Leyeron los cuentos de Isé y Zaira tradujo apartes de la versión inglesa del Príncipe Genji.

A la representación en el salón Amadeo fueron unos cuantos vecinos en los que se adivinaba una curiosidad malsana por penetrar en los secretos de la casa. Todo concluyó en lo que Fortunación con tino definió como una Japonecedad. Lo más destacable, no obstante, fue que en el momento en que él debía cantar "Las Flores que estallan en la Primavera", un aria banal, desde el fondo de la memoria surgió aquella melodía, el aria cumbre de "Escándalo en la Pensión Inglesa", tema que le había oído a la abuela tararear y medio cantar pues no se sabía del todo la letra, y que le había impregnado el inconsciente. Y así, cuando empezó a cantarla, fue como un momento mágico de esos de "detente eres tan bello", pues todo el mundo quedó alelado; ésa es la palabra exacta. No pudo, sin embargo, complacer los requerimientos de cantarla otra vez, porque así como vino desapareció. Lo peor fue que en la grabadora, en ese preciso instante, se había terminado la cinta del cassette. Todos quedaron con la sensación de que algo maravilloso e irreplicable había ocurrido.

Oreste se confiesa que nunca fue tan feliz como en esos días.

...

Tal vez fue que tan sólo se había visto el lado luminoso de Zaira, pues cuando se terminó “el esplendor sobre la hierba y la gloria de la flor” (al citar esos versos no pensaba en el poeta inglés, sino en una película con Natalie Wood) apareció la arpía. Primero surgió Aquiles Uriana en el escenario. No sabía nada de él, salvo que un libro “Del Mito Genuino al Mito Técnico”, de ésos que ella leía y que a él lo dejaban un tanto sorprendido, se lo había regalado ese personaje de apellido guajiro.

A menos de un mes de la representación de la opereta, y cuando se hablaba de aprovechar el material y utilizaría para montar un salón de belleza con ambiente japonés en una de las piezas que tenían salida a la calle y bautizarlo, obvio, como “El Mikado”, llegó la carta que desató gritos de desesperación en Zaira. Fue entonces cuando, en medio de sollozos, —que Oreste escuchó sorprendiéndose de tener unos celos crecientes— ella le contó la historia de sus amores con este ingeniero de minas a quien conoció en Norteamérica, en la misma época en que tenía un intenso romance con un tramoyista de uno de los teatros Off Broadway.

Pero la historia de Aquiles, un hombre de mirada triste, compatriota además, le enterneció. Y fue así como en una cafetería en una otoñal Nueva York, surgió esta nueva pasión que opacó las anteriores. Era un hombre sensible, no sólo era un buen profesional —había sido mandado a especializarse por la compañía carbonífera en la que trabajaba—, sino que también amaba la música. Por eso decidió en sus ratos libres, pocos la verdad, estudiar piano

en el instituto de música de Madame Retat, una discípula de Casadesus. Y ahí comenzó el drama. Una de las compañeras de estudio resultó ser también colombiana, de la capital musical del país. Todo era estupendo en Omaira, así se llamaba, salvo que sus ojos — de un azul precioso— no respondían a las miradas porque estaba casi ciega; una tara de familia al parecer. Fueron grandes amigos, cuando paseaban juntos y se sentaban frente al Hudson, ella le decía cómo era el olor de la tarde y él le leía a Borges. El resultado fue que en ella se desató un inmenso amor por él, como sólo saben hacerlo las mujeres solitarias e inválidas. Cualquiera día, ella cayó en una grave enfermedad que le dejaba pocas esperanzas de vida. Fue entonces cuando, en el momento de administrarle la extremaunción, manifestó su último deseo: casarse con Aquiles "in articulo mortis". Un favor tan sólo, debió pensar el ingeniero guajiro, y accedió. Y así se realizaron tanto el matrimonio civil como el católico, en olor a cloroformo. Pero las propiedades taumatúrgicas del anillo nupcial eran insospechadas; a la quincena Omaira caminaba feliz con su bastón blanco en el pequeño apartamento y Aquiles en el sofá, fumando desesperadamente, pensaba en las sorpresas que deparaba la vida. Las cosas se complicaron cuando Omaira tuvo mellizas y Aquiles todavía temblaba al recordar cómo cuando la enfermera, al pasar una luz frente a los ojos de las recién nacidas, exclamó conturbada: "son ciegas". Aquiles abandonó a su esposa y no la volvió a ver, se limitaba sólo a enviarle dinero. La ciega regresó a Bogotá.

En ese momento Zaira empezó a entender porqué sentía puyazos en todo el cuerpo y Oreste, que la acompañó al médico, le oyó decir que había encontrado decenas de agujas dentro del cuerpo, insólito, ¿tal vez brujería?

Todo su racionalismo, fruto de la lectura de los iluministas, quedó en entredicho. Y así acompañó a Zaira donde una bruja cienaguera, Yaneth Arévalo, discípula de la Diva Zahibi, la célebre mentalista azteca de los años cuarenta, la que le dijo que era víctima de un maleficio proporcionado por un mujer ciega que clavaba agujas en una imagen suya. Entre dudas y sintiéndose ridículo, la acompañó a los rituales de “la contra” y fue así como tuvo que dar vueltas con una gallina dentro de un saco alrededor de una columna de la iglesia de San Nicolás mientras rezaba diez padrenuestros; la gallina cloqueaba, las beatas lo miraban con estupor y las mejillas se le ponían escarlatas por el rubor. Los puyazos sólo desaparecieron del todo cuando Zaira decidió regresar a Norteamérica y poner un continente de por medio con el maleficio.

También llegaron señales de alarma. ¿Cómo fue eso —se preguntaba— de haber sido citado a un juzgado para hacer revivir una hipoteca sobre “Villa Bratislava”? Era una vieja deuda de su abuela con Greta y que estaba respaldada con una carga sobre la casa. De todos modos ya el tiempo había trabajado a su favor. El demandante, un tal Marcial de Mier, un desconocido, era un hombre de papel, un testaferro sin duda. Más aún, en su defensa Diógenes Pitón demostró que ya esa deuda había sido condonada. Fue entonces cuando Oreste entendió, treinta años después, la insistencia de la abuela para que fuera, con Fortunación y Usnavy, al entierro de esa vieja indigente, drogadicta, muerta entre harapos y basura. En la ceremonia, pagada con seguridad por Bratislava, se encontraban el director del museo, el abogado Pitón y él en representación de la inocencia. Cuando al volver del funeral, lleno de vergüenza y rabia, le reclamó a la abuela; ésta, acostada y con mascarilla de vegetales en el rostro, se limitó a contestarle:

“Algún día comprenderás y me lo agradecerás”.

Sólo ahora —¿por qué era tan cándido?— entendía la insistencia de Zaira en buscar datos de “la Greta”; algo debía saber sobre esa hipoteca y desde siempre quiso traicionarlo. Lo que sí no supo, y ése es un dato arrojado desde el fondo del baúl, era que el verdadero nombre de la vieja viciosa era el de Francis Woolf, como aparecía en el rótulo de esas viejas cartas amarillas y en las que un Mr. Tambs, su apoderado, le exigía que regresara a cumplir sus contratos en Hollywood donde era imprescindible en las escenas peligrosas como doble de Greta Garbo.

También sabe ahora que al revelarse todo esto, murió Zaira Antonelli-Colonna, su hermana, y después siguió otra persona, con su mismo cuerpo, su misma alma tal vez, llamándose como ella y actuando como ella, pero que no tenía nada que ver con la Zaira que él había amado casi incestuosamente.

CAPITULO XI

MEMENTO MORI, ¡QUE VAINA!

Bratislava tenía plena conciencia de que su status era la casa. Lugar que había agrandado, embellecido, decorado día a día. Sin proponérselo, se había convertido en un rendez-vous galante, de los pocos en esa ciudad remilgada y melindrosa donde el aspaviento de las señoras hacía la ley. Entendió desde el principio que toda ciudad necesita de esos sitios que los guardianes del orden moral llaman "equívocos" y que, en su caso, nunca estuvo mejor aplicado porque los primeros años fueron de una indecisión permanente. A veces y por largas temporadas, Bratislava cerraba el sitio porque le daban crisis de respetabilidad. Quería ser aceptada en una ciudad que ya le había asignado su lugar; por eso, y cuando estaba pensando seriamente en vender la casa para dedicarse a la compra y venta de ganado, se presentó providencialmente "don Roberto".

El inglés era un personaje conocidísimo en su país, miembro de la Cámara de los Comunes y defensor de ideas de un socialismo fabiano. Viajero, había recorrido toda Suramérica, sobre todo el cono sur. Por último, sus libros de historia le habían afianzado una reputación de personaje fuera de serie. Pero en la ciudad sólo era un comerciante de ganado que había recorrido en los meses anteriores la región del Sinú.

El viejo era de una cortesía exquisita, así que Bratislava no dudó en arrendarle la pieza desocupada del fondo. Aunque dijo que venía a quedarse tan sólo quince días, "el lord o la puñetera vaina que sea" se quedó más de seis meses. Tiempo en que Bratislava pasó sin pensarlo, de discípula a amante apasionada. Indudablemente la admiración por el viejo se desataba después de que se le oyeran las primeras palabras. Era el mejor conversador que se había dado en la tierra y desde sus correrías por las pampas argentinas o los llanos venezolanos hasta su estadía en la cárcel por defensor de la jornada de las ocho horas, todo era de un interés tan creciente que hacía que el círculo de oyentes siempre terminara agrandándose a su alrededor. Los clientes que llegaban haciendo alarde de conocer a fondo la cría de ganado y de compartir el entusiasmo por montar un packing house en uno de los puertos del litoral, terminaban embobados oyendo las correrías de don Roberto con Buffalo Bill y sus largas historias de gauchos taciturnos y vengativos que no daban mucho valor a sus vidas y menos a las ajenas. Los notables empezaron a volver al negocio nuevamente para furia de las matronas emblemáticas y del párroco de San Nicolás. El anochecer los sorprendía viendo "los elusivos matices del crepúsculo reflejados en los glúteos voluptuosos de una 'Venus Calopigia'", como escribió un poeta modernista en el "Rigoletto".

Aunque Bratislava dudó muchas veces antes de acostarse con él, al final y después de un estudiado encuentro en el corredor con frases entrecortadas que revelaban el deseo, terminaron en la pieza de ella en la que don Roberto demostró cómo había sometido entre sus piernas a las yeguas más bravas de la pampa.

Fue en una de esas noches de rodeo cuando Bratislava le

confesó su intención de vender la casa, y fue entonces cuando el viejo, con toda la respetabilidad británica de manifiesto, le dijo que ella le recordaba "la enfermedad verde" de las señoras victorianas que se morían de estreñimiento por no soltar un pedo en público. "Resuélvete de una vez en hacer de esto lo que todo el mundo quiere, un burdel elegante", concluyó.

Así fue como Villa Bratislava no fue vendida, sino que se convirtió en uno de los sitios de referencia de la ciudad. Fue para esa época que Bratislava decoró sus habitaciones con grandes óleos de temas chinos, con imágenes de consentidas cortesanías y fondo de campesinos descontentos. Mencionaba cómo para Hui Tsung las peores desgracias para una persona eran la pérdida de la juventud por una educación falsa, la profanación de las mejores pinturas al exponerlas a miradas vulgares y la perversión del té manipulado por unas manos inexpertas. "Seremos putas, pero las más finas y las más caras", dijo de ahí en adelante a todo el que quisiera oírlo. En uno de esos días de asunción del oficio, encontró a don Roberto conversando con el catalán Vinyes, dueño de una librería y que nunca había visitado antes el lugar. Por la mirada que le dirigió se dio cuenta de que no le interesaban las mujeres. El viejo inglés después le mostró lo que le había dado para que publicara en una revista literaria. Era un cuento sobre el cadáver de un extranjero desconocido, un escrito desolado y triste. "Es lo mejor que te he leído", le dijo a un don Roberto que lo miró sorprendido. "No sabía que eras una experta en literatura", le dijo. "Ignoras muchas cosas más", fue su respuesta.

En cierta forma podía decirse que era feliz. Pero llegó la tragedia. El otro gemelo, Guido Protacio, que siempre había

querido permanecer al lado de Calleja Grande, se apareció cualquier día en la villa. Estaba huyendo de una india celosa que le había dado un brebaje cuyos efectos desconocía, pero que, por lo pronto, lo hacía sentirse muy enfermo. A pesar de las atenciones del doctor De Vivo, la enfermedad se desarrolló. Primero, y en cuestión de horas, su voz atemorada —que había lucido en las sesiones solemnes del colegio de los capuchinos en Riohacha— se convirtió en la aflautada de un contratenor. El enfermo se alarmó tanto que se negaba a hablar. Don Roberto, en una visita a su alcoba, quiso meterle humor al asunto: “la cosa no es tan grave, después de todo la voz de contratenor es muy cotizada... piensa en los millones y la fama de los castrati” y paso seguido mencionó a Farinelli, Menicuccio, Porporino, Carestini, Marchesi, Manzuoli... “Basta” le gritó una Bratislava frenética que había visto el brillo de intensa furia en los ojos de su hijo. El viejo reconoció su imprudencia y para enmendarla le dió el consejo que si la enfermedad evolucionaba hacia una psicosis, no se le ocurriera mandarlo a esas mazmorras que en la ciudad llamaban manicomio.

Tenía voz de profeta, porque en los siguientes meses el joven empezó en una carrera sin retorno al total deterioro mental. Cuando cayó al fondo, ya don Roberto había regresado a Inglaterra, pero durante ese lapso el amor se apagó. Bratislava no podía dar razones. De pronto sintió el cuerpo del hombre con ese olor rancio de las cosas viejas, o ya sus caricias no surtían el mismo efecto o los encuentros con el nuevo jardinero, muy rápidamente ascendido a recepcionista, le hicieron conocer otros caminos, o porque encontró que era mejor y más sano ser tan sólo una buena amiga; el hecho fue que el inglés no volvió a subir a su cama. Aunque confesaba que lo que más le chocó fue el

descubrir que el viejo era amigo de esa vieja loca de la Intensity Gable, una espiritista detestable y turbia. Una tarde estaban en un coloquio de mucho interés porque no le prestaron atención cuando ella se ocultó detrás de una columna para oír mejor. Hablaban sobre el aparato de radiodifusión que tenía una compañía alemana en Cartagena y la forma de destruirlo. Recordó que el país era neutral en esa guerra y que los aliados y los centrales tenían sus embajadas sin que el gobierno hubiera roto con ninguno de los contendientes a pesar de las presiones de los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos. Ahora, oyendo a esa pareja del inglés y la gringa, todo se le hacía familiar; conocía bien ese lenguaje desde Amadeo. No, no más espías, con uno había bastado. Desde esa noche el viejo fue lanzado del cuadrado plumoso de su tálamo. Y cuando se iba del todo, lo acompañó hasta Puerto Cupino a tomar el barco, agitó el pañuelo en la despedida pero no derramó ni una lágrima. Después, esa noche, las derramó todas en la almohada. Para esas fechas se oía por toda la casa los alaridos de Guido Protacio sumergido en la locura total. La clientela se fue acostumbrando a ellos y seguía impertertable la fiesta. Un día se dejaron de escuchar los gritos y todos supieron que el joven había muerto.

• • •

La última vez que peligró "Villa Bratislava" fue cuando "la Madama Cantillo", como se la llamaba en la ciudad, se hundió en una gran pasión por Severino de la Rosa. Antes, en el interregno entre don Roberto y el joven, hubo algunos amorcetes, nada significativos y también, cómo no, muchos acostones para permanecer en forma, como decía la propia Bratislava. Pero la llegada de ese joven en el veranillo de San Juan del 28, con sus veinticinco rutilantes años y un

rostro que le recordó el de Ramón Navarro en "Benhur" — el éxito de la semana en el Cine Rex—, le hizo perder la cabeza a ella, ahora una atractiva cuarentona que alardeaba de atender más las cosas del bolsillo que las del corazón.

Esa tarde, sin embargo, cuando lo tuvo frente a ella, vestido de caquí, con un morral al hombro y un sombrero negro terciado que le daba un toque pendenciero, algo dentro de sí le advirtió el peligro pero supo también, al mismo tiempo, que no podía ni quería evitarlo. Al saludarla, al bajar ella misma a atender la puerta tocada con vehemencia, él le preguntó por su amigo Guido Protacio. Se estremeció. La muerte de su hijo, a un lustro de transcurrida, todavía la alteraba y ahora ese joven le revelaba aspectos desconocidos del difunto: sus correrías por las calles de Riohacha, las cacerías de pájaros por Mingueo y los paseos por esa playa desierta de vientos fuertes y silbantes. Una amistad estrecha a pesar de la prohibición de Calleja Grande, que no aprobaba las ideas de un Floro Della Rosa. "En realidad —aclaró el joven— mi padre y yo sí somos y nos honramos en pertenecer al movimiento libertario". Bratislava seguía silenciosa bebiendo sus palabras.

No tenía mucha claridad sobre los nuevos partidos obreros que oía se estaban formando, pero sí había sentido todo el ruido cuando el caso de Sacco y Vanzetti, que le había hecho mermar la clientela en esos días de manifestaciones de protesta, y también le había divertido malignamente la agarrada de nalgas a una infanta de España por un obrero anarquista. Igualmente tenía plena conciencia de que la huelga que una agremiación de inquilinos estaba en esos días organizando contra el alza de arriendos, la afectaba; ella, como dueña de dos pasajes de casas de vecindad, era una de las amenazadas. Ya le había dado órdenes a su

abogado, Diógenes Pitón, para que obrara con mano dura y, hete aquí, que en ese instante tenía enfrente al enemigo con cara de ángel caído y que la tenía incomprensiblemente turbada. Todavía más, le recibió, con su expresión más dulce, el ejemplar que de "Vía Libre", el periódico de los anarquistas locales, le proporcionó el joven. Todavía no podía entender qué le pasaba cuando, a la mañana siguiente, —y ya habiéndolo alojado en la casa en memoria de su amistad con su difunto hijo, cosa que, sabía falsa— estuvo en el belvedere discutiendo la redacción de algunas palabras que le parecía le quitaban fuerza al escrito.

Aunque no se la podía calificar como una intelectual, Bratislava había aprovechado la feliz circunstancia de tener toda la mañana libre y en silencio (las chicas se levantaban hacia el medio día) para leer todas las novelas que llegaban a la librería del catalán Vinyes. Si se suma que por las noches conocía, a veces, a gente interesante y que se sabía de memoria los versos de la ortografía de Marroquín; ella era la persona indicada para ayudarle al joven a corregir su ingente producción literaria que, como él decía, estaba destinada a "llevar el arte verdadero a la masa popular". Por las tardes en el belvedere, y mientras el atardecer barranquillero imitaba algún cuadro de Turner, la Madama Cantillo y el joven anarquista corregían proclamas incendiarias de apoyo a la huelga de los trabajadores de la Yunai. Al terminar, él aprovechaba la ocasión para adoctrinarla; a lo que ella acostada lánguidamente en un diván forrado con motivos de "las mil y una noches", parecía muy dispuesta. Severino hablaba sobre los derechos de la nueva mujer porque —como afirmaba con un ademán tribunicio— la mujer debía ser el contrapeso a la agresividad masculina. Como sus discursos duraban horas, Bratislava se sumergía en una niebla dorada y arrulladora en donde

sólo contaba la música y no el sentido de las palabras.

La paz terminó, sin embargo, una tarde en que él, furioso al encontrarle una novelita de Gwendolyn Moss, "Por qué desaparecí", se lanzó a una diatriba contra la mujer considerada como objeto después de lo cual se remontó a una disquisición histórica en la que contraponía la libertad del aristócrata con sus adulterios, los profundos escotes en las marquesas y las casacas de colores en los condes, con una burguesía melindrosa que al llegar al poder creó los colores oscuros para la elegancia masculina y a la mujer la tapó por completo. Una mujer que debía ser pálida y triste, que tan sólo debía mordisquear los alimentos para tener buenos modales en la mesa y cuyo cuerpo debía estar negado al regocijo. Terminó con un: "tan sólo a las de tu profesión se les permite ese disfrute". Ella se levantó indignada y lo dejó con la palabra en la boca. Se sentía muerta de la rabia. Tampoco le abrió la puerta de su habitación cuando él, apenado, la llamó para darle explicaciones. "La tesis no es del todo mía", fue una de las excusas que dio y que tuvo el efecto de quitarle la ira.

Esa misma noche, y mientras se masturbaba furiosamente pensando en Severino, Bratislava decidió que las cosas no podían seguir así; estaba muerta del deseo y necesitaba poseerlo. Apeló a las antiguas e infalibles estrategias. Hizo subir al belvedere una vitrola "credenza". Un montón de discos entre tangos y charlestón invitaban al baile. Ella se presentó en deshabillé de encaje y bañada con "N'aimez que Moi", un perfume carísimo. El no entendió el mensaje pues al parecer no tenía sentido del olfato ni de la vista. Esa tarde su perorata fue más larga que nunca ante una Madama ofendida que bramaba internamente.

Otras tardes, y ya sin preparar escenarios, comprobó que los roces ocasionales en los que era tan experta tampoco daban resultado. Severino continuaba en su perorata. Pensó que se iba a enloquecer, ¿sería el muchacho un misógino? Las masturbaciones se volvieron más frecuentes y ya no esperaba la noche sino que en todas las idas al baño y mientras miraba el sátiro pintado sobre una ventana se calmaba de nuevo. Ni siquiera las pastillas de sexocrin —en cuya envoltura se garantizaba que evitaba el enloquecimiento por amor— lograban calmarla. ¿O es que estaba muy vieja? Nunca antes se había mirado tanto en el espejo, ni tratado de esconder las patas de gallo con tanto método; incluso recurrió al “Peau Nouvelle” un polvo para el cutis con una propaganda ridícula. Una tarde en que Severino hablaba de cómo por medio de la histeria en el siglo pasado la mujer había recuperado su sexualidad, Bratislava por primera vez prestó atención y cayó en la cuenta de que por estar deseándolo nunca lo había escuchado y comprendió que con él la sensualidad no servía, se necesitaban armas cerebrales. Por eso adoptó una actitud modosa de atención plena a lo que decía: él era el rabino, el profeta, el enviado, y ella la discípula en busca de la verdad, del consuelo, y tal vez hasta de la redención. Para desesperación suya, tampoco esta vez dio resultado, y después de una semana al hacer el balance, las conclusiones fueron negras.

Pero, por Dios, lo obvio: ¿no sería que tenía otra mujer? ¿Esas salidas con pretexto de ir a la tipografía no ocultarían un romance? Nunca se había sentido tan celosa por una mujer sin rostro. Contrató los servicios de Usnavy Pérez, la doméstica de Intensity Gable, y que por sí sola constituía una red de información y esperó los resultados. Ni el seguimiento de la propia Usnavy, ni el de Dámaso Alonso,

su novio y policía de la esquina, lograron encontrar rastros de otra mujer; lo que había —y eso era peligroso— eran las reuniones con un comité de apoyo a los huelguistas de la zona bananera. Respiró, pero se hallaba en un punto muerto.

Un día decidieron salir, y aunque ella quería ir al salón Camelia a ver a la mejor bailadora de rumba cubana con su cuerpo de baile, él impuso su criterio y terminaron viendo una obra de teatro "Las Cuitas de Aristóbulo" un bodrio de un anarquista local. Al regresar, ella estaba en un incendio interno y él seguía distraído en su inacabable verborrea. Por costumbre subieron al belvedere a tomarse una "night-cup" (expresión usada por don Roberto) y allí, fea, sudorosa y con grajo, ocurrió lo imprevisto. Severino de repente la abrazó apasionadamente y sin esperar a que ella se desnudara del todo, tan sólo con las bragas deslizadas hasta el tobillo, le hizo el amor con furia y ardor. Aunque ella no entendía del todo qué ocurría, respondió con sus mejores argumentos pero en el momento del clímax quedó en blanco cuando le oyó exclamar "Santa madre proletaria". Un instante después del orgasmo, y sin siquiera lavarse, Severino se vistió de nuevo y sin decir palabra se fue a la calle. Ella, en el diván y acezante, se preguntaba una y otra vez cómo debía sentirse al ser confundida con una idea. En los días siguientes no se mencionó siquiera el asunto; a sus gestos cariñosos él contestaba con gruñidos distanciadores.

En esos días él le dio a leer su obra de teatro "Pallida Mors", en la que ella confundida veía actuar a la Sombra Maléfica, a Schopenhauer, Hegesias, Renan, un filósofo sin escuela, el desaliento y el espíritu de contradicción, Séneca, Jorge Manrique, el desaliento y el espíritu libertario. No supo

qué decirle y tampoco quiso herirlo; por eso fue que le insinuó mostrársela al catalán Vinyes, quien había estrenado obras de teatro en Barcelona. Cuando él volvió, tenía el rostro encendido de la rabia; sólo después de muchos mimos logró sacarle la respuesta que el catalán le había dado al presentarle la obra: “si bien el pescado ayuda al cerebro, usted necesitaría una ballena diaria”. Bratislava, a pesar de sí misma, no pudo contener la risa que aumentaba al verle crecer la furia. Era algo que no podía refrenar, ni siquiera cuando oyó el portazo con que anunciaba su ida. No regresó, y a la mañana siguiente se enteró por boca de Usnavy Pérez, que había tomado una de las lanchas que iban a Ciénaga, centro de la huelga contra la Yunai.

...

Mientras miraba el paisaje en la Ciénaga Grande —una naturaleza plena que incluye los chapuzones de los cocodrilos alrededor del vapor— Bratislava meditaba cómo la pasión es algo que no puede soportar el mundo razonable de los cálculos. Se había dicho una y mil veces que ese viaje en busca de Severino no tenía razón de ser. Estuvo una semana apaciguada leyendo novelitas de Dorothy Flack por la mañana y atendiendo minucias domésticas en la casa, en un afán de volver a su dorada cotidianidad perdida. En balde, no sabía que hacer con tanta libertad. Por eso tomó la decisión de ir a esa ciudad en guerra a pesar de que Diógenes Pitón trató en todas las formas de disuadirla, llegando incluso al insulto: “A tu edad no se viven esos folletos menstruales”, le había gritado. Al regresar arreglaría eso. Y ahí iba. El amanecer estaba tornando el cielo como una carpa gigante de seda. La frescura de la mañana todavía se desperezaba en las copas de los árboles y los pájaros cantaban como si no existiera

otra cosa que el comienzo del día, los nidos y los pichones. No les importaba que esa mañana el gobierno central hubiera expedido un decreto por el cual se nombraba al general Cortés Vargas, Jefe Civil y Militar de la región, con atributos de Procónsul y que los piquetes de huelguistas hubieran impedido que un grupo de esquiroleros intentaran romper la huelga tomando el tren de la mañana para ir a algunas fincas a trabajar. Los soldados, a pesar de las órdenes, habían tomado una actitud pasiva y habían dejado actuar a los trabajadores ante la preocupación de los altos mandos y el gerente de la Yunai.

La ciudad funcionaba a medias y Bratislava, en el muelle, había tenido que esperar un largo rato antes de conseguir un mozo que le ayudara a cargar las maletas y dirigirse a "La Musa Paradisiaca", que para su sorpresa, todavía existía. Las calles seguían igual de fangosas y ahora la plaza principal lucía un templete de estilo corintio en su centro, el orgullo del lugar. Una ciudad en donde no era fácil esconderse, porque al darle las señas de Severino y preguntarle a la dueña del hotel —una mulata inmensa que simpatizó con ella de entrada—, ésta le indicó dónde encontrarlo mientras le comentaba que al joven lo apodaban "la Sombra de Mahecha" por ser el más cercano consejero del líder de la huelga. Mientras caminaba por la ciudad crispada volvió a sentirse absurda; toda pasión busca prolongar el goce sentido y ése no era su caso. No pudo profundizar el análisis porque allí, frente al Teatro Barcelona, estaba Severino con su sombrero negro, más bello y retador que nunca. Un hombre pequeño y delgado estaba echando un discurso parado sobre un taburete. Se quedó quieta un instante, observándolo. No le gustó. Ese hombre arropado en sus propias palabras jamás había tenido tiempo para amar a una mujer. En su vida debía crear miles de

lealtades que sacrificaba a la bondad de su causa. No era una buena influencia para Severino.

El joven al verla se le abalanzó, y con un ¿qué haces aquí?, la llevó casi a rastras al hotel. No hubo conversación sino una batalla a gritos en la que ella le prevenía que lo iban a matar y él respondía con "ése no es tu problema". Hubo una especie de tregua cuando él empezó un discurso sobre el momento histórico que estaba viviendo, en el que una huelga podía dar paso a un movimiento insurreccional y al establecimiento de un estado revolucionario. "¿Me vas a decir que con palos y machetes le van a ganar a un ejército con fusiles y ametralladoras?", le interrumpió ella. "Los soldados son nuestros hermanos de clase, no dispararán", fue su respuesta. Cuando Bratislava inició una risa irónica, él la arrojó sobre la cama y arrancándole la ropa le hizo el amor. Esta vez no participó; él lo que estaba haciendo era ganar una discusión. Cuando humillada y sombría se dirigía al embarcadero a tomar el primer vapor que saliera hacia Barranquilla, vio un grupo de personas que en círculo miraban algo. Se acercó y quedó atónita cuando vió que varios hombres sujetaban contra el suelo a un militar, presumiblemente un oficial, y una chiquilla, no mayor de doce años, le orinaba sobre la cara. Su revólver se lo habían robado también. Al ver que la chiquilla estaba a su lado, Bratislava le preguntó con un preocupado ¿dónde vives? Donde usted quiera, fue la respuesta. Mientras iban en el vapor de regreso supo que el nombre de la chiquilla era el de Fortunación Retamozo.

...

"Se supone que las pasiones implican profundidad, pero el abismo también puede ser mezquino", pensaba Bratislava

mientras sentada en el belvedere miraba al vacío. Los días siguientes a su regreso, ocupada en civilizar a Fortunación, una niña-loba, no se había enterado de las noticias. Pero una mañana vio cómo, en letras negras, “La Prensa” titulaba “Graves Acontecimientos en la Zona Bananera”; el texto daba la versión oficial de cómo al ser atacado por los huelguistas un cuartel de la policía, la fuerza pública se había defendido dando muerte a ocho huelguistas. Recordó esa última visión que había tenido de la estación del ferrocarril cuando se extendía delante suyo como un vasto “*memento mori*”, pero que ella tan sólo pensando en su pasión no correspondida pasó de largo, vestida de un negro elegante, arrastrando a la niña salvaje del brazo e indiferente a las consignas de los huelguistas escritas en una inacabable paredilla. El periódico incluía las palabras del secretario de la embajada norteamericana que declaraba que no era un crucero sino un buque mercante el fondeado en la bahía de Santa Marta y que tenía como único propósito servir de refugio a sus compatriotas en caso de emergencia.

A la mañana siguiente volvió a contratar los servicios de Usnavy Pérez para que le contara todo lo que se dijera en casa de Intensity. Años atrás se había engañado con la gringa, que parecía una Theda Bara disecada, y creía —por verla con la fundadora de la liga Panespiritista local, una medium gorda con unas piernas de elefante— que era una columna del esoterismo local, pero después del caso de don Roberto sabía que esa vieja con todo lo excéntrica que pareciera, era en realidad un policía. Lo confirmaban esas visitas de unos “monos” grandotes que llegaban a toda hora a su casa y sobre todo el tener ella un aparato de radio-teléfono (el otro estaba en las oficinas de la Yunai en Ciénaga), los únicos que había en el país. Usnavy le había informado que en esos días había estado más activo que

nunca. Bratislava decidió no creerle más a los periódicos, sino que por los ademanes que hacía Intensity cuando volvía del correo deducía si eran o buenas noticias o no, y en las que no había dudas, ella estaba en la orilla opuesta a la de la gringa.

Leer la prensa no ayudaba. Todos los diarios se habían puesto de acuerdo en minimizar los hechos y agrandar la fortuna de Mahecha, que según decían reporteros indignados, se había enriquecido vendiendo fórmulas homeopáticas al por mayor a los sindicatos. Para esa fecha se había desatado una intensa persecución en su contra pues había logrado escapar de lo que ya Bratislava sabía era una matanza de más de mil personas como le había dicho Usnavy que había transmitido Intensity a una oficina en Washington. Imitando a la gringa que, según Usnavy, tenía un mapa de la zona del río y en el que colocaba alfileres para seguir la posible ruta de fuga de Mahecha, Bratislava con su estado mayor compuesto por Isis y Osiris —dos quinceañeras regordetas y pizpiretas, oriundas de la región y expertas en su atlas geográfico y sexual— todos los días también cambiaba alfileres siguiendo la ruta que seguía al líder obrero y con seguridad también a Severino.

En ese momento, y clavado sobre un punto llamado Puerto Giraldo, el alfiler indicaba un par de hombres sumergidos en los manglares del río. La lancha "Pichincha" de la policía había recorrido varias veces ese lugar levantando olas que un Mahecha malherido y sin saber nadar no hubiera podido soportar sin ahogarse, a no ser porque un Severino lleno de músculos y tenacidad lo habían sostenido todo el tiempo impidiéndole hundirse. Al fin, cuando la lancha se perdió río abajo, los dos hombres sucios y entumecidos corrieron campo traviesa sin dirección precisa. Un tiro de

escopeta hecha desde una casa con balcones los hizo correr más aprisa sólo para toparse con una escopeta de dos cañones apuntándoles, y detrás de ella a Doña Emperatriz Cabezas que al verlos exclamó: “Perseguía unos cuatros y me encuentro con los hombres más buscados del país”. La mujer cuarentona, librepensadora, literata y virgen (condición no tan definitiva como lo comprobó esa misma noche Severino, cuando con el pretexto de mostrarle un ejemplar autografiado de su mentor ideológico, Tolstoy, ya en la biblioteca la mujer, en una forma audaz y experta, le desabotonó la bragueta y le empezó a acariciar con fruición el pene. El alegó un cansancio de muerte, algo totalmente cierto). Ella resultó ser una de las mecenas de todas las publicaciones de izquierda y amiga por correspondencia de Mahecha. Esto no significaba que le aumentara los salarios a sus peones, pero sí se arriesgó a llevarlos ocultos dentro de unos bultos de maíz hasta Salamina en un carro de mula que ella condujo en persona con saludos respetuosos de los guardas de los retenes. Allí los alojó en casa de su cuñado, un coronel liberal de los Mil Días, Juan Luis Orozco, que con sus ciento treinta y dos hijos, todos recios cazadores, mantenían nervioso al gobierno local. Bratislava no sabe qué pensar, imagina a los fugitivos en una especie de castillo, —la lectura de las novelas de Alejandro Dumas de la que se ha vuelto una adicta compulsiva, ayuda a esas imágenes románticas—, pero en realidad el caserón del coronel, un viejo cuartel adaptado, permite esconderlos cada vez que llegan las patrullas de la policía preguntando si los han visto, a lo que el viejo contesta irónico con un “entren y revisen” y que siempre termina en unos tragos de gordolobo brindados por el dueño.

Desconcertada por la falta de noticias, Bratislava ha movido

el alfiler y lo ha clavado en un punto llamado Suan. No sabe que para ese instante dos viajeros, un joven y bien vestido extranjero, al parecer italiano y estudioso de las civilizaciones precolombinas, y su secretario, un hombre delgado y cuarentón, de gruesos lentes y barba rala, se desplazan en la "Manuela Beltrán", una lancha protegida por la policía de cualquier ataque de los huelguistas que, aún sin apresar, recorren la zona. Los caballeros llegan sin ningún contratiempo a Barranquilla y desembarcan al amanecer en el edificio de la aduana donde un acucioso funcionario ordena a un agente de la policía que les consiga, rápido, un vehículo. Un taxi añoso los lleva en dirección de "Villa Bratislava". En el trayecto Severino medita sobre el consejo del coronel Orozco: "La policía no busca líderes obreros en vagones de primera" y de ahí ese disfraz burgués. No obstante, no ha compartido el entusiasmo del viejo por una posible rebelión liberal encabezada por su compañero en la guerra, el general Cuberos Niño. Al comentárselo a Mahecha, éste le ha respondido con un rotundo: "Orozco no tiene una concepción científica de la historia".

Cuando el taxi llegó a la "mansión" había muchos carros alrededor que recogían a caballeros trasnochados, con sus canotiers ladeados, sus caras empolvadas y confetis en la cabeza, que a toda prisa intentaban quitarse las pruebas de la primera fiesta de la temporada de carnaval. Severino calmó a un Mahecha intranquilo diciéndole que eso convenía; ahora serían dos caballeros rumbosos más y se mimetizarían mejor. Pero el líder estaba al borde del discurso: con la tragedia ocurrida cómo es posible que esta gente esté festejando, ¡que cinismo! El joven trató de calmarlo mientras lo empujaba por la escalera que conducía al belvedere.

Bratislava pensó que el güisqui que había tomado la había emborrachado demasiado porque ¿no era Severino quien estaba allí arrastrando hacia la escalera a ese hombrecito energúmeno? Cuando se acercó, lo que de lejos parecía, de cerca era cierto. Era Severino, quien además la tenía en ese instante abrazada mientras le daba cariñosos y clamorosos besos. Todos los reproches que había proyectado decirle en el momento en que se lo encontrara de nuevo, los olvidó, y sintió otra vez esa felicidad rosadita como de andar sobre nubes, como de escuchar a Mozart, como de volver de nuevo al primer jardín de la infancia. Ya solos en el cuarto, y después de haber escondido a Mahecha en la pieza de San Alejo, después de que Severino le hubiera relatado todas las peripecias y ella darle todas la informaciones, hicieron el amor. En esa ocasión Bratislava se dio cuenta de lo que sintió Eva cuando supo que hacer sexo era el único deleite que no se había quedado en el Paraíso, lo de Helena en su primer encuentro con Paris, lo de Abelardo y Eloísa, lo de Romeo y Julieta, lo de Efraín y María (porque de que ellos habían hecho algo, lo habían hecho, eso no se lo quitaba nadie de la cabeza) y no hubo tiempo de más comparaciones porque estaba llegando al espasmo.

En los doce días siguientes se consiguió mudar a Mahecha a casa de María Rodríguez, una vieja amiga suya sin ningún pasado revolucionario que tan sólo era homeópata pero que había sido encarcelada por ejercicio ilegal de la medicina. El lugar tampoco era del todo seguro; era necesario sacarlo pronto del país y embarcarlo en un barco rumbo a México. Cierta facción de la masonería local se había encargado de protegerlo. Fue el único momento en que Bratislava manifestó su perplejidad: "¿Los masones ayudando a un bolchevique?". Severino le trató de explicar

que la política era más compleja de lo que se pensaba, ¿él acaso no era anarquista y sin embargo no había ayudado a los marxistas? Madama Cantillo recordó algo sobre la teoría gris y la naturaleza verde pero no estaba para debates; su preocupación era ahora el tiempo de la ausencia de Severino. Si era demasiado no lo soportaría, no ahora que conocía la plenitud amorosa. Todo se precipitó, y así esa noche antes de la partida, después de otro momento de iluminación en la cama, Bratislava le juró a un Severino, en un todo de acuerdo, que apenas él le avisara ella vendería "Villa Bratislava" y las otras casas, reuniría un capitalito nada despreciable y se irían a vivir a Ciudad de México, "podríamos montar una librería o tú podrías dedicarte a la fotografía, ¿no te parece?". El sólo respondió con apasionados besos y caricias íntimas. Cuando a la mañana siguiente lo vio partir con su espalda ancha, grande, amada, un saco de dril blanco y su sombrero canotier, nada que llamara la atención, salvo su hermosura, Bratislava comprendió que ése era el gran amor de su vida y no podía aceptar, como el poeta, que todo llegaba demasiado tarde. Los fugitivos se irían en una goleta de contrabandistas hasta Cartagena, de allí tomarían un barco a Panamá y después a México. Todo transcurrió según lo pensado; sin embargo, cuando le llegó la primera postal de Ciudad de México, que mostraba el palacio de Bellas Artes en construcción, las frases apresuradas y triviales le hicieron olfatear que algo lo había separado de Mahecha, quizás algún desacuerdo de tipo ideológico. Insistía, sin embargo, en que se le reuniera pronto. Pero a pesar de urgir a Diógenes Pitón para que acelerara la venta de todos sus bienes, Madama Cantillo no obtuvo del abogado sino excusas, frases de que un imperio no se desarmaba en un solo día para, por último, aplicar la vieja fórmula leguleya de los tres tiempos: lento, más lento y parado. No valieron las

furias, los berrinches y los insultos, las cosas no se movieron. Por último, decidió quitarle los poderes y acudir adonde Máximo De Vivo, un joven abogado que hacía sus primeras armas después de una especialización en derecho penal en Italia al lado del profesor Ferri. Al ver, sin embargo, en la sala de espera un cuadro que representaba a un abogado sentado en su escritorio dirigiéndose a un caballero de cara siniestra mientras le decía —abajo de la pintura estaba la frase—: “Delinque, delinque, que te saco libre pero te dejo pobre”, Bratislava sin esperar la entrevista decidió volver con Pitón.

Una carta del joven la dejó sin saber qué pensar. En ella le decía que acompañaría a Mahecha a Rusia y que a su vuelta, dentro de algunos meses, no aclaró cuántos, la esperaba sin falta; aprovecharía su gira por Europa para estudiar un poco más la fotografía. Empezó a ver las cosas con más frialdad, sobre todo ahora que el negocio estaba en su mejor momento, pues una bocanada de urgencias sexuales se había desatado sobre la ciudad. A los tres meses le llegó otra carta muy prolija en la que Severino, ya de regreso a México, le contaba sus andanzas con Mahecha en el país de los Soviets. Habían incluso una alusión, no muy detallada, de la entrevista que habían sostenido Mahecha y Stalin. Terminaba pidiéndole una suma significativa para montar el estudio de fotografía. Bratislava, sin atender las razones de Pitón, malvendió una de las casas que tenía en las afueras y le envió el dinero en libras esterlinas.

Después llegaron dos tarjetas postales indicando el progreso en la construcción de Bellas Artes con mensajes cariñosos pero sin urgirle su presencia. Fue para esa época en que Intensity partió para los Estados Unidos acompañada de Usnavy, de quien ya estaba dependiendo mucho para

sus diligencias. A los tres meses estaban de regreso y fue cuando Usnavy le comentó a Bratislava que de paso por Veracruz en el barco le había parecido haber visto a Severino tomar un barco vecino de bandera francesa rumbo a Europa; lo acompañaba una joven muy bonita y muy descomplicada en el vestir. Tembló, coincidía con el tiempo en que había estado sin noticias, peor aún, el día anterior había recibido una larga carta en la que Severino le decía que había tenido dificultades con la policía —que ahora perseguía a los anarquistas, a pesar del carácter revolucionario del régimen— y que por eso le escribía desde Francia como indicaba el matasellos del correo. Una oleada de celos y furia la recorrió entera. Durante semanas no salió de su habitación sino para las cosas más necesarias, y las cartas y postales procedentes, de nuevo, de México, se acumularon en la mesa de noche sin ser leídas.

Cualquier día, cuando al fin pudo romper su encierro y atender personalmente alguna diligencia en el banco, de vuelta, Bratislava se encontró que en la terraza del Chop Suey, un restaurante chino en forma de bungalow (un escenario de novela de Conrad o de pintura de Gauguin, con pésima reputación pues su anterior dueño, Sing Lee, había instalado en la parte de atrás un fumadero de opio), estaban sentados Diógenes Pitón e Intensity Gable que, antes de que ella tomara conciencia de lo extraño de esa reunión, la estaban invitando en forma que no daba lugar a excusas, a tomar algo con ellos.

Muchos años después todavía recordaba esa conversación. Venciendo su antipatía escuchó cómo la gringa recriminaba a Pitón lo que ella consideraba sus excesos y a lo que el abogado, haciendo alusión a su gordura, contestaba con un "Qué quieres que haga; la carne es flaca y yo tengo

tanta..." Cuando celebraba su ocurrencia fue cuando la vieja teósofa reanudó la conversación anterior que, por lo que dedujo Bratislava, era sobre la historia interna de la huelga. A la petición del abogado de que aclarara esa afirmación, la vieja contestó con un: "Teníamos nuestros agentes" y agregó con cierta complacencia no disimulada, "Fue un buen trabajo". Bratislava, que había estado callada, no pudo disimular la curiosidad y preguntó: "¿Cuáles grupos infiltraron?". La vieja dudó, pero al fin le contestó "Los anarquistas fueron los más fáciles". A Bratislava el corazón le dio un vuelco, pero a su pregunta de cómo se podía comprar a gente tan convencida de sus ideas, la gringa contestó con un perentorio: "no digo más infidencias, he hablado demasiado". De ahí en adelante nada se logró, a pesar de la insistencia de Pitón que incluso llegó a preguntarle si era cierto que tenían contratado a alguien cerca a Mahecha para matarlo en un momento dado, la gringa enmudeció y sólo aceptó cortesías de "¿más azúcar?" o "¿quieres otro cafecito?". La reunión se terminó con el cumplido de "¿quiere que le acerquemos a casa?" que Pitón en su Ford negro doble T le formuló a Bratislava. No aceptó. Ciega por las lágrimas, con el corazón agitándole sordamente, caminó las cuadras que la separaban de su casa en una confusión que iba en aumento. Durante todo el tiempo que duró encerrada —ante el nerviosismo de las chicas de la casa que se tomaron la libertad de llamar al doctor Aguasclaras, un discípulo del doctor Urueta, que a su vez lo había sido de Charcot—, no hizo otra cosa que analizar paso tras paso la conversación.

¿Por qué dos personas tan poco amigas entre sí como Pitón y la gringa estaban ese día juntas? ¿Por qué ella estuvo tan lengua suelta en cosas tan delicadas? ¿Por qué Pitón había insistido tanto en que se sentara con ellos? Pero al mismo

tiempo todo parecía encajar en la actitud de Severino después de la matanza. ¿Otra vez en su vida un hombre con una doble vida? Era demasiado...

No hubo más respuestas a las cartas que provenían de México que se acumularon en un escritorio sin ser abiertas. En diciembre cesaron de llegar. Pitón fue cambiado por otro abogado discreto y eficaz, Ruffo Martínez, pero a éste no se le dio orden para que vendiera ninguna propiedad. "Villa Bratislava" siguió prestando sus servicios a una ciudad cada vez más pujante. Los que la conocían aseguraron que Madama Cantillo ya no era la misma y que alguna vez le había confesado a Fortunación que había deseado la aventura y tan sólo había logrado la tristeza.

CAPITULO XII

ORESTE

(6)

Toda la noche deambulando por la casa, sin poder pegar los ojos. Al fin se derrumbó casi al amanecer en la reclinomática de peluche, monumento al mal gusto de Piedad del Carmen y estuvo en un duermevela en el corredor que daba a las alcobas de las demi-mundanas. Contempló las manchas en el techo. Una fue tomando forma y allí estaba la Hermana Trinidad de San Estanislao con un hábito lúgubre, solemne, con una corneta almidonada y rosarios que tintineaban al caminar, eso sí con la misma belleza corrupta que da la castidad mal entendida, pero lejos de esa joven de vestido sastre angulado, con un toque de enfermera de vanguardia, como la había visto asomada al balcón en actitud de espera, y con la ansiedad que da el rencor. Agamenón, que conducía el vehículo, señalándola a través del vidrio delantero le dijo: "Ésa es..."

Ahora la monja debía estar gritando en la celda de un hospital mental en la que alternaría gritos de espanto por haber sido irrespetada, con los chillidos de felicidad por una cópula imaginaria.

"¿Cómo fue? No sé decirte cómo fue, no sé explicarme: qué pasó"

Letra de un bolero en la casete grabada para la sesión de ese día fatal, —porque el analista se ayudaba con la música, generalmente oriental, que es muy relajante y que no distrae—, pero esa vez llevaba boleros y a Wagner, ese compositor de música para el cine antes de que éste fuera inventado. Lo reconocía en la cargante cabalgata de las walkirias en “Apocalipsis Now” y en “El Sietebellezas” y ¿Las notas iniciales del Anillo de los Nibelungos no es el arranque en “Nosferatu”? y ¿ese “Preludio y Muerte por Amor” no fue el fondo musical de “Cumbres Borrascosas”, versión del Buñuel mejicano?

Él había recopilado todos los datos y sopesado cada indicio, y ahora no iba a ser que todo era un maldito accidente y ese candelabro pesadísimo colocado arriba de un mueble también muy sólido se cayó, así no más, y le fracturó el cráneo a su amigo en una total gratuidad, versión aceptada y que complacía a todas las fuerzas del orden. A pesar de sus objeciones —que algo había dicho ante el juez que abrió y cerró la investigación apresuradamente— pesó más lo afirmado por la madre superiora porque las declaraciones son como los cheques, su credibilidad depende de quién los emita. Aunque tenía la copia del informe que le había comprado a la empleada del archivo y que decía un lacónico “reacción esquizoide causada por una impresión muy fuerte,” se hizo a un lado la búsqueda de lo que pudo haberla causado.

Pero también hay que pensar con optimismo, y el candelabro se cayó cuando en una cópula feliz y divertida, parados, porque sólo había un sillón con dimensiones nada propicias, la monjita que estaba dando el paso del odio a la curiosidad y de allí a la pasión, ya que Agamenón con esa barba florida parecía un dios teutón, con su tolete

mágico la cogió, la arrinconó y la atropelló contra el mueble y en medio de la emoción y los gritos de:

“Tú Tristán, Yo Isolda, no más Tristán
Isolda Tú, Tristán Yo, no más Isolda”

le dió un redoblón de la madonna y el candelabro empezó a oscilar, pero el analista, —que conocía la abstinencia pero no la templanza—, siguió arremetiendo con la que ya de trola había pasado a cotopla en proceso de ser hidrante, y la monja estaba transfigurada y el choco-choco ése daba contra el mueble y el candelabro a que me caigo, a que no, hasta que se cayó, que no hubo una muerte más feliz. Quiere pensar eso, que lo otro es la monja, como una mantis religiosa, matando en medio del placer; un final como para “Viernes 13” en la Tele.

Oyó las notas del piano que, entre risas, tocaba Fortunación. Sintió como un aletazo, cerró los ojos con fuerza para concentrarse y otra vez ese tema huidizo que venía de atrás, del inconsciente colectivo familiar, se hizo presente. Superpuso a las notas del piano la entrada de la flauta con el motivo de la Habanera y casi entró en la beatitud... pero, ¡por Dios! que caída tan abrupta, cómo era posible que ese ritmo abolerado pidiendo maracas entrara en ese instante, era un contrasentido, quiso gritarle a Fortunación que parara, pero no, dejó seguir y sintió cómo la melodía naufragaba en una banalidad.

Descendió al salón “Amadeo” y encontró a una Fortunación feliz, agitando delante de él unos papeles amarillentos. Ahí estaba la partitura —de Azzali o de Mizuno, que las paternidades musicales deberían ser de notoriedad

pública— y un hueco detrás del retrato del abuelo revelaba cuál era el secreto de su sonrisa. Y seguían los felices gritos de Fortunación, que con el turbante orientalizaba sus arrugas. Ahora el pensamiento que compartían todos era que, si aparecía el japonés, “Villa Bratislava” se había salvado.

Empezaron a sonarle temas musicales en la cabeza. Ya lo sabía... cada vez que iba a ocurrir algo de importancia en su vida, ellos aparecían. Algo que no podía explicarse: “Es como el aura de los epilépticos”, le había dicho Agamenón. Ahora habían aparecido asociaciones de manera casi pavloviana al oír la Habanera tocada por Fortunación, pero detrás de todo y, como siempre, agazapado el miedo.

La flauta en ese instante insinuaba la melodía del danzón “Paganini”; un capricho del italiano adaptado a la charanga por Ray Barreto, el mismo tema que se había presentado aquella vez en que, despistado, se encontró de pronto en medio de cien mil personas arrodilladas en el Paseo Bolívar que juraban, con los dedos en cruz, votar en las próximas elecciones por el General Rojas Pinilla. Dudó, y permaneció de pie ante las miradas rencorosas de la multitud, que lo hubieran linchado si no hubiera tenido el tino de refugiarse en San Nicolás y de no salir hasta que el último grito se hubiera esfumado. Después de un autoanálisis quiso convencerse de que había sido la indecisión entre su temor y sus convicciones lo que le había hecho tomar esa posición heroica; pero no, él tenía claro que unos segundos más y se hubiera transado por la fórmula más cómoda: la de arrodillarse y evitarse problemas. Después de todo, la gente le hizo pistola al ex-dictador y votó por el candidato re-

gional; un candidato de distracción, votos decisivos que hubieran cambiado la historia por una más impredecible. Pero la gran verdad era que no se arrodilló porque en esos momentos entraba una variación del danzón “Fefita” en un montuno de locura y que él, para oírse con atención, se detuvo. Por más que quiso explicarle, muchos años después a Agamenón Rosado, no encontró comprensión... era inútil, nadie lo entendería.

Lo mismo le pasó la noche de un sábado de carnaval, cuando al salir nervioso a ver quién golpeaba la puerta con tanta urgencia, se encontró con tres disfrazados de marimonda. Su sorpresa dio paso al asombro cuando el más alto, al quitarse la careta, mostró el rostro y el “African Look” más buscados del país: los de Jaime Bateman.

El guerrillero sonreía y le comunicó un cordial pero perentorio: “Cité a una gente en tu casa”. Los otros hombres no se quitaron las máscaras, pero las armas se les adivinaban bajo los capuchones. Y ¡zas!, ahí estaba metido en una epopeya, él, quien nunca había querido ser protagonista de la historia, ni grande ni pequeña. Empezó a oír “Sonido Bestial”, un bogaloo-refugio para el momento en que llegara el ejército disparando y él muriera por una causa que no era la suya. Las atenciones las hizo Fortunación, que brindó una botella de whisky oculta, y ahora salvadora. Él no podía musitar palabra alguna del espanto; por eso, a pesar de estar sonando en su cabeza el montuno basado en el estudio revolucionario de Chopin, cuando Bobby Cruz grita: “Yo no soy Stravinski, yo soy la Inmaculada”, perdió la oportunidad de echar su pequeño discurso antiimperialista frente al líder revolucionario. Porque él hubiera podido decirle la relación que encontraba entre el polaco emigrado en París —que ahora añoraba su patria ocupada por los

rusos—, y el sentimiento del portorriqueño residente en nueva York que recuerda su Borinquen querida.

Al cabo de dos horas interminables Bateman se marchó, no sin antes exclamar airado: “Vine a proponerle la paz al gobierno y me pusieron conejo”. Meses después, y cuando el líder había muerto en la avioneta caída en la selva, supo que el enviado que no llegó era el Senador Torcaz. Entre los miles de artículos escritos faltaba el de esa noche de carnaval, pero no era él quien iba a ponerse bajo los reflectores. Y ahora, mientras divisaba desde la ventana los dos carros que habían llegado en forma simultánea: uno con los camarógrafos alemanes y el otro con Marcial, el juez, el secretario y dos policías, el tema “Plus ut exquisitus” se interpuso consoladoramente entre él y el mundo. No le importaron los gritos de los alemanes que llamaban a Fortunación la “Madame Nu del Caribe”, y el que ésta — ante el desconcierto de Marcial de Mier— empezara a dar gritos desgarradores alegando un dolor inenarrable que, según lo aconsejado por Diógenes Pitón, impediría que la lanzaran de la casa. Los alemanes filmaban encantados a la vieja señora en su cama bizantina, adornada con una profusión bárbara de brazaletes, cadenas doradas y abalorios.

Para Oreste nada de esto importaba. Él seguía escuchando la composición del profesor Osiris Magué, una gloria local, quien después de haber llegado del conservatorio de París —con una sensibilidad tan europeizante que sangraba copiosamente por los oídos cuando escuchaba los sonos populares— con el tiempo, y en parte debido al hecho de haber vivido forzosamente en un apartamento frente a “La Troja”, el templo de “la salsa”, —y no sin antes haber tenido unas copiosas hemorragias— había devenido uno de los

propulsores de lo que se llamó, según el musicólogo Adolfo González, “una relación curiosa entre la música clásica y afrocubana en la vereda tropical”. Era innegable que la obra del profesor Magué tenía su deuda con “Una Noche en el Trópico”, aquella legendaria composición del norteamericano Luis Moreau, estrenada con cuarenta pianos y cuatrocientos tambores arará en La Habana, a finales del siglo pasado.

Pero “Plus ut exquisitus” —y ésta era la versión que recordaba Oreste— había empleado diez pianos de cola, todos los del litoral costero, cien tambores, cincuenta conjuntos de maracas, y —el toque propio— trescientos intérpretes de peinilla con papel celofán, reforzados en algunos pasajes con treinta expertos en hojitas de matarratón. Era fácil reconocer el tema de Tara, un leitmotiv en el fondo musical de “Lo que el Viento se llevó”, aunque para los verdaderos entendidos, el tema estaba tomado de una frase de la sonata Waldstein de Beethoven.

Y ahí es necesario reconocer la esencia disolvente de la música, porque fuera de acomodarse en la reclinomática frente al televisor, él, Oreste, no estaba dispuesto a mover un dedo para evitar que sus pesadillas de terminar en el atrio de San Nicolás agitando un tarro de avena Quaker se cumplieran. Por eso no oyó a Marcial de Mier solicitar al juez que consignara en el acta que todo era una farsa. Ni sintió la llegada del nonagenario Diógenes Pitón, que como un caballero andante de lo jurídico, entró desplegando todas sus defensas, excepciones, incompatibilidades y recusaciones. Por último sacó su gran arma, un cheque suyo posdatado por la totalidad de la deuda como un préstamo a Oreste. Marcial rechazó en un tono histérico la propuesta.

“Nessun dorma”, pedía desde la pantalla encendida

Pavarotti; Oreste, cabeceando, no le siguió el consejo. El libro que tenía en la mano cayó y dejó leer en la página abierta a la vieja Dickinson que decía "Descansar en lo inseguro es estar en el mismo ser de alegría". No pudo meditar la frase porque en ese instante soñaba con caballos azules que sacaban la cabeza en medio de las cortinas. No se despertó ni con los zarandeos de Usnavy que venía a decirle que una limosina ancha, imperial, con rostros enigmáticos y orientales detrás de sus vidrios oscuros se había parado frente a la puerta.

Allá en el fondo del sueño, el tema de "*Plus ut exquisitus*" dio paso a un regocijante estallido de maracas.

INDICE

Pág.

CAPITULO I - ORESTE (1)	5
CAPITULO II - DOS MUNDOS Y UN ENCUENTRO	17
CAPITULO III - ORESTE (2)	39
CAPITULO IV - EL CONDE USABA ANTIFAZ.....	53
CAPITULO V - NEGRA SOY, PERO HERMOSA	67
CAPITULO VI - ORESTE (3)	83
CAPITULO VII - LAS DAMAS NO LO ERAN TANTO.....	95
CAPITULO VIII - ORESTE (4)	109
CAPITULO IX - UNA DISCUTIBLE CONDESA, UNA HERENCIA SEGURA	121
CAPITULO X - ORESTE (5)	129
CAPITULO XI - MEMENTO MORI, ¡QUE VAINA!	141
CAPITULO XII - ORESTE (6)	165